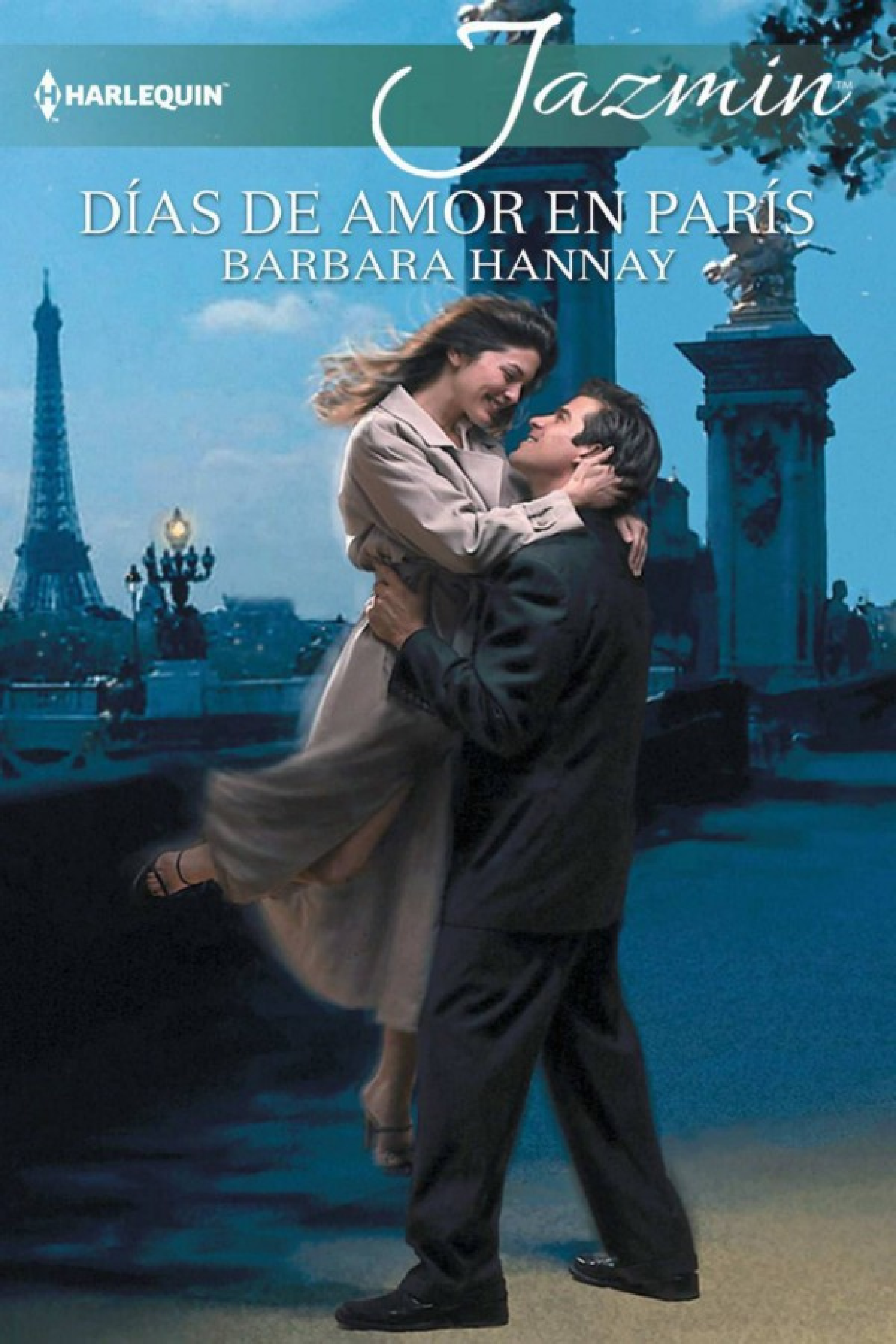

HARLEQUIN
Jazmín
DÍAS DE AMOR EN PARÍS
BARBARA HANNAY



DÍAS DE AMOR EN PARÍS

BARBARA HANNAY



Indice

Argumento

La había seguido hasta París… para pedirle que se casara con él.

Cuando la sexy Camille Devereaux y el guapísimo ranchero australiano Jonno Rivers se conocieron la pasión surgió al instante. El que sus vidas fueran tan diferentes no podía cambiar el hecho de que ambos se encontraran irresistibles el uno al otro. Pero Camille no tardó en sentirse aterrada por el vértigo de comenzar una nueva relación y decidió huir a París. El problema era que Jonno no estaba dispuesto a darse por vencido, más bien al contrario, había decidido hacer todo lo que fuera necesario para convencer a Camille de que aceptara su proposición.

Capítulo 1

–¡Eh, Jonno! Una mujer pregunta por ti.

Jonathan Rivers miró de reojo el embarrado callejón que conducía al patio en el que vendían el ganado y vio a una mujer vestida con un traje de chaqueta claro y tacones altos en el lugar en el que el cemento del camino se convertía en lodo.

Tuvo que contener una maldición.

–¡Oh, no! ¿No será otra cazafortunas?

–Creo que sí –le contestó Andy Bowen, su capataz–, pero esta es muy diferente de las otras. Fíjate en ella.

Jonno dejó escapar un suspiro con un gesto de escepticismo.

–Esperaba no tener que volver a pasar por esto.

–Al menos esta tiene clase –dijo Andy riendo–. Y me da la impresión de que es tan testaruda como tú. Sexy, con clase y testaruda. A lo mejor es tu día de suerte.

–Ya que tanto te ha gustado, ve tú a ver qué quiere.

Andy guiñó un ojo.

–He hablado con ella y sé exactamente lo que quiere. Te quiere a ti –dijo levantando la voz por encima de la del subastador que estaba en el establo de al lado.

A regañadientes, Jonno volvió a mirar a la mujer. La figura de aquella urbanita de ropa sofisticada contrastaba con aquella ruda gente de campo con su ganado. Su abundante melena oscura, sus ojos oscuros y sus labios oscuros resaltaban en la palidez de su piel. Su delgadez quedaba compensada por un porte orgulloso que reflejaba una gran fuerza interior.

«Te quiere a ti».

–No estoy disponible –dijo finalmente con sequedad.

–Claro que lo estás. Has vendido la mayor parte de tu ganado. Yo me encargo de este último grupo. Ve, Jonno. No puedes hacer

esperar a una dama como esa en un lugar como este.

La mujer seguía mirándolo fijamente y Jonno pensó que ella se habría dado cuenta de que Andy le había transmitido su mensaje. Suspiró.

–A estas alturas se me debería ya dar bien mi discurso de rechazo.

En los últimos meses, desde que apareciera en una revista femenina un artículo sobre él, había perdido la cuenta de mujeres que lo perseguían: rubias, morenas, pelirrojas y de todos los colores. Mayores y jóvenes. Guapas y feas. Prudentes, descaradas, educadas, groseras…

Y a todas las había despachado con viento fresco.

Fue chapoteando con sus grandes botas hasta donde estaba aquella nueva candidata. Las últimas lluvias y las pisadas de miles de reses habían convertido el suelo en un cenagal.

La mujer, con un traje de lana beige, medias claras y tacones altos miraba a su alrededor desde el final del camino asfaltado.

Sin darse cuenta, Jonno comenzó a andar con más cuidado para no salpicarla. Pero sólo a eso llegó su amabilidad. Ni siquiera sonrió.

–¿Me buscabas?

–Sí –dijo ella sonriendo con cautela y extendiendo la mano.

Tenía un lunar justo encima del labio superior del que Jonno no pudo apartar la mirada

–Hola, soy Camille Devereaux.

Tenía el pelo rizado y brillante, del color del chocolate negro. Sus ojos y pestañas eran también más negros que castaños. Su nariz y su barbilla le daban un aire elegante. Jonno pensó que el nombre francés le iba muy bien.

Se estrecharon la mano. Ella lo observó llena de curiosidad, con una desconcertante familiaridad, sin ninguna timidez. Por unos instantes, Jonathan sintió el sensual olor de su perfume. La mano de ella parecía muy suave comparada con sus propias manos rudas y encallecidas. Se las metió en el bolsillo. Tenía que admitir que Andy tenía razón. Era muy distinta de las otras.

Tenía el encanto de una exótica extranjera. Muy mediterránea. Tremendamente sexy.

Su error fue permitir que sus miradas se encontraran; aunque sólo fueron unos segundos…

Nunca antes había tenido como entonces la certeza de que él y

una desconocida habían reaccionado de forma idéntica al conocerse, que los dos habían sentido un vuelco en su interior, un escalofrío.

–Mira –dijo él reaccionando con rapidez–, no puedo ayudarte. Ha sido todo un error. La revista se equivocó. No estoy buscando a nadie con quien salir y menos una esposa. Siento decepcionarte.

Aunque pareciera diferente a las otras, seguro que buscaba lo mismo.

–No, no te vayas –gritó ella con fuerza–. No tengo ninguna intención de salir o de casarme contigo…

Al oír sus gritos, un grupo de ganaderos que estaban junto a un cercado viendo unas vaquillas, los miraron se echaron a reír.

–¿Otra? –dijo uno– ¿Cuántas van ya?

Rechinando los dientes de rabia, Jonathan no contestó y siguió avanzando.

–¡Jonno! ¡Señor Rivers! Tenemos que hablar.

Su voz sonaba desesperada, pero él no se volvió. No tenía nada más que decir. No pensaba hablar más con aquella desconocida y ser objeto de los cotilleos y las risas de todo Mullinjim por un mes.

Camille lo achacó a la falta de café.

Por eso se había bloqueado. Nunca antes le había pasado. Había sido muy poco profesional. No tenía nada que ver con haber conocido a Jonathan Rivers en carne y hueso, después de haber estado intentando contactar con él durante semanas. Era el síndrome de abstinencia de la cafeína lo que la había dejado temblorosa, sin capacidad de reacción y respuesta. No Jonno.

Eso y el barro la habían impedido perseguir a aquel obstinado vaquero y a obligarle a escucharla. Una curtida periodista no debía haberle dejado irse de esa manera antes de poder explicarle nada. O de preguntarle nada. Bueno, quizás «curtida» era mucho decir, pero era eficiente y tenía experiencia.

Y sin embargo, se había quedado parada como una niñata viéndolo alejarse sin poder sacarle ni una de sus razones para no participar en «Objetivo Solteros».

La forma en que la había mirado le había resultado tan irreal… Sacudió la cabeza. Había perdido el control de la situación. Conocer a Jonno le había desbaratado nervios. Y eso que lo conocía por foto y estaba preparada para el intenso magnetismo de sus ojos, sus pómulos magníficamente delineados y su boca tentadora con esa

media sonrisa de conquistador…

Era esa sonrisa pícara lo que la había impresionado de Jonno Rivers. Bueno, para ser sincera, también sus enormes hombros, y la manera asombrosa en la que sus vaqueros caídos se ajustaban a su cuerpo.

Para el equipo de la revista Girl Talk, incluir a Jonathan Rivers en su lista de «Solteros más codiciados de Australia» había sido una decisión muy fácil. La foto que él había remitido para la elección les pareció tan buena que no creyeron necesario enviar a un fotógrafo profesional.

Y ese había sido el primer gran error de Girl Talk. Si hubieran enviado a alguien desde el principio, Camille no habría tenido que hacer ese enojoso viaje.

El segundo error había sido suyo. Cuando la pusieron a cargo del «Objetivo Solteros» había cometido un grave error de juicio. Después de elegir varios solteros de todas las profesiones y condiciones sociales, se había encargado de los que le parecieron más conflictivos: un influyente abogado de Perth, el dueño de una empresa de construcción de Sídney y un alto ejecutivo de Melbourne.

Los candidatos de menos nivel se los habían encargado a periodistas con menos experiencia: el guía turístico de Tasmania, el cazador de cocodrilos del Territorio del Norte… o Jonno, el granjero de Queensland

Se acababa de enterar de que el granjero no seguía el juego. Por eso había tenido que viajar de Sídney a North Queensland para buscar la raíz del problema y, después de algunas pistas falsas, lo había localizado. Y lo había dejado escapar.

Pero si Jonno Rivers se pensaba que se iba a rendir tan fácilmente, estaba muy equivocado.

Tenía que decirle que no se podía echar atrás. No le iba a permitir que echara por tierra el esfuerzo de la revista y que pusiera en peligro su trabajo.

No había contestado las llamadas, ni los e-mail, ni los fax, ni las cartas, y hasta había puesto candados a la verja de su propiedad, Edenvale. Después de conducir por carreteras enlodadas con su pequeño coche alquilado, que rozaba el suelo con el fondo con cada bache, se había encontrado las puertas cerradas.

Pero ningún cerrojo ni cadena la había detenido. Tampoco la

había desanimado que el hermano de Jonno, Gabe, se hubiera negado a ayudarla a acceder a la finca por helicóptero. Y ahora que había conseguido acercarse a él en aquella subasta, no iba a permitir que un poco de barro la detuviera. Pensaba ponerse las botas altas y el impermeable que llevaba en el coche.

Corrió hacia el aparcamiento y la visión de aquellos hombres a caballo, y los enormes trailer de hasta tres pisos que transportaban el ganado reavivaron en ella la incómoda sensación de estar completamente fuera de lugar; una sensación que no la había abandonado desde que llegara a Mullinjim.

Era extraño. Siempre se había considerado una genuina australiana, pero en aquel su primer viaje al interior del país, se sentía más forastera de lo que se hubiera sentido en un país exótico.

Se sintió aliviada al ver que con el abrigo y las botas llamaba menos la atención. Buscó entre los cercados llenos de ganado mugiendo. Las sendas entre los cercados estaban llenas de hombres vestidos de forma similar, con sombreros de ala ancha, abrigos impermeables y vaqueros.

De repente, oyó un fuerte ruido de pisadas de pezuñas y se dio la vuelta. Todos los órganos de su cuerpo se encogieron al ver aquel rebaño acercarse por entre los cercados guiado por un hombre a caballo. ¡Socorro! ¡Aquellos animales eran enormes y sus pezuñas parecían lo suficientemente pesadas y duras para aplastarla y destrozarla!

Nunca había visto una vaca que no estuviera al otro lado de una valla. Y ahora docenas de vacas se acercaban a ella mugiendo y resoplando. ¡Algunas tenían cuernos! El corazón le latía con fuerza. Se apretujó contra la valla de madera más próxima y contuvo el aliento. Sintió la mirada oscura de uno de los animales. Cerró los ojos, se puso en tensión y se estrujó aún más contra la valla.

Se quedó así, pegada como un imán a la valla sintiendo con fuerza su corazón. ¿Qué dirían las chicas de la oficina si la vieran? Sin duda, se merecía algún premio al valor. Aquello iba más allá del deber.

CHICA DE CIUDAD APLASTADA POR UNA VACA ENORME.

Camille Devereaux, periodista de Sídney, se enfrentó ayer a un rebaño de bestias salvajes en estampida en las subastas de Mullinjim… Camille… murió aplastada cuando buscaba una historia importantísima para Girl Talk…

Tan ocupada estaba con esos pensamientos, que tardó un rato en darse cuenta de que los animales pasaban junto a ella sin prestarle ninguna atención. El hombre del caballo, le hizo un gesto con la cabeza como si nada hubiera pasado y siguió su camino.

Camille respiró con alivio. Seguía viva. Y gracias a su abrigo y a sus botas, el hombre del caballo la había saludado como si fuera normal que ella estuviera allí y se sintió feliz consigo misma.

De pronto sintió como un codazo y se volvió a ver quién era. Un enorme y húmedo morro bovino le estaba oliendo la manga. ¡Dios mío! El cercado al que se había arrimado también estaba lleno de reses. Aguantó como pudo las ganas de gritar. Todo iba bien. Aquellos amiguitos de cuatro patas estaban dentro del cercado. No había nada que temer.

Esperó unos minutos a que su ritmo cardíaco y su respiración volvieran a la normalidad. Pronto se dio cuenta de que el cercado en el que se había apoyado se estaba convirtiendo en punto de interés. Media docena de granjeros se había acercado a ver los ejemplares que allí había… y ninguno de ellos se fijó en ella.

¡Vaya! Eso confirmaba que parecía una chica del campo y la llenó de confianza. Por mucho fango que hubiera, iba a llegar hasta Jonno Rivers.

El tono de las voces a su alrededor fue subiendo según el subastador iba repitiendo las pujas con entusiasmo.

–¡Ciento cuarenta! ¡Ciento cuarenta!

No prestó atención. Estaba demasiado ocupada buscando con la mirada a Jonno. Creyó verlo, pero su campo de visión estaba bloqueado por los hombres que rodeaban el cercado, así que se subió al primer madero de la valla para ver mejor. Vio sus hombros y reconoció sus andares lentos, casi desafiantes. Era él.

–¡Ciento cincuenta!

No tenía ni idea de cómo subir a la grada desde allí. De puntillas empezó a mover los brazos para llamar su atención.

–¡Ciento sesenta!

Jonno seguía moviendo lo brazos.

–Ciento sesenta, a la de dos.

Camille se volvió hacia aquella voz tan estridente. El subastador estaba justo encima de ella en la grada de madera y la señalaba con el dedo. A su alrededor muchos hombres empezaron a alejarse de allí.

La asaltó entonces una horrible sospecha. No, era imposible que creyeran que ella…

–Ciento sesenta –gritaba el subastador, mirándola fijamente–. Ofrecen ciento sesenta… Vendido.

–Enhorabuena –dijo alguien a su lado.

Camille se dio la vuelta y se encontró al mismo hombre de rostro enrojecido que le había dado su recado a Jonno el día anterior.

–¡Cielo santo! ¿Me está dando la enhorabuena?

El hombre le sonreía abiertamente.

–Claro que sí. Acaba de comprar un magnífico rebaño de terneros.

–No es posible. Yo no he comprado nada. Dígame que es una broma.

–Estas preciosidades –dijo el hombre dando una palmada en la valla– son todas suyas.

–Pero si sólo estaba llamando a Jonno Rivers. Yo… –lanzó una mirada desesperada al subastador, pero éste se limitó a saludar al hombre que estaba junto a ella antes de dirigirse a otro cercado.

–Esto no puede funcionar así. Yo no soy una compradora. ¿Para qué iba a querer yo un rebaño?

–Estaba usted a mi lado.

–¿Y eso qué tiene que ver?

–Yo represento a la gente en las subastas. Al verla conmigo, ha debido de pensar que era cliente mía.

–¡Cielo santo! –exclamó llevándose las manos temblorosas a la cabeza–. Usted va a decirle que es un error, ¿verdad?

–¿No quiere estos terneros?

–Claro que no –contestó sarcásticamente dejando escapar una risita–. ¿Qué demonios iba a hacer yo con ellos? Vivo en un apartamento de un dormitorio en Kings Cross. Mi patio es más pequeño que este cercado.

–Podría arrendarlas.

–¿Te está molestando esta mujer, Andy? –dijo una voz profunda a sus espaldas.

Camille se dio la vuelta y se encontró a Jonno Rivers mirándola con el ceño fruncido. Su mirada podría haber helado un océano. Dos océanos.

–Jonno –saludó el alegre Andy–. Justo el hombre que necesitábamos.

Camille no estaba tan segura. Ya estaba hartándose de aquel molesto granjero con sus malhumorados silencios y su apestoso ganado. Cerró los puños y los apretó contra los muslos. Sentía unos enormes deseos de darle un puñetazo en la nariz.

–Esta joven tiene un problemilla –explicó el agente con calma–. Pero estoy seguro de que tú puedes ayudarla –miró el reloj y añadió–. Lo siento Jonno, tengo que ver a alguien por algo de un toro. Te veo más tarde.

Y con un rápido saludo se alejó a toda velocidad.

A Camille le dio un vuelco el corazón al verlo alejarse. Se sentía agotada.

–Al menos, has tenido el valor de aparecer por fin –dijo dirigiéndose a Jonno–. Esto es todo culpa tuya, así que tendrás que hacer algo al respecto.

Capítulo 2

Jonno tardó mucho en responder.

Con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el pecho miraba desde su enorme altura a Camille sin mostrar ninguna compasión.

–Antes de lanzar acusaciones deberías explicarte un poco.

–Estaba haciéndote señas y…

Se pasó los dedos por la cabeza, molesta por su falta de interés.

–¿Y qué?

–Y parece ser que terminé comprando estas vacas.

–Son terneros –dijo él mirando al cercado.

–Vacas, terneros, ¿qué más da? Tienen cuatro patas, dicen «mu» y no los quiero.

Jonno hizo un gesto y apartó la mirada suspirando.

–Sabía que ibas a causar más problemas que las otras.

–¿Cómo dices?

–¿Pensaste que te encontraría más atractiva comprando unas vacas como soborno?

–¿Piensas que las compré para que fueran algo así como un cebo… o una dote? ¿Para resultarte más atractiva?

No contestó, pero asintió con un ligero movimiento de cabeza.

¡Qué ego tenía aquel tipo! ¡Más grande que todo el campo de Australia!

–¿Creías que yo estaba interesada en ti?

–¿Acaso no me estás persiguiendo? –preguntó Jonno encogiéndose de hombros.

Camille tuvo que apretar los puños para no hacer algo estúpido. Era demasiado alto para darle un puñetazo.

–¿Por qué no te lavas los oídos y me escuchas? –dijo lentamente en un tono cada vez más amenazante–. Vine aquí porque tú no

cumpliste lo acordado con la revista Girl Talk. No tengo ningún interés personal en ti. ¿Crees sinceramente que estaría aquí, lejos de todo, salpicada de barro y porquería, voluntariamente? Esto está muy lejos de mi idea de lo que es pasarlo bien. En cuanto a novios, tengo todos los tipos que quiero en Sídney y lo último que necesito es un vaquero. Además, no tengo ni la más remota intención de casarme. Por si no te has enterado, hay toda una generación de chicas que no están deseando renunciar a todo para casarse.

La evidente sorpresa de Jonno dio paso a la satisfacción, y por primera vez sus profundos ojos de color avellana parecieron risueños.

–Suenas convincente.

–¡Aleluya! También podrás entonces creer –añadió señalando el cercado–, que la compra de estos infelices fue un accidente, y que ahora lo que empezó como un mal día se ha convertido en un desastre total.

–¿Pagaste un buen precio por ellos? –preguntó él con una sonrisa maliciosa.

–No tengo ni idea. Esa no es la cuestión.

–Sí que es la cuestión. Eso y si tienes el dinero para pagarlos.

–¡Pero si no los quiero! Además –dijo mirando alternativamente al cercado y a Jonno,

– no sé si puedo pagarlos. ¿Cuánto valen?

–Quince terneros recién destetados con buen peso… Yo calculo que alrededor de los seis mil dólares australianos.

–¡No es posible! –exclamó ella reprimiendo las ganas de decir palabrotas–. Estoy ahorrando para un viaje a París. Esa cantidad es casi todo lo que tengo ahorrado. No voy a desperdiciarlo en unos cuantos terneros.

Llevaba meses ahorrando como una hormiguita, sin siquiera comprarse nada de ropa… bueno, casi nada. Y ahora su sueño se estaba viniendo abajo como un castillo de arena.

Sus sueños de volver a ver a su padre después de doce años, de ver sus estatuas favoritas en el museo Rodin, de buscar interesantes cafés en las callejuelas de Montmartre o de comprar algo chic y extravagante en los Campos Elíseos… En unos minutos sus sueños se habían convertido en la pesadilla de… aquella docena de terneros de los campos de Queensland.

–¿Cómo puedo salir de esta? –preguntó desesperada.

–No estoy seguro.

–¿Puedo demandar a alguien?

–En realidad te demandarán a ti si no pagas lo que pujaste.

–¡Oh, Dios! –exclamo Camille cerrando los ojos tratando de acallar el pánico.

Tenía que pensar con lucidez. Tenía que haber una solución para aquella absurda situación.

–Necesitó café –añadió–. No puedo pensar sin café.

–Hay un comedor.

–Bien. Déjame que te invite a un café.

Al ver que no contestaba siguió hablando.

–Es sólo un café, Jonno, no es una cita, ni una propuesta de matrimonio. Sólo quiero que nos sentemos en una mesa con una taza de café y que me aconsejes qué puedo hacer. Si estuvieras en Sídney peleando por encontrar un taxi, yo haría lo mismo.

Jonno la miró con ojos inquisitivos y por fin, para alivio de Camille, contestó.

–Es por aquí.

La condujo por los enlodados caminos hasta que llegaron al camino asfaltado y al edificio de oficinas del mercado de subastas. Se limpiaron las botas en un felpudo y Jonno empujó la enorme puerta de cristal.

El comedor estaba lleno de ganaderos comiendo con sus esposas, pero era limpio y acogedor. Había una barra llena de jarras humeantes. Camille pronto percibió el fragante olor del café.

Jonno no permitió que pagara. Ella comprendió que la gente de campo era más tradicional con esos temas. Tomó en sus manos la ardiente taza, inhaló el aroma familiar de su bebida favorita y dio un sorbo rápido y vigorizante. Después se dirigieron a una mesa vacía. Jonno había comprado dos bocadillos de pan integral de pueblo de carne asada fría, pepinillos y ensalada.

–Así que quieres ayuda para deshacerte de esos terneros.

–Sí, por favor. ¿No te interesaría comprarlos?

Jonno sonrió con la misma sonrisa pícara que había conmocionado los despachos de la revista. Se dio cuenta de que sus ojos tenían una fascinante mezcla de marrones y dorados con unos destellos verdes.

–No, gracias. Vine aquí a vender, no a comprar. No es un mercado demasiado bueno para compradores.

–¿Puedo sacarlos al mercado mañana otra vez y venderlos? –preguntó desanimada.

–Es posible –contestó Jonno pensativo–. Pero antes de entrar a fondo en ese tema… ¿por qué no me dices la razón que te trae hasta aquí desde Sídney?

Camille quedó sorprendida. Parece que comprar esos terneros podía tener un lado positivo. ¡Le había hecho hablar! La pilló de improviso, pero aprovechó para ir al grano.

–Vine para averiguar a qué estás jugando.

–No estoy jugando a nada.

–No has respondido ni a las cartas ni a las llamadas de la revista.

–¿Por qué debería cooperar con un tipo de periodismo tan irresponsable? –dijo sin excusas.

–¿Irresponsable? –Camille estuvo a punto de saltar, pero él se estaba abriendo y no quiso perderlo–. ¿Por qué dices eso?

–Quieren que alimente las ilusiones de una panda de mujeres tontas e ingenuas que se creen que esos solteros que presenta la revista están desesperados por casarse.

–Nosotros nunca damos la impresión de que nuestros solteros estén desesperados. Pero sí son todos verdaderos conquistadores, Jonno. Como tú.   Jonno parecía sentirse incómodo.

–Elegimos hombres maravillosos que por cualquier razón, aislamiento geográfico, jornadas laborales demasiado largas, por lo que sea, están aún solteros y buscan esposa. La reacción del público ha sido asombrosa. No sabíamos que aún hubiera tantas mujeres buscando maridos activamente.

–No como tú –repuso él desafiante–. Y ese es otro tema. ¿Cómo puede alguien que ni siquiera cree en el matrimonio fingir que es algo fantástico?

–¿Cómo sabes lo que pienso del matrimonio? –preguntó Camille. Enseguida se estremeció–. ¡Ah, sí! Es por el sermón que te di en los establos, ¿no?

Se sintió pillada y un poco avergonzada al darse cuenta de que en el calor del momento había aireado sus opiniones personales sobre las relaciones ante aquel hombre tan sexy.

–Así que ha sido un error –añadió por fin–. El matrimonio te da tanta alergia como a mí.

–Yo no he dicho que esté en contra del matrimonio.

Camille levantó sorprendida la vista. Los ojos de Jonno eran una mezcla de suave alegría y a… algo más.

–Pero…

–No estoy obsesionado con el matrimonio. Cuando elija una

esposa, quiero ser yo el que lleve la iniciativa. Para mí no hay nada menos atractivo que una mujer me persiga descaradamente.

–Muy bien, entonces podrías explicarme por qué aceptaste participar en el «Objetivo Solteros».

–Yo nunca acepté eso –repuso él con dureza.

–¿Cómo? ¡Pero si tengo unos papeles firmados que dicen lo contrario!

–No quiero entrar en detalles sobre cómo acabé en vuestra revista…

–su mirada se había nublado.

–¿Estás diciendo…? ¿Me estás diciendo que entraste en el concurso contra tu voluntad?

¡Desde el principio había tenido la corazonada de que había algo extraño en la inscripción de Jonno!

–Sí.

–¿Te tendieron una trampa?

Él asintió.

–Entonces, ¿quién envió la foto? ¿Y la firma?

–Ya te he dicho que no puedo contarte los detalles. Sólo que fue un error. Un enorme error.

Camille lo creía. Sin embargo, su deseo de seguir haciendo preguntas era demasiado fuerte. Nunca le había dado miedo llegar al fondo de una historia, y deseaba saber cómo alguien como Jonathan Rivers podía terminar en Girl Talk por error. Su revista y sus lectoras merecían una respuesta.

Sin embargo, aunque las preguntas estaban preparadas en su cabeza, algo la impedía articularlas. Su experiencia en entrevistas con personas de toda condición le decía que Jonno no iba a decir nada más sobre el tema. Se había cerrado en banda y tratar de seguir hurgando sería inútil. Si lo presionaba demasiado, lo perdería.

Por otra parte, su trabajo peligraba si no lo hacía.

–No creo que puedas librarte de esto tan fácilmente. Es demasiado tarde para retirarte del concurso. Nuestras lectoras esperan historias de seguimiento.

–Claro que puedo retirarme del proyecto. Me ha podido pillar un autobús. Cualquier cosa es posible.

–Pero eres uno de nuestros solteros más populares. De hecho, eres el más popular –añadió pensando que no vendría mal halagar su ego.

–Mala suerte –repuso él mirándola furioso.

Mientras Camille daba el último sorbo a su café, su mente daba vueltas acerca de quién habría embarcado a Jonno en aquello. ¿Habría sido una broma? ¿O alguien que quisiera vengarse de él por algo? ¿Una amante despechada? ¿Una admiradora secreta?

Una voz interrumpió sus pensamientos.

–¿Cuál es tu puesto en Girl Talk?

–Soy editora asociada.

–¿Qué peso tiene tu opinión?

–¿En lo de los solteros? Es mi responsabilidad.

No le apetecía confesar que tenía por encima de ella a Edith King, la redactora jefe.

Jonno permaneció callado y meditabundo un rato.

–¿Con que editora asociada? –preguntó apoyando los codos en la mesa y esbozando una sonrisa–. Entonces creo que ahora podemos hablar en serio.

¡Socorro! Su sonrisa era tan astuta y fascinante que le impedía pensar.

–Lo siento, no sé a qué te refieres.

–Estoy seguro de que sí lo sabes.

¿Estaba flirteando con ella? Por supuesto que no. Se estaba comportando como una de sus «groupies».

–Creo que estamos en posición de ayudarnos el uno al otro.

–¿Sí? –dijo ella bajando la mirada y mirando su bocadillo para evitar su paralizante sonrisa– ¡Ah! Sí, sí desde luego –añadió por fin preocupada de no parecer boba–. Estás sugiriendo que si yo te saco de «Objetivo Solteros» tú me ayudarás con mi problema con el ganado.

–Eso es.

Se acordó de Edith. Le iba a dar un ataque cuando se enterara de que Jonathan Rivers no estaba en el concurso. Luego se acordó de París y de su padre. Y de sus ahorros.

–¿Cómo puedes ayudarme? –preguntó tímidamente.

–Si me llevo tu ganado a mi propiedad de Edenvale, puedo criarlos durante los próximos meses y, cuando hayan alcanzado un precio justo, venderlos y repartirnos los beneficios. –¿Beneficios? ¿Quieres decir que puedo sacarles beneficio a esas vacas, quiero decir, terneros?

–Así es como nos ganamos la vida por aquí.

–¿Sacaré más dinero así que dejando mi dinero en el banco?

–Son sólo previsiones, pero con las buenas lluvias de este verano y este otoño, hay muy buen pasto, y si los precios para la exportación se mantienen como están, podremos sacarle un buen beneficio a tu ganado.

«Su ganado». Qué raro sonaba. Y sin embargo resultaba emocionante, como si estuviera adentrándose en una aventura llena de misterios.

–Pero claro, tú tendrás que prometerme que me sacarás de tu revista.

–Lo haré. Trato hecho –dijo mordiéndose el labio al imaginar la reacción de Edith.

Tendría que encontrar una forma de calmarla. En cualquier caso le iba a resultar más fácil que encontrar a alguien que le cuidara «su ganado».

Camille extendió la mano. Por unos instantes, Jonno no respondió, miraba muy serio a la mesa. Finalmente su fuerte mano estrechó la de Camille y sus miradas se encontraron. Había algo tan salvaje e inquietante en su mirada que ella se quedó sin aliento.

Jonno apartó la mirada rápidamente y estrujó el papel que había envuelto su bocadillo.

–Muy bien. Será mejor que vayamos a encargarnos del papeleo. Hablaré con los de los camiones a ver si pueden llevar a los terneros a Edenvale esta tarde.

Él se levantó y ella supo que la conversación había concluido. Decepcionada, se sacó una tarjeta del bolso y se la dio.

–Necesitarás esto si quieres contactar conmigo por lo de los terneros… o por cualquier otra cosa.

La tarjeta parecía diminuta entre sus enormes manos. La miró como si quisiera memorizar cada detalle.

–¿Así que regresas a Sídney?

–Sí –contestó ella poniéndose en pie–. Aunque lo más probable es que no consiga llegar a Townsville antes de que anochezca.

–Conseguirás llegar a Charter Towers. La carretera es muy buena y ha dejado de llover. Podrás llegar a Townsville y tomar el avión de Sídney mañana por la mañana.

–Gracias por el almuerzo –dijo ella ajustando la correa de su bolso.

–Ha sido un placer.

Se guardó la tarjeta de en bolsillo de su abrigo. Hubo un momento incómodo, como de colegiales, en el que se miraron sin

saber qué decir.

«Es guapísimo», pensó Camille. Era uno de los tipos más atractivos que había conocido, una opinión que media Australia compartía. Pero el miedo a la editora y a su ira creció al llegar el momento de despedirse.

–¿No lo estarás reconsiderando? –dijo él al ver que ella no se movía.

–No puedo evitar pensar que te he dejado escapar muy fácilmente.

–¿Por qué dices eso? –dijo él soltando una risa de incredulidad.

–Bueno, es que tú lo único que tienes que hacer es poner a esos terneros en un prado, relajarte mientras van creciendo y engordando, y esperar beneficios. Sin embargo, yo tengo que volver a Sídney a enfrentarme a mi jefa y tratar de explicarle que te hemos perdido para el concurso.

Para su sorpresa, Jonno se puso muy rojo y apretó los puños. Parecía que iba a pegarla. Pero no se movió. Se quedó muy quieto hasta que su rostro recuperó su color. Sus facciones estaban más tensas que nunca.

–Hemos hecho un trato. A lo mejor la gente de la ciudad no sabe lo que es un trato entre caballeros, pero desde luego no hay vuelta atrás. Cómo mantengas tu parte del trato me da igual.

–Eso me temía.

Jonno abandonó el comedor sin mirar atrás.

Mullinjim era un lugar tan remoto, que el teléfono móvil de Camille no tenía cobertura, así que tuvo que llamar desde una cabina que había en el aparcamiento del mercado de subastas.

–¡Dios mío! –chilló Edith–. ¡Cuánto me alegro de oírte, Camille! Estaba muy preocupada de que te hubiera perdido por esas tierras remotas. Has llegado a Mulla… ¿Cómo era?

–Sí, estoy en Mullinjim y he estado hablando con Jonathan Rivers.

–¡Sabía que lo conseguirías!

–Sí, bueno…

–Estaba tan preocupada con ese cowboy tan esquivo. Es la pieza principal de nuestro concurso.

–Edith, no ha sido nada fácil. Tengo que confesarte que tuve que llegar a un acuerdo con él.

–De acuerdo, lo que haga falta con tal de que nos quedemos con su historia. Y si pide demasiado dinero, que hable directamente conmigo.

Se oyó el sonido de un mechero al otro lado de la línea. Edith no hacía caso de la prohibición de fumar en la oficina.

–Edith, es que no tiene nada que ver con el dinero.

–¡Dios mío! ¡Quiere acostarse contigo!

–No –balbuceó conmocionada por la idea–. Es que no está disponible.

–¿Está ya casado? –chilló Edith.

–No, escucha, es que todo ha sido un error.

–Por favor dime que no es gay.

–No, no es gay.

De eso estaba segura. Lo había sorprendido mirándola varias veces de una manera que no le dejaba lugar a dudas.

–El problema es que nunca accedió a participar en el concurso.

Un silencio frío acogió la noticia.

–Quiere ser excluido de «Objetivo Solteros». No creo que le podamos obligar a quedarse.

Deseó tener pruebas de que Jonno había sido engañado para apaciguar a su jefa.

–Ya hablaremos cuando esté allí, Edith. Pero se niega a cooperar. Lo siento, he hecho lo que he podido. Sabes que no me doy por vencida fácilmente, pero me he encontrado con una pared. No vamos a sacar nada de él, así que me vuelvo. Llegaré mañana por la noche.

–Camille –vociferó Edith–. Sabes que no me gustan las amenazas. Pero es que no te das cuenta del problema que eso supone para los editores. Así que, cielo, es vital, repito, vital, que lo consigamos. Vas a volver con ese vaquero solitario y espero nuevas noticias para mañana.

Y colgó.

«Socorro». Estoy perdida.

Camille colgó el teléfono y se cubrió la cara con las manos. Ya había llegado a un acuerdo con Jonno; su intento de renegociar lo había puesto furioso y ahora no había nada que hacer.

¿Cómo iba a hacer para conciliar el derecho a la intimidad de Jonno Rivers y las demandas de su editora?

Salió de la cabina. Aunque había salido el sol, hacía frío y el viento agitaba su abrigo. Se metió las manos en los bolsillos y echó

a andar. Se concentraba mejor cuando caminaba.

¿Qué podía hacer? ¿Tratar de averiguar cómo había entrado Jonno en el concurso? No serviría de mucho. Quizás debía pensar en una historia alternativa… una gran historia sobre la ganadería, por ejemplo; sobre una visión femenina del mundo en la granja… podría incluir elementos románticos y matrimoniales… «Una chica de ciudad en el campo». Su entusiasmo creció. Podía conseguirlo.

Con las manos en los bolsillos, Jonno caminaba por el aparcamiento tratando de contener su rabia. El comentario de Camille sobre la regalada vida del campo le había puesto furioso. ¡Decir que era dinero fácil!

Sabía que no debía permitir que nada que ella dijera lo molestase. No sabía nada de criar ganado. Era una cabeza hueca de ciudad que no sabía lo que era ganarse la vida. Ni siquiera distinguía una vaca de un ternero. ¿Y se llamaba periodista?

No podía dejarla marchar sin dejar las cosas claras. Tendría que haberle echado una bronca allí mismo en el comedor.

«Tendría que haberla besado hasta perder el sentido».

Se detuvo. ¿Le hubiera importado tanto la opinión de ella si no la encontrara tremendamente atractiva? ¿Estaba enfadado por sus palabras o por su aspecto? ¿Porque la quería y no podía tenerla?

Maldita sea. No podía dejar de pensar en sus cabellos oscuros y en sus ojos. Parecía de otro mundo…

«¿Y qué?». Ya estaba de regreso a Sídney, con sus prejuicios vanidosos y él había perdido la ocasión de decirle que estaba equivocada en su idea de la vida de un granjero.

Camille rodeó una camioneta salpicada de barro y se detuvo al ver a Jonno pasar a sólo unos metros de ella. Él se había levantado las solapas del abrigo para protegerse del viento y estaba despeinado. Casi le dolió el corazón cuando él la vio y se detuvo.

Su rostro era tan moreno e imponente que estuvo a punto de decir «hola» y salir corriendo. Pero recordó las órdenes de Edith y, evitando un charco, se acercó a él.

–Menos mal que te encuentro.

–¿Por qué? Pensé que te ibas.

–He pensado que para aprovechar mi estancia aquí, podría

escribir una historia sobre la vida en el campo australiano.

–Y, ¿cómo lo vas a hacer? ¿Mirando por la ventana de tu hotel?

–Claro que no. Quiero que sea un artículo de profundidad.

Jonno pareció musitar una palabrota.

–Creo que eres la persona menos idónea para escribir nada sobre la vida «real» aquí.

–¿Cómo lo sabes? Soy una periodista muy buena.

–No te engañes. Te presentas aquí, en una subasta, con la cabeza llena de pájaros y compras unas cabezas de ganado por accidente. Me haces a mí sacarte del apuro y encima tienes la desfachatez de decirme que criar ganado es fácil.

–Lo siento –dijo ella al darse cuenta de que había herido el enorme ego de aquel hombre–. Fue un comentario desconsiderado.

Jonno pareció sorprenderse de la disculpa. La miró con ojos muy serios. El corazón de Camille casi se detuvo al darse cuenta de que la estaba mirando a los labios.

–A juzgar por tu revista, prefieres temas más frívolos. Sin ningún realismo.

–Ayúdame a ser realista.

–¿Cómo?

–Proporcióname una historia. Muéstrame cómo es realmente tu vida.

–No quiero aparecer en ninguna historia escrita por ti.

–No sería sobre un soltero disponible, sino sobre la vida aquí. No te mencionaría, sería sobre la vida en la granja y sobre lo que se espera aquí de las mujeres desde el punto de vista de una chica de ciudad.

–Es decir, una visión condescendiente e ingenua.

¡Cómo podía alguien tan atractivo ser tan arrogante y machista!

–Está bien. Da igual. Olvida lo que te he dicho. Ya encontraré a alguien que no esté enfadado con el mundo.

Camille se fue a toda velocidad hacia el aparcamiento. Jonno la agarró del codo, pero ella se zafó y siguió su camino.

–¡Camille! ¡Espera!

Esta vez, la agarró con más fuerza y la obligó a detenerse.

–¿Qué quieres?

Para su sorpresa Jonno parecía avergonzado.

–No podías saber que me habían engañado para que participara en lo de la revista, así que te debo una explicación.

–No te molestes. Puedo encontrar a mucha gente amable con

ganas de ayudar por aquí. Debes de ser la única persona sin la famosa hospitalidad del campo australiano.

–¡Escúchame! Si quieres una historia sobre granjas, ven a Edenvale.

–¿A tu casa? –preguntó ella boquiabierta.

–Sí.

–Me estás invitando a que invada tu santuario. ¿Estás seguro? –no podía creérselo.

–Eres mi socia, sería natural que te interesase el bienestar de tus reses. Así podrías ver cómo se adaptan los terneros.

–Supongo que sí. Suena genial.

–Los acaban de destetar, así que estarán muy estresados al principio. Necesitarán un trato amable cuando lleguen.

–¿De verdad? Pobrecitos. No sabía que eras un vaquero sensible y «New Age» –añadió con una sonrisa burlona.

–¿Te interesa mi oferta? –dijo él ignorando su comentario.

–Sí, claro que me interesa.

Ya se imaginaba el reportaje: «De chica de ciudad a reina de la granja en cinco sencillos pasos». Conteniendo su deseo de sonreír, dijo con cara circunspecta:

–Me encantaría aprender más sobre la ganadería y sus «técnicas».

Capítulo 3

El hermano de Jonno, Gabe, llamó una hora después de que llegaran a casa.

–Será mejor que sepas que hay una periodista de la revista de Sídney buscándote. Estuvo en mi oficina esta mañana. Quería que la colara en Edenvale.

–Lo sé, y, gracias por el aviso, pero ha llegado tarde. Ya me ha encontrado.

Se hizo el silencio en la línea.

–Espero que no fueras muy duro con ella.

–Pues claro que no. Solucionamos las cosas amigablemente, más o menos.

–Me alegra oír que ha salido viva de esto. Estabas tan enfadado con el tema de la broma de la revista que te imaginaba haciendo una escena.

Jonno hizo una mueca. ¿Qué pensaría Gabe si supiera que no sólo estaba viva, sino que además estaba tan tranquila en una hamaca de mimbre en la terraza con su gata, Megs, ronroneando en el regazo y su perro, un labrador llamado Saxon, tumbado a sus pies?

Había sido una locura llevarla allí. La culpa era de cómo había sido educado: su madre le había inculcado un profundo sentido de la cortesía.

Sólo un salvaje podría haber mantenido ese tono grosero con aquella mujer. Nunca se había comportado así, y había querido compensarla. Pero llevarla a Edenvale había sido un error.

–Es una pena que no hayas conocido a esa chica en una situación más agradable. Hasta un hombre felizmente casado como yo puede darse cuenta de que es muy agradable a la vista.

–¿Tú crees?

No reparar en lo atractiva que era Camille había sido el mayor reto del día. Tendría que haber obedecido a sus instintos y negarse a tener nada que ver con ella. Pero era demasiado tarde. Camille había cambiado su traje de chaqueta por unos vaqueros y un jersey de lana muy fina color carmesí que realzaba el contorno de sus pechos, y no mirarla era extremadamente difícil.

–Por cierto, Jim Young el camionero, me ha pedido que te diga que está en Piebald Downs y no podrá llevarte esos terneros hasta la noche. –¡Ah! Gracias.

–No sabía que fueras a comprar nada hoy. Creía que los precios no eran ventajosos.

–Bueno, sí, hubo un pequeño cambio de planes.

Era inútil guardar secretos con su hermano. Gabe y su mujer, Piper vivían al lado de la estación de Windaroo y se enteraban rápidamente de todos los cotilleos.

–Camille compró un lote de terneros. Y los va a traer aquí para que se críen.

–¿Quién es Camille?

–La periodista. Es una historia muy larga.

–¿Estás de broma?

–Me temo que no. Además, se va a quedar aquí un par de días.

Se hizo otra vez un silencio.

–Es parte de un acuerdo al que hemos llegado. No tiene nada de particular. Ella quiere escribir un artículo para su revista y yo no quiero que la gente de Sídney se crea que lo único que hacemos aquí es poner los animales en un prado y tumbarnos a esperar.

Jonno sabía que Gabe se moría por hacer más preguntas por eso se apresuró a dar tantas explicaciones.

–Muy interesante. Es fantástico. Y tus motivaciones son realmente nobles.

–¿Mis motivaciones? ¿Qué quieres decir con eso?

–Nada, nada –dijo Gabe conteniendo la risa–. Después de tanto tiempo sin hacer caso de las mujeres, me alegra ver que vuelve a circular sangre por tus venas.

–Déjame en paz, Gabe. No voy a intentar ligar con ella. De hecho –añadió con énfasis–, quiero que vea que la vida del granjero no tiene nada de romántica.

Gabe se rio de nuevo.

–Pues que no se acerque entonces a Piper. Estoy segura de que desbarataría ese argumento en segundos.

Camille hablaba con la gata y la acariciaba con las uñas entre las orejas. El sol sacaba destellos rojizos de su lustroso pelo.

Se oyeron dentro de la casa los pesados pasos de Jonno que volvía a la terraza. Al oírlo, Camille levantó la vista y él sintió una sacudida de deseo.

¡Maldita sea! Siempre que la miraba se sorprendía de lo adorable que era. Y ese no era el único problema. Camille parecía disfrutar con todo lo que veía en aquel lugar. Se suponía que iba a encontrarse con la cruda realidad y en vez de eso estaba encantada con todo.

Desde el momento en que ella había dejado el coche de alquiler en Mullinjim y habían vuelto a casa en la camioneta de él, se había mostrado entusiasmada por todo: los ondulantes prados, el enorme cielo, las lejanas colinas… Cada animal que veían, cada canguro, cada emú, cada pavo de las praderas provocaba en ella una profunda emoción.

Y el problema era que no exageraba, ni sonaba falsa. Parecía un entusiasmo auténtico y sincero. Y eso molestaba a Jonno, aunque no sabía bien por qué.

–Es preciosa –dijo Camille pasando su elegante mano por el lomo del animal–, nunca he tenido animales.

–¿Ni siquiera de niña?

–No, y ahora no permiten animales en mi edificio, ni siquiera un pez de colores.

Jonno contuvo sus ganas de preguntarle por qué nunca había tenido animales. No debía mostrar interés en su vida privada. Ella sólo estaba allí por trabajo.

–Estás muy bien aquí, así que no te muevas. Yo voy a preparar un establo para cuando lleguen los terneros.

–No vayas sin mí –dijo ella rápidamente, tomando al gato en brazos y poniéndose de pie de un salto–. Quiero tener el mayor número de experiencias posible.

Su rostro estaba radiante. Jonno apartó la mirada y miró taciturno al sol ya cerca de la línea del horizonte.

–Entonces, vamos.

La granja y los establos de Edenvale estaban en una pendiente por lo que desde allí se veía todo el valle de Mullinjim. Las grises nubes que habían amenazado lluvia esa mañana eran, a la luz del

sol poniente, rosas y rojizas y todo el paisaje se había teñido de un resplandor dorado.

Al final de la cuesta había un estanque habitado por diversos tipos de patos salvajes y gansos, y, más allá, se extendían los inmensos y frondosos prados, de un color amarillo pálido en los que los árboles y las cabezas de ganado parecían puntos. En la línea del horizonte se extendía una cordillera de suaves colinas de tonos rosados y púrpura.

–Es todo tan hermoso –repetía Camille.

Jonno caminaba muy deprisa, obligándola a correr para seguirlo. Ya en los establos, agarró tres fardos de paja.

–¿Puedes con uno de estos?

–Claro –dijo extendiendo los brazos–. ¿Qué estamos haciendo ahora?

–Vamos a poner esta paja fuera en el cercado para que tengan algo para comer cuando lleguen. En el mercado no les habrán dado de comer, y no queremos que pierdan peso.

Rompieron los fardos y fueron disponiendo la paja a lo largo de la valla del cercado.

–¿Por qué no la ponemos por todas partes?

–No sirve de nada ponerla en el medio, la pisotearían y se llenaría de barro.

Camille admiró su trabajo con las manos apoyadas en la cadera.

–Es sólo un redil, Camille, no es una obra de arte.

Las cosas empeoraron cuando ella quiso hacer la cena.

–Soy muy buena en la cocina, y debes estar harto de cocinar. –Tengo una mujer que viene a limpiar y una vez a la semana hace un guiso que me dura un par de días.

–Pero seguro que te gustaría variar un poco, ¿no? Creo que estar en el campo entre animales de granja, pajares y alcornoques despierta mis instintos más caseros.

Jonno parecía alarmado.

–No te preocupes –continuó ella–, no soy peligrosa, mis instintos caseros no van más allá de cocinar.

–Me alegra saber que estoy a salvo –dijo él con una sonrisa irónica.

Pero la verdad era que dejar a Camille Devereaux entrar en su cocina le parecía más peligroso que participar en un rodeo.

A Camille le resultó divertido revolverlo todo y confeccionar un menú con lo que iba encontrando. Combinando un poco de ternera, cebolla, pimiento, zanahoria y apio picados finamente con una salsa de chile dulce consiguió un sabroso salteado oriental. Sin embargo, cuando llegó la hora de sentarse a la mesa se puso nerviosa.

¿Qué estaba haciendo? Estaba compartiendo un momento de gran intimidad con aquel hombre guapísimo y desconcertante. Después de haber pasado una buena parte del día enfrentados, había terminado en aquella enorme casa vacía, con él, compartiendo la comida y con una larga noche por delante.

¡Con las miradas de él, de las que ella era consciente y las revolucionadas hormonas de ella!

Comieron en absoluto silencio. A Camille le hubiera gustado entrevistar a Jonno, pero hacerle preguntas para conocerlo mejor, podía hacer que aquello se pareciera demasiado a una cita. Y Jonno era muy susceptible con esas cosas. Cualquier muestra de que ella se sentía atraída por él, y la echaría de allí sin dejarla terminar su reportaje.

Además, incluso si no reaccionaba de forma hostil, no tenía ningún sentido interesarse por Jonno Rivers. Pertenecían a mundos diferentes.

Aunque había química entre ellos. Se sentía en el ambiente. Un oscuro fuego ardía en los ojos de Jonno cada vez que la miraba. Y ella nunca se había sentido tan cortada.

–Se oye el camión que trae tus terneros –dijo él de pronto poniéndose en pie.

Aquella interrupción fue un verdadero alivio. Jonno fue hasta el perchero por su abrigo.

–No hace falta que salgas ahora. Hace frío y con lo oscuro que está no vas a ver nada.

–Ni lo sueñes. Quiero ver la llegada de mis pequeños. Espera, que voy por mi abrigo.

En efecto, fuera hacía mucho frío y estaba oscuro. Las nubes ocultaban la luna y las luces del camión parecían meteoritos. Marcha atrás, el camión se dirigió a los establos por el camino enlodado. Camille admiró la habilidad del conductor para alinear aquel gigantesco vehículo con la pequeña rampa de descarga.

–Espera aquí –dijo Jonno–. Hay que evitar que los animales se asusten de la oscuridad. No queremos que uno se caiga y se rompa una pata.

Camille se quedó en las sombras mientras Jonno iba a hablar con el conductor. Como Jonno había previsto, había poco que ver, pero sí que se podía oír algunos mugidos de los animales que esperaban pacientemente en el camión. Luego se oyó el fuerte chirrido de las puertas al abrirse, y finalmente, el ruido de las pezuñas sobre la rampa metálica. A la pálida luz de las linternas de los hombres, vio las sombras de los animales descender por la rampa. Una, dos, tres… Era su ganado. Suyo. Sintió un extraño orgullo, casi maternal al verlos descender en fila del camión, dóciles como colegiales. Hasta empezó a pensar nombres para ellos: Roland, Seamus, Bruno, Red, Joe, Lance, Alonzo…

Los hombres hablaban poco y en voz baja. Recordó que Jonno había dicho que necesitaban ser tratados con delicadeza.

Ella había imaginado a los vaqueros del interior como hombres ruidosos a caballo, que hacen sonar sus espuelas y sus látigos, no como hombres preocupados, en una noche fría como aquella, porque los terneros de una desconocida no padecieran el más mínimo estrés.

No pudo evitar preguntarse cómo trataría Jonno Rivers a una mujer a la que quisiera.

Las risas estridentes de las cucaburras en el árbol del caucho al que daba su ventana la despertaron. Una luz nacarada se filtraba por las rendijas de la persiana de madera. Camille se esforzó por mantener los ojos abiertos a aquella hora intempestiva pero fue inútil, así que se quedó en la cama, inmóvil. El sonido como de carcajadas de los pájaros fue haciéndose más fuerte hasta que se interrumpió, para volver a empezar a los pocos segundos. Sonrió. ¡Estaban tan llenos de energía, eran tan especiales, tan típicos del campo australiano! Nunca había oído una cucaburra en Kings Cross.

Y de pronto, recordó otra ocasión en la que se había despertado en el campo con las risas de las cucaburras. ¡Había olvidado el verano que pasó en casa de Anne Page, una amiga del internado! Recordó la granja de ovejas en New England Tableland. Recordó a Anne con sus padres y su hermano riendo todos juntos, desayunando en la cocina. Risas sanas, felices y no forzadas.

Recordó lo mucho que había llorado entonces. Sus padres nunca se habían reído así. Nunca tenían tiempo para comer juntos, y menos para hacer bromas y pasarlo bien.

Y esa mañana, años después, en otra habitación en el campo, Camille volvió a pensar en su infancia y a tratar de recordar a sus padres riendo. Su padre la llevaba al cine los sábados, compraban cucuruchos de helado y se reían mucho con los dibujos animados.

Pero aparte de eso no recordaba muchas risas, recordaba más las discusiones y las peleas. Tendría que preguntarle a su padre.

Debía haber habido también mejores tiempos.

Jonno estaba terminando de desayunar cuando Camille entró en la cocina lista para hacer cosas.

Ella tenía tan buen aspecto por la mañana como por la tarde. O por la noche. Nada iba a ser más fácil que el día anterior.

–¿Llevas mucho tiempo levantado? –preguntó Camille sirviéndose una taza de té.

–Ya he estado en los establos dándole agua a los terneros.

–Supongo que te levantas al amanecer.

Él asintió y apartó la mirada. Se había pasado la noche despierto, sintiendo enloquecer, asaltado por pensamientos lujuriosos, así que la llegada del día había sido un alivio.

–¿Y qué se hace ahora? –preguntó ella metiendo una rebanada de pan en la tostadora–. ¿Qué más hay que hacer una vez que los terneros ya están instalados en su nuevo hogar?

–Hoy hay que marcarlos.

–¿Marcarlos? –saltó ella.

–Sí, marcarlos, ponerles la chapa identificativa en la oreja, vacunarlos y lavarlos. Mañana los llevaré a otro establo cercano. Seguirán comiendo paja unos días. Es importante que estén lo más tranquilos que sea posible. Luego empezaremos a hacerlos caminar como rebaño para que se acostumbren a ser rodeados. Después los llevaremos a otro prado más lejos.

–No sabía que mis pequeños te iban a mantener tan ocupado. Seguramente tenías otras cosas que hacer.

Jonno estuvo a punto de hacer una broma sobre lo de «tumbarse a esperar» pero se calló.

–¿Es necesario marcarlos?

–Es la única forma de que tengamos una prueba legal de propiedad.

–Supongo que tienes razón, pero yo pensaba que se trataba de evitarles estrés y lo de marcarlos es horrible. ¡Pobre Alonzo!

–¿Alonzo?

–No he dicho nada –contestó poniéndose roja–. Supongo que preocuparse porque haya que marcar a los animales es lo que esperabas de una boba y sensiblera chica de ciudad.

–No tienes por qué venir a verlo. Mira, esto no va a funcionar.

Tendrías que haberte ido ayer. Aún puedes irte esta mañana.

–No –gritó ella–. No te confundas. No quería sonar crítica. Quiero vivir todo el proceso. No quiero una versión edulcorada de las cosas. Quiero realismo de primera mano.

–Una cosa te puedo asegurar, realismo de «primera mano», no lo vas a encontrar.

–¿Por qué no?

Durante unos segundos se miraron. Las palabras de él resonaban en la cabeza de ella.

A lo mejor era la consecuencia de una noche sin dormir, pero le parecía que había una complicidad indeseada entre ellos, como si ya se hubieran acariciado en la intimidad. Jonno se apresuró a enjuagar su taza bajo el grifo.

–No puedo dejar que alguien sin experiencia se acerque al ganado. Puede ser peligroso. No puedo arriesgarme a que te hagas daño.

–Pero es mi ganado. Y para mayor veracidad, necesito estar cerca de ellos.

–Y para evitarme yo una demanda por daños de tu revista, yo tengo que proteger tu delicado cuello. Tómate tu tiempo con el desayuno –dijo saliendo de la cocina sin mirarla–. Puedes bajar si quieres, pero no molestes.

Aunque se había hecho la valiente en el desayuno, Camille se estremeció por dentro al acercarse a los establos. Sabía que lo que iba a ver le iba a resultar horrible.

–Quédate aquí –le indico Jonno señalando un lugar cercano a un armatoste metálico que parecía una versión moderna de un potro de tortura.

–¿Qué es eso?

–Es un cepo para sujetar al animal para que no se mueva mientras trabajamos con él.

¡Qué apropiado! Sólo faltaba un látigo y aquello sería como la Inquisición.

A su izquierda vio una llama azul que salía de una bombona de gas y calentaba el hierro ya enrojecido con el que iban a marcar a los animales. Sintió que se le revolvía el estómago.

«Recuerda que el realismo es parte de tu historia».

A su derecha, Jonno guiaba al primer ternero por un pasaje hecho con vallas de acero.

¡Pobrecito! No pudo evitar acercarse para decirle unas palabras tranquilizadoras.

–¡No te acerques o retrocederá! –bramó Jonno–. Te dije que te estuvieras quieta.

Con las piernas separadas, Jonno manejaba una palanca con una mano, mientras que con la otra empujó hábilmente al animal para que entrara hasta el fondo del gigantesco cepo. Con otra palanca, una de las paredes se abrió y el animal trató de salir por allí pero con otro rápido movimiento, el animal quedó inmovilizado por unas barras metálicas –¡Pobrecito! ¡No se puede mover!

–De eso se trata. Y ahora apártate mientras le pongo la chapa en la oreja.

Utilizando un dosificador con forma de pistola disparó un líquido por el lomo del animal.

–Antes había que sumergirlos. Ahora este spray es suficiente para mantenerlos limpios de garrapatas.

Con los ágiles movimientos de un deportista, Jonno se movía de un lado para otro entre su banco de trabajo y el cepo. Llenó una jeringuilla con vacunas y pinchó al animal. Después le puso con una especie de grapadora, la chapa de la oreja.

–¿Duele?

–Igual que te dolió a ti cuando te hicieron los agujeros para que te pudieras poner esos pendientitos de oro.

Luego tomó la barra de hierro con el sello incandescente y en un movimiento rápido lo estampó en el lomo del animal. Hubo un breve mugido de queja y el aire se llenó de olor a piel quemada.

Camille se llevó la mano a la boca para ahogar un grito. Jonno levantó entonces una de las palancas y el animal salió del cepo apresuradamente.

–Ha tenido que ser horrible –dijo mientras Jonno se dirigía de nuevo a la llama con el hierro–. ¿Cómo es posible que nadie haya inventado un sistema mejor?

El rostro de él permaneció inexpresivo mientras iba a buscar el segundo ternero.

–Como se dice por aquí: si no te gusta el fuego, aléjate de la cocina.

–¡No hace falta convertirse en un monstruo!

–Seré un monstruo, pero mira a tu pequeño… Alonzo.

Señaló al ternero recién liberado, que pastaba tranquilamente a pocos metros de donde había tenido lugar su tormento.

–Tienen una piel muy gruesa. No necesitan ni primeros auxilios, ni terapia psicológica.

Camille tuvo que admitir que no parecía sentir dolor.

–Es posible.

Jonno se dispuso a preparar al siguiente ternero. Camille se sorprendió al darse cuenta de que se sentía más fascinada que horrorizada. Se acercó más, incapaz de apartar la mirada de los desgastados vaqueros de Jonathan y de los poderosos músculos de sus hombros, realzados por el esfuerzo físico. En la foto de la revista se apreciaba ese cuerpo fuerte y esbelto, pero verlo en acción era muy diferente.

¿Cómo sería sentir junto a ella aquel cuerpo magnífico y toda su energía contenida? Seguro que Jonno Rivers era un amante sensacional.

¡Por amor de Dios! ¿Cómo se le ocurrían esas cosas? ¿Cómo podía un hombre lleno de sudor y polvo, rodeado de vacas, resultar tan sexy? ¿Qué le estaba pasando?

Lo normal es sentirse transportada por un aroma de jazmín, una copa de vino en la mesa y un violinista tocando, no por unos establos mugrientos, una barra de hierro para marcar ganado y unos terneros.

Jonno la miraba fijamente, con el spray en la mano con expresión sorprendida.

–¿Vas a quitarme a mi también las garrapatas? –dijo ella señalando la pistola con una risita.

–Perdona –susurró él poniéndose un poco colorado–. Me he distraído.

–¿Sabes? Ahora ya sé cómo hacer estas cosas, así que puedo ayudarte.

–Ni hablar.

–Pero tienes que estar pendiente de montones de cosas a la vez. ¡Vamos! Encárgame alguna cosita a mí. ¿Nunca te ayuda nadie con esto?

–Son sólo quince animales. Es muy poco trabajo –refunfuñó él.

–Pero algo de ayuda, aunque sea de una chica de ciudad es mejor que nada.

Camille sacó entonces un papel del bolsillo de su vaquero.

–He escrito un descargo de responsabilidades. Si resulto herida durante mi estancia aquí, quedas libre de cualquier responsabilidad legal.

Dio unos pasos hasta él y le puso el papel en la mano.

–Cuando dije ayer que era una buena periodista, lo dije en serio. Y he arriesgado mi trabajo para devolverte la libertad. Tienes que darme una oportunidad.

Jonno se encogió de hombros y frunció el ceño mientras leía la nota. Finalmente, levantó la vista del papel y sonrió, con esa pícara sonrisa suya que la hacía estremecer.

–Está bien. Te daré una oportunidad. Estos pequeños no son todavía grandes, no pueden hacer mucho daño.

Le mostró cómo hacer para acercarse al ternero por uno de los costados y separarlo de los otros y le dio un tubo de plástico para que le diera algún golpecito si era necesario.

–Muy bien. Ahora intenta hacer que uno pase por el pasillo.

El corazón de Camille empezó a latir con fuerza y sintió un nudo en el estómago. ¿Por qué había dicho nada? ¿Quería realmente hacer aquello? Se acercó tímidamente a uno de los terneros. Era un animal muy bonito, de piel rojiza con la cara blanca.

–Vamos.

No se inmutó.

–Vamos –repitió en voz más alta.

Esta vez se volvió y la miró con unos enormes ojos marrones.

–Jonno no te va a hacer casi daño.

–Un poco más cerca –dijo Jonno.

¡Vaya! Se acercó un poco más haciendo gestos para que se moviera. El ternero se desplazó hacia la valla, justo donde ella quería que fuese.

–Eso es, sigue así –iba diciendo ella, caminando detrás.

El ternero pasó por la puertecilla y avanzó por el estrecho camino rodeado de vallas.

–¡Lo has conseguido! –gritó Jonno–. ¡Muy bien!

Con velocidad asombrosa, Jonno lo vacunó, le puso la chapa en la oreja y lo marcó con el hierro. Camille estaba todavía admirada cuando Jonno le pidió que hiciera pasar otro animal.

Después de hacer pasar por el pasillo a ocho animales, Camille

ya le había pillado el tranquillo al proceso y lo hacía cada vez más deprisa.

–Lo estás haciendo muy bien –dijo Jonno–. Se te da muy bien.

El corazón le dio un vuelco a Camille y se sintió ridículamente orgullosa como una niña de primero a la que dan una pegatina por escribir bien su nombre. Aquel trabajo era muy distinto de cualquier otra cosa que hubiera hecho. Por eso le resultaba tan gratificante. Le gustaba la actividad física y la sincronización con la que había que hacerlo todo. Y el hecho de que sus «pequeños» ya fueran oficialmente parte de Edenvale, con la letra E marcada en sus lomos la hacía sentirse extrañamente feliz.

–Los dos últimos suelen ser los más nerviosos. Si te parece, puedes meterlos a los dos juntos.

Camille obedeció. Al principio iban saltando y chocando las testas, pero al llegar al pasillo, avanzaron por él tranquilamente. Camille suspiró satisfecha y se miró las botas. Estaban destrozadas por el barro. Pero la experiencia había merecido la pena.

–¡Cierra el portón!

El último de los terneros, que parecía el más inteligente, había conseguido darse la vuelta y avanzaba hacia ella. Ella corría a cerrar el portón, cuando de repente un tremendo golpe la propulsó hacia atrás, tirándola al suelo y dejándola sin aliento.

–¡Camille!

El animal al retroceder había lanzado la puerta contra Camille.

Jonno dejó caer el pesado hierro caliente en el suelo de cemento y corrió hacia ella con el corazón en la boca. Estaba inmóvil en el suelo. ¿Sería algo grave? Corrió hacia ella y se arrodilló a su lado.

–¡Camille!

¿Por qué no se movía? Un temor frío le oprimía el estómago. Le tocó el hombro y ella movió la mano como si quisiera decir algo. Gracias a Dios estaba consciente.

–¿Estás bien? ¿Dónde te duele?

–Es… estoy bien… –dijo abriendo los ojos, después de decir una palabrota–. Me parece.

Estaba cubierta de lodo y paja de pies a cabeza, y tenía sangre en la barbilla, en el lugar donde le había golpeado la puerta. Mientras recuperaba el aliento siguió maldiciendo.

–¿Estás segura de que estás bien? ¿Te duelen las costillas?

–Solo ha sido el shock. ¿Qué ha ocurrido?

–Déjame que te ayude a incorporarte.

Jonno se puso en cuclillas junto a Camille y ella se dejó caer sobre su muslo. Él se sintió aliviado al comprobar que aparte de la sangre de la barbilla, no parecía tener más heridas. Trató de ignorar aquel cálido peso sobre su pierna y se reprochó haberla obligado a adoptar esa posición.

–¡Qué asco! –gimió Camille al llevarse la mano a la barbilla y verse sangre en los dedos. No le gustaba ver sangre.

Especialmente, si era suya.

Jonno se inclinó sobre ella y le examinó la barbilla con delicadeza.

–Creo que es sólo un rasguño. ¿Te duele en algún otro sitio?

–Creo que no. Me pilló de sorpresa. Lo siento, me olvidé de cerrarla bien.

Lo miró a los ojos. Sólo unos pocos centímetros los separaban. Se notaba que estaba preocupado por ella. Sintió que se derretía, así sentada entre los fuertes muslos de Jonno Rivers, con aquella magnífica boca justo encima de la suya. ¡Qué mal momento para estar cubierta de sangre y lodo!

–Te llevo a la casa.

–Creo que puedo andar yo sola. Estaba aturdida pero ya estoy bien.

¿Por qué tenía que ser tan sincera? Le hubiera encantado que Jonno la llevara en brazos.

–No te muevas, yo te llevo.

¡Bien! Antes de que pudiera protestar, le pasó una mano por debajo de las rodillas, otro alrededor de los hombros y la levantó sin ningún esfuerzo.

–La casa está muy lejos. No puedes llevarme todo el camino.

«Cállate, Camille, déjale hacer».

Él no dijo nada. Ella suspiró y rodeó el cuello de él con el brazo. ¿Qué más podía hacer? Se consideraba feminista, pero si un hombre atractivo se empeñaba en rescatarla, bien podía disfrutar de la experiencia. Resultaba muy halagador.

«Si las chicas de la oficina me vieran se pondrían verdes de envidia».

Ya en la cocina, Jonno la sentó en una silla y le ordenó que estuviera quieta mientras iba por toallas, palangana y desinfectante.

Jonno empapó un paño en el agua con desinfectante y lo escurrió ante la atenta mirada de Camille. Tenía las manos bonitas, bronceadas por el sol, con un suave vello rubísimo en el dorso.

–No te muevas mientras te quito el barro de la cara para poder ver lo que te has hecho.

–El barro es muy bueno para el cutis –bromeó ella.

–¿No querrás que te deje toda esta porquería en la cara? – dijo él esbozando una sonrisa.

–Mejor que no. Acabo de recordar las pisadas de vaca en el establo.

Gracias a Dios sus miradas no se cruzaron. Le hubiera dado mucha vergüenza que él se diera cuenta de lo que estaba disfrutando con todo aquello.

Jonno le pasó el paño por la cara, empezando por la frente con suavidad. Pero cuando llegó a la barbilla, Camille dio un respingo.

–Cuando esté limpio, le pondremos hielo para que no se hinche.

–Es sólo un arañazo, ¿verdad?

–No creo que te deje cicatriz –dijo en un tono exageradamente despreocupado para ocultar su ansiedad.

–No te preocupes, Jonno. He prometido no demandarte. No creo que me vaya a quedar desfigurada y yo insistí en hacerlo. Si todas esas pobres mujeres que quieren casarse contigo supieran que sólo tienen que caerse para verte de rodillas a sus pies…

Él no respondió y siguió trabajando concentrado. Camille dejó de bromear, pero no pudo dejar de mirar a Jonno…

Su rostro tenía tal intensidad… como si estuviera incómodo o nervioso. Cuando le secó la cara con otra toalla, sus movimientos se volvieron más lentos… más tiernos.

La mirada de él estaba clavada en su boca.

A Camille le asaltó una imagen de Jonno lavándole todo el cuerpo, Jonno derramando agua caliente sobre sus muslos desnudos… Imaginó las manos de él…

Camille apenas podía respirar. Sintió que el deseo la hacía estremecer. El calor invadió todo su cuerpo y sintió que sus piernas y sus brazos se volvían ligeros como el viento.

Por fin sus miradas se cruzaron y ella supo inmediatamente que él se sentía tan indefenso como ella, igualmente empujado por un deseo insensato e incontrolable.

Él no dijo nada, pero la miraba ardientemente. Camille miraba sus labios, unos labios diseñados para volver loca de deseo a una mujer. Su imaginación la permitía imaginarse aquellos labios en su piel…

–Camille –susurró él.

Jonno dejó la toalla, apoyó las manos en el asiento de la silla y se inclinó sobre ella.

Capítulo 4

Sus labios se tocaron.

Jonno no la abrazó. Mantuvo las manos en la silla mientras, con cuidado para no hacerle daño en la barbilla, rozaba los labios de ella con los suyos, despertando en ella dulces tentaciones.

Ella nunca había vivido un momento tan turbador.

–Te voy a hacer daño –dijo él con voz profunda, aun rozando la boca de ella.

–No –contestó ella en un susurro.

Se sentía inmune al dolor. ¿Cómo un beso tan sutil podía dejarla en ese estado?

Poco a poco, Jonno fue apretando los labios contra los suyos, ladeando la cabeza para no lastimarla. Besó el pequeño lunar que Camille tenía sobre el labio superior y perezosamente, descendió hasta el labio inferior chupándolo con fruición.

Camille sintió deseos de echarse en sus brazos, pero estaba tan sucia que se limitó a agarrarle los puños de la camisa, mientras que él seguía jugueteando con la lengua por la comisura se sus labios.

Camille abrió la boca encendida por la pasión, invitándole a que siguiera explorando. El beso de él se volvió impaciente y más profundo. Ella sentía cómo la garganta de él palpitaba por la pasión.

Y también sintió unos pasos.

–¡Perdón! Debería haber llamado a la puerta.

Por encima del hombro de Jonno, que se había incorporado, Camille alcanzó a ver a una mujer rubia y delgada, que llevaba en brazos a un bebé rollizo, acompañada por una niña de ojos enormes.

–¡Piper! –exclamó Jonno, levantándose de un salto.

Camille se sintió ridícula, como si la hubieran sorprendido

robando en una tienda.

–Lo siento –dijo la mujer con una mezcla de apuro y curiosidad–. Olvidé llamar.

Jonno se puso rojo. Se agachó para recoger la palangana y las toallas.

–Tuvimos un pequeño accidente. Un ternero tiró a Camille al suelo.

–¿Te dio una patada? –preguntó la mujer preocupada mirando la barbilla de Camille.

–No, estoy bien –contestó Camille poniéndose de pie–. Cubierta de barro, pero bien.

–Déjame que os presente –intervino Jonno–. Camille

Devereaux, esta es mi cuñada, Piper Rivers.

Las dos mujeres se sonrieron con cierta timidez. Piper vestía vaqueros y una blusa rosa, Tenía una complexión radiante y bronceada por el sol. A Camille le pareció muy joven para ser la madre de aquellos niños adorables. Debía tener su edad, unos veintisiete años.

–Y esto granujillas son mi sobrina, Bella, y mi sobrino, Michael.

–Hola, chicos –saludó Camille. No tenía ninguna experiencia con niños.

–Creo que ya conociste a mi hermano Gabe.

–¡Ah, sí! El del helicóptero. Lo conocí ayer en Mullinjim.

Extendió la mano como saludo, pero la apartó en seguida.

–Dios mío, estoy demasiado sucia. Ahora mismo iba a ducharme.

–Encantada de conocerte, Camille –dijo Piper con una cálida sonrisa.

La niña tiraba a Jonno del pantalón.

–¿Está señora ha venido para ser nuestra canguro?

–Te acuerdas de que te ofreciste a quedarte con ellos, ¿verdad, Jonno? Gabe y yo nos vamos a la Cena Anual de la Asociación de Ganaderos en Mount Isa.

–Sí, claro, no me había olvidado… Camille compró unos terneros ayer y…

Para disimular su aturdimiento se agachó, tomó a Bella en brazos y le hizo cosquillas. La niña se retorcía de la risa.

–¿Estás seguro de que quieres que te los deje? –preguntó Piper sin apartar la vista de Camille.

–Pues claro que sí –intervino Camille–. Por favor no cambiéis de planes por mi culpa. Soy periodista y Jonno me está ayudando a

conocer la vida en el campo, en los establos, en las praderas…

La vergüenza siempre le hacía hablar demasiado, y en esos momentos se sentía muy avergonzada.

–Cuidar de unos niños le dará a mi historia una dimensión humana.

Pidió excusas y se fue apresuradamente al cuarto de baño, pensando en la dimensión humana que acababan de incorporar a una relación estrictamente profesional.

Cuando regresó a la cocina después de la ducha, el bebé jugaba en el suelo con las tapas de unas cazuelas. Piper estaba sentada a la mesa.

–Jonno se ha llevado a Bella al estanque a ver los patos.

En la mesa había una tetera con dos tazas, una jarra de leche y un azucarero. Todo parecía indicar que iban a compartir una conversación íntima. ¿Esperaría que le explicara qué hacía besando así a su cuñado nada más conocerse?

–¿Cómo está tu barbilla?

–Bien, bien. Es sólo un arañazo.

–¿Te apetece un té?

Camille se sentó y contuvo las ganas de pedir un café.

–Gracias.

–Menos mal que no ha sido mucho –dijo Piper sirviendo el té con una sonrisa irónica–. Cuando Gabe me dijo que una periodista de Girl Talk estaba alojada aquí, me imaginé que estallaría una guerra.

Camille sonrió.

–La verdad es que ayer me entraron ganas de darle un puñetazo. Pero, bueno, es demasiado grande y nos las hemos arreglado para llegar a una tregua.

–No hay nada mejor que una tregua.

Camille sabía que Piper se estaba refiriendo al beso. Un poco avergonzada por su atrevimiento, Piper se ruborizó y se agachó para acercarle a su hijo una de las tapas.

–Ahora que estamos solas –dijo–, había pensado que podíamos tener una pequeña charla. Ya sabes, entre chicas.

–Como quieras –dijo Camille.

–A Gabe le gustaría que supieras por qué Jonno ha sido tan hostil con tu revista.

–Te lo agradecería –dijo Camille conteniendo la respiración–. Él no ha querido explicar nada Lo único que me decía es que no quería tener nada que ver con el programa.

–Ese es típico orgullo testarudo de los Rivers. Conozco a los Rivers de toda la vida. Orgullosos y duros por fuera, pero blandos de corazón. Jonno lo ha pasado muy mal con lo de la revista.

–Lo siento mucho.

–Seguro que la intención de la revista no era mala. Jonno podría haber soportado lo de las cartas, pero eso de que aparecieran mujeres constantemente a la puerta de Edenvale sin que nadie las hubiera invitado… Algunas buscaban su dinero, otras querían cocinar para él, o acostarse con él. Y claro, también ha tenido que aguantar las burlas de los vecinos.

–Pero entonces, ¿por qué se metió en eso?

–Alguien le tendió una trampa.

En ese momento el bebé empezaba a lloriquear y. Piper lo tomó en brazos.

–Tienes que decirme quién le hizo eso. No se lo diré a nadie.

–La ex novia de Jonno, Suzanne Heath –dijo Piper bajando la voz–. Envió una foto antigua que conservaba y falsificó la firma. –Pero, ¿por qué hizo eso? ¿La abandonó y se quiso vengar?

–En realidad fue ella la que lo dejó. Jonno y ella tuvieron una relación muy difícil. Cortaron y volvieron varias veces. Hasta que se vio cómo era Suzanne realmente –añadió Piper suspirando–. Se quedó embarazada. Jonno se puso contentísimo, quiso casarse con ella.

–¿De veras? –preguntó Camille conmovida.

–Sí. Así que cuando se enteró de que el niño no era suyo fue muy duro para él. Resultó que Suzanne estaba saliendo con otro hombre a la vez, Charles Kilgour.

–¡Pobre Jonno! –exclamó Camille sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta–. Pero eso no explica por qué Suzanne lo apuntó al concurso.

–Suzanne ya no vive por aquí. Si no, yo misma se lo hubiera sonsacado. Parece ser –dijo ella entornando los ojos–, que quería compensarle por lo ocurrido buscándole a otra. Eso te dará una idea de lo corta de entendederas que es esa mujer. Como si Jonno Rivers no pudiera conquistar él solo a una mujer.

–Desde luego –dijo Camille bajando la mirada, consciente de que Piper estaba pensando en ella–. Cualquier chica de mi oficina lo

hubiera querido para ella.

–Sí, claro, de tu oficina –dijo Piper divertida–. Suzanne sólo pensaba en salir de fiesta. No se tomaba en serio el ganado. La verdad es que Charles Kilgour y ella son tal para cual.

–Y… Jonno todavía siente algo por ella –preguntó Camille mordiéndose un labio.

–¿Después de lo que le hizo? Claro que no. Por cierto – añadió con mirada inquisitiva–, esa tregua vuestra…

–Ya habíamos quedado en que sacaría a Jonno del concurso.

–Me alegro.

–En lugar de eso, voy a hacer un artículo sobre el campo australiano desde el punto de vista de una chica de ciudad.

–Serás bienvenida en Windaroo –sonrió Piper–. Yo también te puedo enseñar un par de cosas de la vida aquí… desde el punto de vista de una chica de campo, claro. Pero ahora esta chica de campo tiene que irse a dar de comer a su hijo. Esperemos que duerma bien la siesta, para que sólo tengáis que preocuparos de Bella. Es muy traviesa, pero adora a Jonno.

Jonno vio a Camille acercarse a la orilla del estanque por la cuesta, mientras cazaba sapos con Bella, que los iba guardando en un bote. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camisa rojo oscuro, y Saxon, el perro, corría junto a ella. Su oscuro cabello se movía al ritmo de sus pasos, elegantes como los de una bailarina. Se agachó para acariciar a Saxon detrás de las orejas y se levantó enseguida para ver pasar una bandada de patos salvajes. Cuando vio a Jonno, los ojos se le iluminaron y entreabrió los labios.

Jonno ardió en deseos de besarla de nuevo.

–Tengo siete sapos –anunció Bella mostrándole su bote a Camille sin saludar.

–¡Vaya! ¡Siete sapos! –exclamó Camille poniéndose en cuclillas–. ¡Y qué gordos son! ¿Qué vas a hacer con ellos? –Los voy a llevar a casa y los voy a poner en nuestra charca.

–Sí, cruzarlos con ejemplares de otra charca es bueno para la especie.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Bella perpleja.

–Quiere decir que… ¡No sé cómo hablar a los niños! – contestó mirando a Jonno nerviosa.

–No te preocupes por eso –rio Jonno–. A Bella siempre le gusta

tener la última palabra.

Bella se olvidó unos momentos de sus sapos y se puso a jugar con Saxon.

–Háblame un poco de Piper –dijo Camille–. Me resulta muy interesante. Estoy segura de que sería un gran material para mi artículo.

–¿Qué es lo que quieres saber? –preguntó él mirándola con curiosidad.

–¿Cómo es su vida? ¿Cómo pasa el día? ¿Participa en la gestión de Windaroo?

–No hay nada que ella no sepa sobre el ganado o sobre cómo llevar una finca, pero lo que a ella realmente le interesa es su negocio de helicópteros. Conduce el ganado con los hombres, trabaja tanto como el que más en los establos, lleva la contabilidad, hace las programaciones para los apareamientos… –Y además de todo eso, esposa y madre de dos niños.

–Sí. Pero de alguna manera, ella hace que todo parezca muy sencillo.

–También las mujeres de ciudad pueden hacerlo –dijo Camille frunciendo el ceño.

Jonno se encogió de hombros y señaló a la casa.

–Mírala.

Piper les saludaba con la mano desde la terraza. Se había puesto un sofisticado traje de noche de seda azul y llevaba el pelo, rubio como una panocha de maíz, suelto sobre los hombros. Aun con la distancia se podía apreciar el maquillaje impecable y sus relucientes pendientes de diamantes.

–Vaya, ya no parece la chica de campo, es como una moderna Cenicienta. –Y ese es su príncipe.

Se oyó un fuerte ruido de motores sobre sus cabezas y unos minutos después un helicóptero aterrizaba en la pradera junto al estanque. El apuesto y elegantísimo Gabe Rivers descendió del aparato. Piper bajó la cuesta corriendo para recibirlo.

–Ojalá tuviera mi cámara –suspiró Camille.

Se quedó mirando la forma en la que se sonreían. Había un amor tan patente en sus gestos, que Camille se sintió un poco avergonzada, como si estuviera invadiendo su intimidad.

Nunca nadie la había mirado así, ni siquiera sus padres. Mucho menos un hombre. Y nunca había esperado nada. Pero al ver a Gabe y a Piper, deseó tener algo así.

–Se supone que iba a escribir sobre lo poco románticas que son estas tierras –dijo con cierta insolencia–, pero a mí esa pareja me parece de lo más romántica.

Jonno tomó a Bella en brazos y despidió con la mano a la pareja que se iba ya en el helicóptero.

–Lo de Gabe y Piper es poco corriente –dijo frunciendo el ceño.

–Supongo que tienes razón –dijo ella dejando escapar un suspiro.

Se quedaron así, juntos, viendo cómo el helicóptero se convertía en un punto de luz en el cielo. El ambiente entre ellos se llenó de tensión. Era como si cada uno se preguntase lo que al otro le pasaba por la cabeza.

–Si realmente quieres entender cómo son las cosas por aquí, aunque sean menos románticas, hay que limpiar los pesebres esta tarde. Eso cambiaría rápidamente tu idealizada visión de este lugar.

Camille levantó la barbilla e hizo una mueca de dolor. Con el movimiento, había sentido un tirón en su herida. ¡Y ella que creía que él iba a besarla otra vez!

–Me encantaría limpiar esos pesebres –dijo con toda la dignidad que pudo y se dirigió rápidamente a los establos.

No pudo evitar una sensación de triunfo al ver que él se quedaba con la boca abierta.

¿Qué demonios le pasaba?

Jonno no podía entender lo estúpido que estaba siendo su comportamiento. Había perdido la cabeza al besar a Camille de aquella manera. Aunque, la verdad, había sido el beso más dulce de su vida. El recuerdo de esa dulzura y ese calor en sus labios lo tuvo fuera de sí toda la tarde.

Se retiró a su estudio para trabajar un poco en la contabilidad y pasó luego largo rato leyendo cuentos y jugando al ordenador con Bella, pero la mayor parte del tiempo lo dedicó a mirar a Camille limpiar llena de energía los pesebres desde su ventana.

Esa noche se sintió un poco culpable por dejarla cocinar otra vez.

«No debería dejarla comportarse en mi cocina como si estuviera en su casa». Sí, claro. Y tampoco él debería haber estado allí fingiendo leer el correo mientras la miraba a hurtadillas lavar las verduras en la pila de la cocina. A través de su hermosa melena negra, podía vislumbrar su elegante cuello y una adorable piel

pálida que le hacía muy difícil mantenerse quieto en la silla.

–¡Alguien ha dormido en mi cama! –gimió Bella con los ojos brillantes.

¡Vaya! No había pensado en lo de las camas.

–Tienes razón, Ricitos de Oro –dijo Jonno acariciándole los dorados bucles–. Camille durmió allí anoche. Y va a dormir allí hoy también.

–Pero es mi cama –insistió Bella dando una patada en el suelo–, yo siempre he dormido allí, tío Jonno.

–Lo sé, cariño. Pero tengo otras muchas camas y te voy a preparar una para esta noche. Es que Camille ya ha puesto sus cosas en ese cuarto.

–Yo puedo cambiar mis cosas de sitio –dijo Camille.

–No –dijo Jonno. Bella era caprichosa, le gustaba salirse con la suya, y él no creía que hubiera que ceder–. ¿No te gustaría dormir en una cama grande en la que dar saltos?

–No –repitió Bella testaruda haciendo un puchero–. Quiero mi camita blanca. Que duerma ella en la cama grande. Ella es grande. ¡También puede dormir en tu cama!

–No, Bella. Eso no es una buena idea.

¡Solo de imaginarlo se le calentó la sangre!

Camille se mantenía en la pila de espaldas frotando una patata con fuerza, pero él se dio cuenta de que se había ruborizado.

–¿Por qué no puede dormir contigo? Sois muy mayores. Podéis ser como mamá y papá.

–Tu mamá y tu papá están casados. Sólo la gente casada duerme en la misma cama –dijo Jonno sin apartar la vista de Camille, que estaba picando una patata como si se tratara de una operación quirúrgica grave–. ¿Verdad, Camille?

Los hombros de ella se pusieron rígidos.

–Seguro que eso es una regla de esta casa –dijo volviéndose, mirándolo fijamente a los ojos y prosiguiendo su tarea inmediatamente después.

Jonno no supo si lo decía divertida o si estaba enfadada por la conversación.

–Pero te he visto besar a Camille. Eso es como estar casados, ¿verdad? Papá está siempre besando a mamá.

–Se acabó hablar de besos –dijo Jonno poniéndose de pie. Tomó a la niña en brazos y empezó a hacerle cosquillas.

–Pero os estabais besando.

–Camille se hizo daño y yo le estaba dando un besito para que se curara rápido. Y ahora vamos a hacerte la cama.

–Que se quede Bella con la cama pequeña –dijo Camille–. Prefiero una cama grande esta noche.

Jonno, que ya estaba saliendo de la cocina, se volvió. Sus ojos estaban radiantes, sexys… y tremendamente ambiguos.

«No se refiere a la tuya, no se refiere a la tuya».

–Muy bien. Tú ganas, Bella. Para ti la cama pequeña, y una grande para Camille.

–Por fin se ha dormido Bella –dijo Jonno en voz baja entrando en el salón–. ¿Y el bebé?

Camille estaba acurrucada en el sofá viendo un partido de tenis en directo desde Wimbledom con el volumen de la televisión muy bajo. Le mostró un biberón en señal de triunfo.

–Michael ha comido, ha expulsado los gases, lo he cambiado y lo he mecido hasta que se ha dormido.

–¡Muy bien! Estoy impresionado. Eso es todo un logro. Pensaba que no sabías nada de niños.

–Y era verdad, pero es muy bueno, y lo mejor es que no sabe hablar. Yo no sabría cómo hacer con Bella y todas esas preguntas.

–Sí es difícil.

–Pero a ti te parece estupenda.

–Yo adoro a esa niña.

Camille sintió como los cojines se movían con el peso de Jonno al sentarse en la otra punta del sofá. Miró de reojo y contuvo el aliento al percibir su sexy masculinidad realzada por la tenue luz de la estancia. Jonno llevaba un jersey de lana negro que acentuaba sus facciones angulosas y su cabello negro como el ala de un cuervo.

Volvió a centrar su atención en la tele.

Pero de pronto, ya no le importaba la suerte de aquel jugador australiano en Inglaterra. ¡Qué absurdo! Su mente había volado a un mundo de fantasía y sólo recordando un beso. Tenía que dejar de pensar en eso. Lo intentó pero una voz dentro de su cabeza le decía: «¿Si un simple beso te hace sentir así, imagínate como sería si…?».

«¡Olvídalo, Camille! ¡No tiene sentido! ¡Tienes que volver a Sídney!».

Camille trató de sentarse de una manera más recatada.

–¿Tienes que quedarte con Bella y Michael a menudo?

–La verdad es que no. A Bella, me la dejan de vez en cuando, pero al bebé, Piper lo lleva a casi todas partes, o si no, lo deja con mis padres, que están jubilados y viven en el pueblo. Pero como hoy iban en helicóptero era mejor dejarlos aquí.

Jonno puso una rodilla en el sofá y extendió el brazo por el respaldo del sofá con naturalidad.

–Supongo que, si no piensas casarte, no te hará mucha falta saber nada de niños.

–Pues… supongo que no.

–¿Qué tal la barbilla? –preguntó acercándose un poco más.

–Bien, gracias. La crema antiséptica me ha ido muy bien.

Él le rozó la cara con la yema de los dedos con suavidad, aunque en su mirada había un brillo salvaje, que hizo que Camille se excitara.

«Hazlo», le decía una voz traviesa en su interior «Bésalo. Piensa en todas esas mujeres a las que ha rechazado. Ellas nunca tuvieron oportunidad. Atrévete».

Pero otra voz le avisaba de que no era una buena idea. Sólo iba a quedarse un día más, como mucho, y después regresaría a Sídney… Aunque esa razón le parecía poco sólida, anticuada y…

Jonno se acercó más. Camille podía oler su aftershave y la suave lana de su jersey. Entonces él pasó su pulgar por la cálida curva de los labios de ella.

Camille se entregó a esa caricia, sintió que la sensualidad la embargaba y en ese momento, se acordó de algo que, bruscamente, la devolvió a la realidad. ¡Edith! ¡Santo cielo! ¡Tenía que llamar a su editora esa misma noche!

Justo entonces sonó el teléfono. Camille se sobresaltó.

Jonno lanzó un gruñido y miró contrariado en dirección al inoportuno sonido.

–Yo contesto –dijo Camille levantándose de un salto del sofá.

Pero él la detuvo agarrándola del brazo.

–No te preocupes; será mejor que conteste yo. Seguramente es Piper que llama para ver si los niños están bien, pero podría ser algo de trabajo.

Camille se llevó la mano a la boca mientras Jonno cruzaba el salón y desaparecía por el pasillo en dirección al estudio. ¿Qué pasaría si Jonno tuviera que enfrentarse con una llamada de su

jefa? Él estomago se le revolvió sólo de pensarlo.

Poco después, se oyeron los pasos que volvían. Jonno regresaba con el rostro enfurecido.

–Es para ti –dijo con los dientes apretados–. De Sídney. Tu jefa.

Camille se levantó. Las piernas le temblaban. Cuando trató de avanzar por el pasillo, Jonno le interceptó el paso.

–Está encantada de que yo siga en el «Objetivo Solteros» – dijo con una mueca sarcástica–. Ella estaba segura de que sabrías cómo hacerme cambiar de opinión.

–Pero yo le dije que no había acuerdo.

–¿Ah, sí? Pues no se ha enterado.

–Edith es así. Por favor, Jonno, no te enfades. Te lo puedo explicar…

–No te molestes. Limítate a ir al teléfono y explicarle a tu jefa que no quiero saber nada de vuestra revista.

–Claro, Jonno, pero…

–Te está esperando –gruñó él–. Y no parece que la paciencia sea una de sus virtudes.

Jonno fue a la cocina a grandes zancadas, sin molestarse en dar la luz al llegar. Se quedó junto a la pila mirando por la ventana, sin prestar atención de los prados iluminados por la luz de la luna y la caprichosa nebulosa de la Vía Láctea.

Había juzgado mal a Camille Devereaux. No era mejor que Suzanne Heath.

Estaba harto del asunto de la revista. Desde que se había enterado de aquella bufonada de los solteros, se había puesto a la defensiva y ninguna mujer había sido capaz de vencer su resistencia… hasta que había llegado Camille.

Había estado a punto de empezar algo con ella. Hacía apenas unos minutos, sólo era capaz de pensar en cuánto la deseaba y cuánto la necesitaba. Necesitaba conocerla, deseaba hacer el amor con ella y retenerla junto a él, sin importarle la distancia entre Sídney y Mullinjim. Al fin y al cabo, en el siglo veintiuno, unos pocos miles de kilómetros no eran tanto problema.

Lo que sí era un problema era el engaño.

Enamorarse de una mujer que se había ganado su confianza con promesas y mentiras era lo peor que podía pasarle. Creía que ya había aprendido la lección con Suzanne. ¿Por qué no se había

dejado llevar por su primera corazonada sobre Camille? Siempre había creído que lo único que movía a los periodistas de la gran ciudad era su propio interés.

Sin embargo, por alguna razón, había terminado creyendo que Camille era diferente. Resultaba patética la manera en la que un hombre se dejaba ofuscar por las hormonas.

En ese momento sintió una mano en su hombro y se sobresaltó. Camille estaba junto a él. Su rostro resplandecía en aquella penumbra aliviada sólo por la luna. Sus ojos parecían misteriosos e insondables.

–¿Estuvo agradable la charla con Edith? –preguntó Jonno despectivo.

–No le hagas caso a Edith.

–¿Por qué no iba a hacérselo? Es tu jefa, ¿no?

–Sí, pero ella no es la que escribe la historia. Y yo te he prometido que te dejaría fuera del concurso.

–¿Le has dicho eso a ella?

–Lo he intentado.

–Lo has intentado –repitió él en tono burlón–. Muy bueno. Así que vas a decirme que has hecho todo lo posible pero que lamentándolo mucho, no ha podido ser.

–¡No! –replicó ella cruzándose de brazos y echando los hombros para atrás para dar mayor fuerza a sus palabras–. Estoy haciendo exactamente lo que te dije. Estoy escribiendo una historia sobre el campo australiano. Cuando Edith lo lea le interesará y se le pasará la decepción de perderte para el concurso.

–Pero eso no es seguro. Ella todavía espera que yo participe y lo de tu nueva historia es una apuesta sin garantías.

–Te prometo que en cuanto regrese…

–Eso no fue lo que acordamos.

Camille suspiró.

–Eso es problema mío, Jonno. No te afectará a ti para nada. Y sí, lo de mi reportaje es un riesgo, pero mi lema es: cuando no hay alternativas, hay que arriesgar.

–Siempre hay una alternativa.

–Sí, claro –repuso ella con aspereza–. Y entonces las ventas de la revista bajan y yo termino sin trabajo. Hay alternativas que no resultan muy atractivas.

Jonno no contestó. Acababa de ver confirmados sus temores.

A la mañana siguiente, no fue las risas de las cucaburras lo que despertó a Camille, sino unos deditos regordetes que trataban de abrirle los párpados.

–¿Estás despierta?

–Ahora sí –dijo Camille tratando de abrir los ojos.

Un flequillo rubio y unos grandes ojos verdes la miraban.

–¿Puedo meterme en la cama contigo?

–Eh… bueno, supongo…

La chiquilla se encaramó entusiasmada a la cama.

–¡Qué suerte tienes! Megs ha dormido en tu cama.

–Sí –dijo Camille, esbozando una sonrisa, a pesar del madrugón–. Ha sido como tener una botella de agua caliente a los pies. Una gozada.

Era la primera vez que un animal dormía con ella en la cama. Y la primera vez que un niño se acurrucaba junto a ella bajo las mantas.

–Me gusta tu pijama –dijo la niña–. Me gusta porque es rojo brillante.

–Pero mi pijama no tiene preciosas vaquitas blancas y negras como el tuyo. Es precioso.

–Tengo uno en casa con ranas verdes –explicó Bella radiante–. Y también tengo seis perros en casa.

–¡Qué suerte!

–¿Cuántos perros tienes tú?

–Ninguno. A no ser que cuente un caniche de porcelana que me regaló mi padre cuando era pequeña.

–¿Qué es un caniche?

–Es una clase de perro que tiene la gente en Francia.

–¿Saben guiar el ganado?

–¡Qué va! –dijo Camille riéndose al imaginarlo–. Creo que un caniche se asustaría si viera una vaca. Pero pronto voy a poder enseñarte una foto de un caniche. Voy a ir a Francia dentro de poco a ver a mi padre.

–Mi padre puede volar hacia arriba y hacia abajo. Y también hacia los lados.

–Tu padre sabe manejar muy bien el helicóptero, ¿verdad?

Camille se sorprendió de lo mucho que estaba disfrutando de aquella conversación.

–Mi padre tiene cuatro «helicóteros» –explicó Bella mostrando

cuatro dedos, haciéndolos volar por el aire y dejándolos caer con fuerza en la nariz de Camille.

–¡Eh! ¡Qué mi nariz no es la pista de aterrizaje! –chilló Camille riendo, mientras Bella seguía haciendo aterrizar los dedos en sus rizos.

Entonces se oyó a lo lejos la voz de Jonno y las risas se interrumpieron.

–¡Bella!

–¡Estamos aquí, tío Jonno!

–¿Dónde?

Entonces apareció su sombra en el umbral del dormitorio.

–Yo y Camille estamos hablando.

Jonno frunció el ceño y Camille se tapó hasta la barbilla con la sábana.

–Camille es mi nueva mejor amiga –anunció Bella.

Jonno parecía confuso y molesto.

–Se te está enfriando el desayuno.

Y dicho esto, se marchó sin decirle ni una palabra a Camille.

Camille había reído esa mañana. Le hubiera gustado explicarle a Jonno lo importante que eso era para ella, pero a él ya no le importaba.

Capítulo 5

Camille se sentía muy inquieta tras su regreso a Sídney.

Sentada junto a la ventana de su apartamento y mirando la calle, se dio cuenta de que algo había cambiado en ella. Antes de ir al campo, nunca se le había ocurrido pensar que desde un apartamento en una planta baja, no se veía el cielo. Ni los árboles.

Se había cansado de los edificios, la gente, los coches, el asfalto y los perros mimados… Y eso que siempre le había gustado desayunar con su café y observar el mundo desde su pequeño rincón.

El mundo. Como si el mundo se redujera al chirrido de los neumáticos, al ruido de los tacones de las mujeres al pasar, al sonido sordo del calzado deportivo de los adolescentes y a los pasos firmes de los ejecutivos agresivos con sus zapatos hechos a mano.

¿Qué le estaba pasando? Después de cuatro meses, aún añoraba otra cosa: el olor de las acacias australianas e incluso el recio olor de los establos. La estridente risa de la cucaburra, las alas rosadas de las cacatúas persiguiéndose en el ancho cielo.

Y echaba de menos a cierto granjero alto, moreno y con una peligrosa sonrisa pícara.

Era una pérdida de tiempo y de esfuerzo seguir pensando en Edenvale. Todo aquello había quedado en el pasado.

La despedida no había sido cordial. Jonno había estado tan tenso y distante como el día en que lo conoció, así que había aceptado la invitación de Piper de visitar Windaroo, y había terminado allí su reportaje.

Y no había vuelto a saber de Jonno.

Ella le había enviado una carta a su regreso a Sídney dándole las gracias por su hospitalidad. Un par de meses después le había escrito una postal con la excusa de preguntar por sus terneros.

La única respuesta que había recibido, había sido la de Andrew Bowen, el agente de Jonno, informándole formalmente de que Jonathan Rivers vendería los terneros en unas seis semanas, si el clima y las condiciones del mercado se mantenían.

Seis semanas. Para entonces su reportaje sobre Mullinjim ya estaría en los quioscos. Había mantenido una agria discusión con su jefa.

–Piensa en la yuxtaposición de ideas. Si ponemos la historia sobre el campo australiano junto a la historia del soltero, a la gente ya no le importará tanto que Jonno se haya ido, porque tendrá algo en qué pensar.

Sabía que funcionaría si junto al reportaje aparecían fotos de fornidos granjeros, solteros o casados.

Edith terminó accediendo, advirtiéndole que si los publicistas no tragaban, les serviría su cabeza en bandeja.

Su mayor problema resultó ser su mejor amiga, Jen, una compañera de trabajo que insistía en enterarse de lo que había pasado en realidad con Jonno: que si cómo era en carne y hueso, que si Camille estaba tratando de protegerlo, que si había intentado ligar con él…

Ahora faltaban seis semanas para que saliera su reportaje y para que su incursión en el sector ganadero llegara a su fin. Y con ello su conexión con Jonno.

En seis semanas todo volvería a la normalidad.

Jonno tendría que haberse imaginado que su cuñada sacaría el tema de Camille en cuanto entrara por la puerta.

–¿Qué te pareció el artículo de Camille en Girl Talk?

–¿Para eso me has invitado a cenar? ¿Para interrogarme?

–¡No! –exclamó Piper haciéndose la ofendida–. Te he invitado porque hacía mucho que no te veíamos. Seguro que ni siquiera sabías que Michael ya sabe gatear. Pronto empezará a andar.

–¿De verdad? –preguntó Jonno sinceramente sorprendido–. Lo siento. He estado muy ocupado.

Piper frunció el ceño.

–Esa es la mala excusa que le he dado a Camille.

–¿Cómo? –saltó Jonno– ¿Has hablado con ella?

Piper permaneció junto al fuego de la cocina removiendo una sopa de setas y beicon.

–La llamé para darle las gracias por el ejemplar de la revista que nos envió, y para felicitarla por el reportaje, que es buenísimo.

–Ya.

–Se alegró mucho de que la llamara, y, claro, me preguntó qué te había parecido a ti.

A Jonno se le hizo un nudo en la garganta.

–¡Qué bien huele esa sopa!

–¡Jonno! –exclamó Piper impaciente–. Conozco muy bien a los Rivers. Cambiar de tema no te va a servir conmigo.

–Está bien, de acuerdo. ¿Qué le dijiste?

–Me temo que no fui tan sutil como me hubiera gustado. Me puse a tartamudear y terminé diciéndole que estabas muy ocupado. Así que se dio cuenta de que estaba encubriéndote.

–No estabas encubriendo nada. Le dijiste la verdad.

–Di lo que quieras, Jonno, pero creo que me debes una respuesta. ¿Qué te pareció el reportaje?

–No tengo por costumbre leer revistas para chicas –dijo despectivo.

–¡Venga ya! Eso no tiene nada que ver. Es el reportaje que Camille preparó durante su estancia. ¡Y estuvo viviendo bajo tu mismo techo!

Jonno pensó por un instante que Piper iba a continuar: «y le hiciste el boca a boca para curarle un arañazo en la barbilla».

–Te ha enviado un ejemplar, ¿verdad?

–Sí –suspiró Jonno– pero está todavía en su plástico. No me interesa, estoy harto de ese estúpido asunto.

Piper se quedó un largo rato mirándolo pensativa sin decir nada.

–Siento oír eso. Camille me caía muy bien.

Jonno sabía que su cuñada esperaba una respuesta pero no quiso complacerla. En realidad, no tenía una explicación lógica para su comportamiento. Sabía instintivamente que si pensaba en Camille, si leía su reportaje, volvería a despertarse un torbellino en su interior.

Pero no contaba con la persistencia de su cuñada.

–Camille no es en absoluto como Suzanne –dijo muy seria mostrando su cariño y preocupación por él–. De eso estoy segura.

Él guardó silencio. Las intenciones de Piper eran buenas, pero él no tenía ninguna intención de correr riesgos. Desde el principio se había dado cuenta de que Camille era peligrosa. Podía convertirse en una adicción. Después de besarla, se había quedado esperando

más. No buscar nada era la opción más segura.

Jonno se quedó así pensativo, parado en mitad de la cocina hasta que oyó a Piper suspirar.

–Anda, haz algo útil. Pon la mesa. Y de paso, elige un buen vino tinto para acompañar.

Jonno estaba ya en el comedor abriendo una botella de buen vino australiano cuando llegó Gabe con una hogaza de pan casero, seguido de Piper con la sopa.

–¿Qué os pasa a vosotros dos? –preguntó Gabe divertido y curioso al notar la mirada decidida de su esposa y el gesto obstinado de su hermano.

–Le he dicho a Jonno que es una tontería no leer el artículo de Camille.

–¿No lo has leído? –preguntó Gabe extrañado–. Deberías. Es fantástico.

–Eso me han dicho –replicó Jonno bruscamente.

–No, en serio. Me dejó impresionado.

–No sé cómo pudo escribir un reportaje tan cargado de realismo y a la vez captar lo que tiene de hermoso vivir en el campo. Es extraordinario –intervino Piper.

–Y resolvió con mucho tacto tu retirada del concurso –añadió Gabe sirviendo el vino.

–¿Que hizo qué? –saltó Jonno–. Entonces… ¿ha mantenido su palabra?

–Pues claro que sí –dijo Gabe–. Para eso era el reportaje. Necesitaba escribir algo para que las lectoras se consolaran por tu triste pérdida –añadió burlón.

–Bueno, ¡ya era hora! –exclamó Jonno ocultando su desconcierto–. Por fin puedo dar por zanjado ese triste asunto.

–Camille, soy Cynthia, de recepción. Hay un hombre aquí que pregunta por ti.

Camille dio un resoplido. Estaba a punto de cumplirse el plazo de entrega de un artículo y el teléfono no dejaba de interrumpirla.

–¿Sabes qué quiere? –preguntó sosteniendo el teléfono entre la cabeza y el hombro sin apartar la vista del ordenador con las manos sobre el teclado.

–No.

Camille sonrió. Pobre Cynthia. Su falta de iniciativa no era

buena para su trabajo, pero en días como aquel era una bendición.

–Lo siento, Cynthia, estoy ocupadísima. Tenía que haber entregado este reportaje esta mañana, así que no puedo ver a nadie. Que deje un mensaje.

–Muy bien –dijo Cynthia con su tono cantarín.

Camille colgó el teléfono y continuó tecleando. Se le acababa de ocurrir una idea genial para el último párrafo.

En ese momento, Jen irrumpió en la oficina.

–¡Camille! No me puedo creer que despaches de esa manera al granjero del concurso.

–¿Qué? –dijo Camille mirando sin ver a Jen. Su mente seguía en el artículo–. ¿Qué acabas de decir?

–Tu amante del campo estaba abajo, ¡y tú le dices que se vaya!

–¿Jonno? ¿Jonathan Rivers? ¿Estás segura?

«¡Dios mío! ¡Dios mío!». La adrenalina empezó a bombear por sus venas.

–Ya sabes lo sosa que es Cynthia. No se le ocurrió entretenerle. Yo llegué cuando él salía. Para cuando me di cuenta de quién era, ya era tarde. Salí corriendo tras él pero ya había desaparecido.

–¡Cielos, Jen! –dijo Camille recuperando el ritmo normal de la respiración–. Menos mal que no lo perseguiste. ¿Qué demonios le hubieras dicho?

Camille se concentró en la pantalla del ordenador. «¡Contrólate! ¡No hay razón para emocionarse!». Seguramente, habría viajado Sídney por trabajo, y se había pasado para decirle que ya se habían vendido los terneros.

–De todas formas, no habría tenido tiempo para recibirlo.

Estoy fuera de plazo con esto. Ni siquiera debería hablar contigo.

–Mi querida Millie, ningún plazo límite es tan importante. Jonno Rivers es un dios y no deberías darle la espalda a lo divino.

–Eso es patético, Jen –dijo sin apartar la mirada de la pantalla.

¡Maldición! No recordaba ni una palabra de su fantástica idea para el artículo.

Nada más entregar su artículo, Camille bajó corriendo las escaleras para hablar con Cynthia. En esos momentos, la recepcionista se disponía a abandonar la recepción.

–¡Eh, Cynthia! ¡Espera!

La muchacha se paró indecisa junto a la puerta.

–Perdona que te entretenga, pero, el tipo que vino antes preguntando por mí…

–¿Ese tan mono? –preguntó la recepcionista sonriendo.

–Creo que era Jonathan Rivers. ¿Te…? –se contuvo para no mostrarse nerviosa–. ¿Dejó algún mensaje para mí?

–Sí. Dejó un sobre. Lo puse en tu casilla de correo.

La mirada de Camille se volvió ansiosa hacia las casillas.

–¡Ah! ¡Muchísimas gracias!

Y corrió hacia las casillas dejando a Cynthia intrigada.

Cuando encontró el sobre con su nombre escrito, trató de recordar si era la letra de Jonno. Desde luego aquella letra le era familiar. El sobre parecía vacío, pero al rasgarlo cayó al suelo un billete de cartón.

Era una entrada para la Ópera de Sídney.

Se quedó mirando aquel trozo de cartón perpleja. ¡Un concierto de la Orquesta Sinfónica de Sídney! ¿Jonno y una orquesta sinfónica? Aquello le sonaba muy extraño. Como si no pegaran juntos. Quizás Cynthia se había equivocado y había puesto el mensaje de Jonno en otra casilla.

Miró en todas las otras casillas y no encontró nada para ella.

Metió los dedos en el sobre esperando encontrar alguna nota o explicación, pero no había nada más.

¿Qué iba a hacer? El concierto era esa misma noche en la sala principal de la Ópera de Sídney, y ni siquiera estaba segura de quién le había dado la entrada. Ella no había vuelto a saber nada de Jonno.

Sin embargo Jen estaba segura.

Se dejó caer en una silla sin dejar de mirar la entrada. El concierto empezaba a las ocho. Tendría que darse mucha prisa para llegar a casa, cambiarse, regresar a Circular Quay, el corazón de Sídney, y llegar más o menos dignamente a la Ópera.

Pero… ¿quería realmente ir? No es que no le gustara la música clásica, pero ni siquiera sabía si Jonno iba a estar allí. Aunque claro, tampoco iba a darle una entrada para que fuera ella sola.

Su mente trabajaba a toda velocidad mientras recogía para marcharse. ¿Por qué estaba tan emocionada? Esa entrada la podía haber dejado cualquiera. Girl Talk recibía entradas constantemente de obras que buscaban publicidad.

Cynthia no sabía nada y Jen podía estar equivocada. ¡Qué

locura! Tenía el pulso acelerado y sudores fríos por nada.

Si era Jonno el que le había dado la entrada, había sido bastante grosero apareciendo sin avisar. Ella se había dejado el alma escribiendo el artículo para librarle del compromiso con la revista y él ni siquiera era capaz de dejar una nota dando las gracias.

En el tren de vuelta a casa se calmó y decidió que no iría. Después de meses de esforzarse, había conseguido apartar a Jonno Rivers de su pensamiento. Lo había superado…

¡Qué tontería! No había nada que superar. Sólo había sido un beso, un beso interrumpido. Pero, si salía aquella noche, se volverían a avivar esos recuerdos.

Y, total, para nada.

Ya en las escaleras bajando a su apartamento, oyó que el teléfono sonaba. Bajó los últimos peldaños frenéticamente, metió con torpeza la llave en el cerrojo y tardó diez veces más de lo normal en entrar. Naturalmente, el teléfono había dejado de sonar cuando llegó a él. ¡Maldita sea!

Pero entonces, se oyó una voz profunda en su contestador. –Camille, soy Jonno Rivers. Espero que tengas la entrada. Siento mucho avisarte con tan poco tiempo, pero es que tengo que acudir a varias reuniones y voy a estar ocupado hasta casi las ocho, así que tampoco puedo dejarte un número de teléfono, ni ir a recogerte. ¿Quedamos en el vestíbulo? Espero verte allí.

Camille oyó el mensaje una segunda vez. Sólo de oír su voz, se sentía como si estuviera hueca por dentro.

Jonno Rivers estaba en Sídney. ¿Qué iba a hacer?

Ese era el tipo de dilemas sobre los que solía aconsejar a los demás en la revista. El año anterior, incluso había escrito una serie para Girl Talk llamada «Estrategias para salir con hombres de la A a la Z».

N de No, es la palabra más importante en el vocabulario de las citas. También tenemos la N de nunca. Nunca aceptes invitaciones de última hora. No debe dar la impresión de que no tienes nada mejor que hacer. Nunca debes estar tan desesperada.

Claro que no debía ir. No pensaba hacerlo. Jonno ni siquiera había tenido el interés de leer su reportaje.

Se quedaría en casa, pediría comida tailandesa por teléfono y alquilaría alguna película de vídeo sentimentalona. No, mejor nada

romántico. Sólo le haría sentirse peor. Mejor una de acción o un thriller psicológico.

Ya más calmada, se dirigió a su dormitorio. Se sentía exhausta como si viniera de atravesar una tormenta en el mar.

También tuvo una experiencia extracorpórea: la parte de ella que quería quedarse en casa vio, como mera espectadora, a otra Camille abriendo los armarios y rebuscando entre su ropa. Y esa otra Camille elegía entre un vestido de seda negro y uno de terciopelo rojo.

Aún perpleja y con el ceño fruncido, Camille vio cómo la otra Camille volvía a guardar el vestido negro y ponía el rojo sobre la cama…

Capítulo 6

¿Qué vestíbulo? Camille no frecuentaba el grandioso edificio de la Ópera de Sídney y se acababa de enterar de que cada entrada tenía su propio vestíbulo. Y había cuatro entradas, una por cada punto cardinal. Jonno no debía de saber tampoco que la Ópera de Sídney era tan grande. Si no, habría sugerido un sitio más preciso. Solo el Vestíbulo Norte tenía varias plantas: la Planta de Granito, la Planta de Murales, la Planta del Bar y el magnífico salón púrpura en el que se hallaba.

Desde lo alto de aquella impresionante escalinata enmoquetada en color púrpura, buscó con la mirada entre la marea de gente que se congregaba abajo charlando y riendo, o que se saludaban con el programa, encantados de haberse encontrado.

Ella había creído que sería más fácil encontrar a Jonno. Con una estatura tan impresionante, tenía que destacar en la multitud. Pero había docenas de hombres altos y todos vestían igual, con trajes negros de etiqueta…

De repente, se le ocurrió que estaba buscando entre los tipos equivocados. Probablemente Jonno no tendría un traje. A lo mejor llevaba puestos sus vaqueros y sus botas de montar. ¡Qué tontería! ¿Cómo iba a ir con su sombrero de ala ancha al palacio de la ópera?

Miró el reloj. Ya eran las ocho menos diez.

Los pobres acomodadores iban a tener que sentar a dos mil personas. Sería mejor ir entrando. ¿Se habría perdido Jonno?

Seguramente, no sabría desenvolverse bien en la gran ciudad. Incluso ella se perdía algunas veces.

¿Y si todo era una broma? ¿Y si la había dejado plantada? ¿Sería él capaz de hacerle una cosa así? Quizás seguía enfadado.

En medio de su agitación, se le ocurrió que Jonno podría haberse cansado de buscar fuera y estuviera ya en su asiento.

¡Seguro que ese era el motivo! Miró su entrada y entró por la puerta que le correspondía, pero no había nadie en su asiento. Trató de volver a salir pero una mujer la detuvo en la puerta.

–Será mejor que permanezca en su asiento, la función va a comenzar en seguida y entonces no podrá volver a entrar y tendrá que ver el concierto por el circuito cerrado de televisión hasta el descanso.

–Es que no sé qué hacer. Estoy esperando a alguien.

Estaba a punto de llorar. Todo había sido tan raro e irreal aquella noche… Vagó por las puertas de acceso y salió por una. Se asomó por una ventana que daba al exterior. Se podía ver a la gente apresurándose por la pasarela entre Circular Quay y la Ópera. A su derecha podía ver el puerto de Sídney con la fantástica vista de los rascacielos y luces de la ciudad. Detrás del distrito histórico de The Rocks, destacaba en la negrura del agua la silueta familiar del Harbour Bridge, el emblemático puente sobre el puerto.

Le hubiera gustado poder compartir una vista tan bella con Jonno.

¡Qué estupidez! Tendría que haber seguido su primer instinto y quedarse cómodamente en casa con sus fideos tailandeses y un vídeo.

¡A la porra con Jonno!

Suspiró con fuerza. De regreso al vestíbulo se encontró una figura alta y oscura, vestida de esmoquin que corría hacia las puertas del auditorio en el momento que estas se cerraban.

El corazón le dio un vuelco.

–¡Jonno! –gritó corriendo hacia él–. ¡Jonno! –repitió levantando una mano para llamar su atención.

Pero él no la vio. Camille alcanzó a ver la sonrisa de Jonno a la acomodadora que se disponía a acompañarlo a su asiento.

Corrió hacia la puerta, pero cuando estaba a apenas un metro se cerró.

–¡Vuelva! ¡Déjeme entrar! –gritó sacudiendo el pomo de la puerta.

Los ojos se le llenaron de lágrimas por la frustración. Pero nadie le abrió.

Jonno avanzó por el auditorio ya a oscuras. Ya en su fila tuvo que pasar por las rodillas de todo el mundo pidiendo perdón

constantemente. A medio camino ya se dio cuenta de que había dos asientos vacíos.

Camille no había venido.

Se dio la vuelta pero se dio cuenta de que las puertas estaban ya cerradas.

–¿Quiere sentarse de una vez? –se oyó una voz.

Pensó en irse pero era tarde. El director de orquesta hacía en ese momento su aparición en el escenario.

Rechinó los dientes. Estaba atrapado allí y era culpa suya. La maldita reunión del Comité Ganadero se había prolongado demasiado. No había tenido tiempo de buscar por el vestíbulo y había dado por supuesto que Camille estaría en su asiento.

Había tenido que suponer que no vendría. Camille tenía miles de buenas razones para no acudir. Miles de cosas mejores que hacer, que dejarlo todo por una precipitada cita con un tipo al que conoció en el campo hacía meses. Seguro que tenía novio, alguien escogido de una larga lista de pretendientes.

No tenía que haber hecho caso a Gabe y a Piper. No debería haber leído el reportaje de Camille sobre el matrimonio en el campo australiano. Lo había leído tantas veces que había llegado a estar seguro de que ella estaba tratando de llegar a él en cada página.

Se había dejado llevar, creyendo oír su voz, ver su sonrisa, sentir sus labios, sentir su deseo…

Los primeros acordes de la sinfonía comenzaron y despertaron su lado más emocional. Justo lo que menos necesitaba. Suspiró y el hombre del asiento de al lado lo miró frunciendo el ceño.

Solo una hora más hasta el intermedio.

–¿Qué desea? –preguntó el elegante barman.

Encaramada en un taburete, Camille leyó la carta de cócteles con una triste sonrisa.

–Hay un cóctel que parece pensado expresamente para mí.

–¿Y cuál es?

–Dirty Cowboy.

–Lo dice como si conociera a un par de ellos.

–Solo uno, pero créame: con uno es suficiente.

–¿Ha llegado tarde al concierto? –preguntó el camarero mezclando el licor de toffee con Baileys.

–No. El vaquero ha sido el que ha llegado tarde. Pero ahora él

está dentro y yo me he quedado fuera. Ya sé que no tiene ningún sentido, pero no se preocupe, esta noche nada parece tener sentido.

–¿Sabe que se puede ver la el espectáculo desde el Vestíbulo Sur? –le preguntó el camarero poniendo la copa frente a Camille.

–Sí –contestó Camille sonriendo–. Pero resulta tan frío... El camarero le devolvió la sonrisa.

–Relájese y disfrute. No se preocupe. Me han dicho que la segunda parte es la mejor.

En el descanso, cuando Jonno la vio de espaldas sentada en la barra, no pudo evitar fijarse en ella. El vestido rojo de terciopelo bajaba hasta la cintura con un corte en forma de uve y revelaba una magnífica piel, pálida como el alabastro que contrastaba con el lujoso tejido.

Tardó en darse cuenta de que conocía a la dueña de aquella espalda admirable.

–¡Camille!

Ella giró el taburete tan rápido que la bebida que llevaba en la mano salpicó la barra. Tenía el pelo más largo, los brillantes rizos le llegaban a los hombros. Se había maquillado los ojos de forma espectacular y resultaba increíblemente sofisticada. Tanta belleza lo dejó paralizado.

–¡Jonno! –dijo ella ruborizándose–. ¡Qué alegría verte!

–Sí –dijo él acercándose por fin–. ¿Llevas mucho tiempo aquí?
–Siglos –dijo alzando su copa y sonriéndole.

Jonno se preguntó cuánto había bebido.

–Siento mucho no haber podido llegar a verte antes de que empezara el concierto. La reunión de ganaderos acabó más tarde de lo previsto... No estaba seguro de que vinieras.

–Yo tampoco –dijo ella mirando la mano de Jonno, que se acababa de posar en su brazo–. Todavía no sé por qué he venido –añadió sonriendo entornando los ojos.

Camille levantó un poco la mirada. Sus oscuros ojos transmitían así una transparencia absoluta y él se dio cuenta de las preguntas que ella tenía en mente. Jonno deseaba que esas preguntas se quedaran sin preguntar. Si las respondía, podría alejarla de su lado.

–¿Qué bebes?

–Estoy bebiendo Dirty Cowboy en tu honor, Jonno –dijo con una insolencia insultante.

El barman, sorprendido, miró entonces a Jonno de arriba abajo.

–¿No será éste su «cowboy»?

–No, no es exactamente «mi cowboy» –replicó ella ruborizándose.

–Creo que deberíamos entrar –dijo Jonno quitándole la copa de la mano y dejándola en la barra.

–Sí, beber demasiado me da sueño y supongo que querrás ver la segunda parte.

–Es lo mejor.

–Eso me han dicho. No sabía que te gustara la música clásica –añadió bajándose del taburete y mirándolo con las cejas levantadas.

–Un amigo mío toca esta noche. Fue él quien me mandó las entradas.

–¡Oh! Así que por eso has venido a Sídney.

–En parte. También por trabajo.

La respuesta pareció molestarla y empezó a caminar.

–Camille.

Camille se volvió.

–No te he dicho lo hermosa que estás esta noche. Estás espléndida.

–Gracias –contestó ella sonriendo ruborizada–. Tú también.

«Y me quedo corta».

Los hombros de Jonno eran tan impresionantes con traje como con camiseta. No podía apartar la mirada de su bronceado, sus gestos, sus pómulos.

Y su sonrisa. Aquella sonrisa la derretía. No podía fingir no saber por qué había venido. Se sentía excitada sólo de caminar junto a él de regreso al auditorio.

Pero, ¿y él? ¿Por qué la había invitado? ¿Era una cita, o simplemente él necesitaba una acompañante para esa noche?

–¿Cuál es tu amigo? –le susurró mientras los músicos volvían a sus asientos y comenzaban a afinar sus instrumentos.

–Todavía no ha salido –dijo Jonno inclinándose sobre ella, haciéndole llegar el aroma de su aftershave–. Es el solista.

–¡Vaya! Jonno, estoy impresionada.

Ni siquiera había visto el programa, así que no sabía qué clase de solista era. ¿Un violinista? ¿Un tenor? Estaba a punto de preguntarlo cuando las luces se apagaron poniendo fin al murmullo del público.

El público estalló en aplausos con la entrada en escena del

director. Los aplausos se hicieron aún más fuertes con la entrada del hombre que lo seguía, un aborigen joven y alto con un didgeridoo.

Camille miró de reojo a Jonno sorprendida y él le guiñó un ojo y sonrió.

Cuando salió de casa para ir al concierto, Camille no se había imaginado que iba a vivir una experiencia musical única y alucinante; desde el momento en que el didgeridoo hizo su aparición se sintió como en una nube. Aquel humilde instrumento nativo, hecho con una rama de árbol hueca y decorada con dibujos geométricos rojos, amarillos y blancos contrastaba con los elegantes e impecables violines y violoncelos de origen europeo, y con las doradas trompetas y trompones.

Y cuando la música comenzó, sintió como si entrara en trance. Nunca había oído música aborigen acompañada por una sinfonía. Los sonidos telúricos y ásperos del didgeridoo destacaban entre las dulces cadencias de los violines. Era la voz oscura y latente de una cultura de cuarenta mil años irrumpiendo en el mundo moderno.

Camille se sintió conmovida por aquella música. Se le puso la piel de gallina. Las lágrimas la ahogaban. Era como si el remoto y salvaje campo australiano se hubiera hecho presente en la moderna, superficial y prepotente Sídney.

Sentía la poderosa y silenciosa presencia de Jonno a su lado. Como la música, él también era de otro mundo. Y recordó con extrañeza la inesperada sensación de estar en casa que experimentó durante su estancia en Edenvale.

Sospechaba que se había enamorado de él, pero confiaba en estar equivocada.

Cuando salieron del auditorio, Camille se sentía embargada por la emoción y a punto de estallar.

–¡Ha sido absolutamente mágico! –dijo casi sin aliento.

–Sí, ¿verdad? Me alegro de que pudieras venir.

–¿Cuánto tiempo hace que conoces al músico del didgeridoo?

–¿A William Tudmara? Desde que éramos pequeños. Su familia ha trabajado en Edenvale durante tres generaciones. Cuando nos dimos cuenta del enorme talento de Billy mi familia hizo todo lo posible para ayudarlo. Buscamos contactos. La verdad es que Billy ahora está muy contento y se siente como pez en el agua siendo el centro de atención

¡Vaya! Ella que pensaba que Jonno no iba a saber qué ponerse para ir al Palacio de la Ópera. ¡Y resulta que patrocinaba a un

músico solista!

–¿Vas a ir a los camerinos para felicitar a tu amigo?

La miró con tal deseo que Camille sintió un escalofrío.

–Estuve hablando con él después de los ensayos esta mañana. Esta noche tendrá a tantos peces gordos a su alrededor que ni nos echará de menos. Mañana lo llamo.

–Dale las gracias por la entrada de mi parte, por favor. Me ha encantado su música. Es increíblemente conmovedora.

«Y sexy», pensó sin atreverse a decirlo.

–Se lo diré.

Jonno tomó la mano de ella en la suya.

–¿Y si desaparecemos? –le susurró al oído.

Camille tragó saliva. Trató de recordar sus razones para tener ciertas reservas sobre Jonno: la amarga despedida, los meses de silencio…

Debía tener presente que era un hombre peligroso para ella. Sin apenas conocerlo, ejercía sobre ella un extraño poder. Con solo un beso, le había lanzado un hechizo del que no podía liberarse.

Y ahora, quizás por la ansiedad de la espera, o por los cócteles, o por aquella música asombrosa, estaba volviendo a ocurrir. Jonno apretó su mano y Camille solo encontró una respuesta posible.

–Vamos a mi casa.

Jonno la miró inquisitivamente y Camille se puso roja, a la vez que sentía un sudor frío. Los dos sabían que estaban pensando en algo más que un beso.

–De acuerdo –dijo él sin sonreír.

Apenas hablaron durante el trayecto en taxi por las calles iluminadas de neón. Había demasiada tensión, demasiada ansiedad, demasiado deseo. Camille miraba de vez en cuando furtivamente en dirección a Jonno y se sentía abrumada: Jonno Rivers, el soltero más deseable de la lista de Girl Talk estaba en Sídney. En un taxi con ella. De camino a su apartamento.

El taxi se detuvo junto al edificio de apartamentos y mientras Jonno pagaba al taxista, Camille buscaba la llave en su bolso con el corazón acelerado.

Cuando entraron en el apartamento, ella ni siquiera se molestó en ofrecerle un café. Dejó la llave y el bolso en la encimera de la cocina y cuando se volvió Jonno la abrazó. Ella se abandonó en sus brazos con un satisfecho gemido de impotencia. Él la abrazó con fuerza y un escalofrío recorrió la espalda de Camille, que sintió la

fuerza de sus músculos de acero bajo el abrigo, el fresco olor de la camisa limpia, el cálido aroma a madera y almizcle de su aftershave.

–No sabes cuántas veces he imaginado esto –susurró él.

–Yo también –gimió ella.

¿Acaso no se había estado imaginando todos esos meses qué sentiría si él la besaba de nuevo?

Y allí estaba él, apoyado en los muebles de su cocina, atrayéndola hacia sí de tal forma que sus caderas presionaban las de ella, permitiendo a Camille sentir su excitación. Jonno se inclinó sobre ella para alcanzar sus labios. Jugaba con la boca de ella con la lengua y con los labios, provocándole un efecto hipnótico.

¿Cómo iba a pensar en esos momentos en si aquello era sensato o no? Era incapaz de preocuparse por el futuro cuando se derretía dulcemente en aquellos brazos.

–Te deseo –gimió él pegado a los labios de ella con una voz temblorosa que hizo que Camille sintiera que la sangre le ardía en las venas; una voz que parecía llegar a sus zonas íntimas.

«Yo también te deseo», pensó, pero fue incapaz de decirlo en voz alta, así que, atrevidamente, le tomó de la mano y lo llevó a su dormitorio. Cada pocos pasos se detenían en el pasillo para besarse, mordisquearse y darse besos entrecortados.

Se desnudaron a la luz de rubí de la mesilla de noche con manos torpes e impacientes. Cada poco tiempo, se miraban a los ojos excitados, se sonreían tímidamente y volvían a besarse.

El vestido rojo cayó al suelo con un susurro aterciopelado. Los dedos audaces de Jonno exploraban las curvas de los hombros desnudos de ella, y sus labios seguían el camino que habían abierto sus dedos, un cálido y delicioso camino que bajaba desde su hombro hasta la clavícula, y de allí a… ¡éxtasis total!… sus pechos.

Se desplomaron juntos en la cama, con la respiración entrecortada y trepidante. Camille nunca se había sentido tan arrastrada por el deseo. Era alarmante sentirse así, sin ningún control sobre lo que estaba pasando. Y, sin embargo, no le importaba. Era Jonno, y se sentía muy, muy bien.

Algo que le hacía sentir tan bien, no podía ser un error.

Jonno se despertó primero. Había dormido cubriendo posesivamente con un brazo los pechos de Camille. Se quedó quieto

en la cama viendo cómo la luz de la mañana entraba por la altísima ventana revelando el desorden de la habitación. Había ropa tirada por todas partes, como recuerdo del milagro que había sido aquella noche juntos.

Él mismo se había sorprendido de la intensidad de sus sentimientos cuando estaba haciendo el amor con Camille. Él ya sabía lo que era la pasión, pero nunca antes la había sentido mezclada con una ternura tan exquisita, tan dulce que casi resultaba dolorosa.

En ese momento, Camille se movió y abrió los ojos lentamente.

–Hola –dijo somnolienta con una sonrisa de complicidad al mirar a su alrededor.

–Buenos días –dijo él besándole la punta de la nariz y pasándole el pulgar perezosamente por el pezón, que se puso duro inmediatamente a su contacto.

Camille se estiró voluptuosamente y suspiró.

–Ojalá no tuviera que ir a trabajar hoy. Nadie debería ir a trabajar después de una noche como esta.

–No vayas –murmuró él bajando la mano por el cuerpo de ella, siguiendo la suave curva de la cadera.

–Tengo que ir. Ya voy bastante retrasada.

–¿Sabes que así estás endemoniadamente sexy?

–¿Sí? –dijo ella riendo y moviendo la cabeza, de forma que sus rizos le caían por todas partes.

–Por Dios, Camille –gimió él apartándole el pelo de la cara para besarla–. Creo que podría hacerme adicto a despertar junto a ti cada mañana.

Camille se sentó repentinamente con el rostro preocupado.

–No creo que eso sea posible, ¿verdad? Voy a hacer el desayuno. ¿Te conformarías con té y tostadas?

–Claro.

Jonno resistió un impulso de retenerla y hacerle el amor otra vez. Se conformó con mirarla mientras se ponía una camiseta enorme y admirar la manera en que el fino algodón se pegaba a sus pechos y a sus glúteos al andar. Pero cuando se fue, Jonno se quedó inquieto y sumido en un mar de dudas.

Quedaron para almorzar en un exclusivo restaurante junto al puerto. Las paredes del local eran de cristal y la vista de las velas

escalonadas de la Ópera en Bennelong Point era espectacular. Abajo los ferrys y los barcos de vela cruzaban el centelleante mar azul.

–Mi compañera de trabajo, Jen, se ha dado cuenta de que nos estamos viendo y no deja de preguntarme cómo conseguí quitarte del concurso de solteros para quedarme contigo.

–Y eso es lo que has hecho, ¿no? –dijo él sonriendo.

–Sabes que no era esa mi intención–dijo ella ruborizándose y apartando la mirada.

Se alegró de que no le preguntara cuáles eran sus intenciones, porque no tenía respuesta. Sólo sabía que Jonno había irrumpido en su vida y ella se estaba enamorando a toda velocidad. Profunda y absolutamente.

En el puente sobre el puerto, los coches parecían las cuentas de un collar ensartadas por una cuerda. Frunció el ceño.

A lo largo de la mañana, su preocupación había ido a más. Tenía miedo de estar dando a Jonno falsas esperanzas. Él parecía creer que tenían un futuro juntos.

Pero, ¿qué clase de futuro? La noche anterior todo parecía posible, tan romántico. Como si sus diferencias pudieran armonizarse igual que la música del concierto. Pero a la luz del día, ya no estaba segura. Ella conocía el origen de Jonno, la tierra y la gente con la que había crecido y madurado. Su familia. Gabe y Piper. Su amor por sus sobrinos.

A pesar de su aspecto duro, en el fondo era un tipo casero. De los que se quieren casar. Incluso se había alegrado al creer que su novia estaba embarazada de él.

Aunque se había negado formar parte de «Objetivo

Solteros», eso era lo que él quería en realidad: un matrimonio y una familia.

Mientras que ella…

El camarero se acercó para tomarles nota. Cuando se fue Jonno empezó a hablar.

–He estado pensando… ¿Tu familia vive en Sídney?

Ella se quedó sorprendida de lo cercanos que corrían sus pensamientos.

–Perdona si es una pregunta indiscreta, pero tú sabes todo sobre mi familia. Has visto dónde nací y dónde he vivido toda mi vida.

–No es nada indiscreto, Jonno. Es una pregunta normal. Es solo que… que yo no tengo una familia normal.

–Entiendo –las líneas de expresión se marcaron con una

sonrisa–. ¿Ni siquiera sabes en qué sistema solar habitan?

–De acuerdo –rio Camille–. Tú ganas. Mis padres y yo, solo somos nosotros tres, vivimos cada uno en una esquina del mundo. Mi madre en Tokio y mi padre en París, creo.

–¿Crees? –preguntó Jonno sorprendido.

–Bueno, mi padre vive en París, pero la última vez que oí hablar de él, estaba trabajando en un castillo en el valle del Loira. Era la casa de un amigo suyo, un coreógrafo o un compositor, no recuerdo. Pero bueno, eso fue hace seis meses. Supongo que ya habrá vuelto a París.

El camarero trajo champán y copas y ejecutó la pequeña ceremonia de sacarle el corcho y servirlo.

–Salud –dijo Jonno chocando su vaso con el de Camille.

Sus miradas se fundieron y ella pensó en la noche anterior, en la forma exquisita en que Jonno le había hecho el amor. Sólo de recordarlo sintió la efervescencia de las burbujas en sus venas.

–¿Por qué brindamos?

Durante unos segundos, Camille lamentó haber hecho esa pregunta. La mirada de Jonno parecía radiografiarla, como si buscara en ella la respuesta a esa pregunta. Pero entonces levantó la copa sonriente.

–Brindemos por que los precios de la ternera sigan subiendo, para que le puedas sacar el máximo beneficio a tus reses.

–Nuestras reses –corrigió Camille–. Cincuenta por ciento, ¿recuerdas?

–Muy bien. Por nuestros terneros –dijo él–. Me temo que el precio de la ternera no ha estado muy alto últimamente –añadió después de dar un sorbo–. Por eso he esperado tanto a vender. No creo que estés muy contenta con el margen de beneficio.

–Mientras sea suficiente para ir a París.

–¿A ver a tu padre?

–Sí. Tengo el viaje reservado desde hace siglos. Quiero ir el mes próximo.

–Entonces será mejor que los llevemos pronto al mercado.

Camille dio otro sorbo de su copa. ¿Por qué se sentía incómoda diciéndole a Jonno que se iba, aunque fuera por poco tiempo?

–¿Dijiste que tu madre vive en Tokio?

–Sí, es directora artística de una compañía de danza moderna.

–Eso lo explica todo.

–¿Qué explica?

–Ese halo que te hace ser poco corriente. Tus padres tienen los dos que ver con las artes.

–Tú tampoco tienes nada de corriente, Jonno –replicó ella con una sonrisa coqueta.

–¿No me crees? –dijo él con una carcajada–. Háblame más de tus padres.

–Se llaman Laine Sullivan y Fabrice Devereaux y eran bailarines de ballet. Llegaron a ser bastante famosos, pero supongo que no te suenan.

–Me temo que no.

–Mi madre es australiana y mi padre francés y fueron pareja en compañías de todo el mundo –explicó ella mientras jugueteaba con el largo pie de su copa–. Eran capaces de bailar un pas de deux sublime, pero en casa eran incapaces de mantener esa armonía. Se peleaban constantemente. –Así que llevan mucho tiempo separados.

–Se separaron cuando yo tenía quince años, pero nunca se han divorciado oficialmente.

–Tuvo que ser muy difícil para ti.

–Pues sí –dijo dejando escapar un profundo suspiro–. Como ves, mi familia es muy diferente a la tuya.

–Vive la difference! –dijo Jonno levantando su copa–. El problema de vivir en el campo es que todos llevamos unas vidas muy parecidas. Nacemos y crecemos en la finca, luego vamos al internado unos años, quizás a la universidad. A veces hacemos el viaje típico al extranjero al terminar los estudios y después: vuelta a la tierra. Es muy aburrido. Gabe lo hizo un poco diferente. Se fue a conducir helicópteros varios años. Pero ninguno de nosotros es conservador de un castillo ni director artístico.

–Lo aburrido tiene un lado bueno. Te hace sentirte seguro. A veces me pregunto si el problema de mis padres no sería tanto ir y venir de un sitio a otro. No había ningún sentido de permanencia en nuestras vidas.

Llegaron sus platos y la conversación se desvió a lo delicioso que estaba el pastel de pescado ahumado que los dos habían pedido, a lo romántica que era la música del día anterior y a la amistad de Jonno con Billy, el solista de didgeridoo.

–Ahora se va a actuar a Nueva York –dijo Jonno mirando a Camille pensativo–. ¿Ibas con tus padres cuando estaban de gira?

–Cuando era pequeña sí, antes de empezar el internado. Viajé

por todo el mundo, pero lo único que recuerdo es ir de un hotel a otro.

–Estoy tratando de imaginarte de pequeña –dijo Jonno–. La pequeña Camille con sus enormes ojos oscuros y sus rizos sentadita en los aviones, esperando en la recepción de los hoteles…

–Fui bastante precoz. Antes de cumplir cinco años, ya sabía pedir cosas al servicio de habitaciones.

–¿Te sentías sola?

«Muchísimo», pensó.

–Me hacía amiga del personal del hotel, y los operarios del espectáculo eran muy amables conmigo. El de las luces era mi favorito. A veces me dejaba sentarme con él durante los ensayos, y hasta me dejaba tocar algún botón.

Camille se apoyó en el respaldo con las manos en el regazo sorprendida de lo mucho que había hablado. Casi nunca abría así su corazón. A ese paso, terminaría conociendo todas sus debilidades, y, ¿qué pasaría entonces?

–¿Alguna vez deseaste que tu vida fuera diferente?

–Por supuesto. Tenía mucha envidia de los niños normales. ¿Sabes qué solía desear? –añadió bebiendo de la copa y admirando una vez más la vista del puerto.

–Dímelo.

–Tener una casa con un jardín para poder hacer una pelea de mangueras. Jonno se rio.

–Recuerdo una vez que iba con mis padres en un taxi por las afueras de Nueva Orleans de camino a un hotel, cuando vi a unos niños jugando en su jardín. Llevaban trajes de baño y se disparaban con el agua de las mangueras. Me pareció la cosa más divertida que había visto en mi vida.

Jonno se inclinó sobre ella y tomó sus manos.

–Esa es una fantasía que yo podría ayudarte a cumplir –dijo en voz baja y tono seductor con si irresistible sonrisa pícara. –¿Cómo? –susurró ella con voz temblorosa.

–Ya lo verás.

Jen la miraba con curiosidad cuando volvió a la oficina.

–¡Vaya, vaya!

–Sólo he llegado diez minutos tarde, ¿qué pasa?

–Tienes el brillo típico de una mujer que acaba de…

–Comer –terminó Camille–. Estuve comiendo pastel de pescado y bebiendo champán en Cicero.

–¿Otra cita con el chico de campo? –sonrió Jen.

–Sí –dijo Camille sentándose–. Pero no saques conclusiones.

–¿Por qué no? No todos los días se sale a comer con un tipo que te hace tener esa expresión de felicidad que tienes ahora.

A Camille se le hicieron hoyuelos al sonreír.

–Supongo.

–Supongo –la imitó Jen. Cruzó la oficina y se paró junto a ella–. Jonno Rivers es perfecto, ¿verdad?

–Más o menos –contestó Camille apretando un bolígrafo entre los dedos.

–Millie, no me digas que le has encontrado defectos a ese dios.

–No, defectos no.

–Congeniáis perfectamente, ¿verdad?

–Sí –contestó Camille volviendo a poner el bolígrafo en sus sitio con excesivo cuidad–. Supongo que podría decirse que congeniamos bastante bien.

Sólo de recordar la noche anterior, su corazón se aceleraba y se le erizaba la piel. Jonno era un amante excepcional.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–No hay ningún problema.

–Muy bieeen –dijo Jen muy despacio–. Peeroo… –añadió dejando la frase en el aire para que Camille la terminará.

–Tengo miedo de hacerle daño.

–¿Por qué ibas a hacerle daño? –preguntó Jen sentándose en una esquina de su escritorio.

–Me siento terriblemente atraída por él, pero no creo ser lo que él necesita. Es un chico de campo, un granjero sencillo y pragmático.

–Camille, tú no eres ninguna libertina.

Camille hizo una mueca. Así era exactamente cómo se sentía.

–¿Sabes cuál es tu problema? –pregunto Jen.

–No, pero me lo vas a decir tú.

–Es obvio. No hay más que ver los tipos con los que has salido desde que te conozco. Sales con hombres que… están bien, pero que son predecibles y seguros. Hombres de los que sabes que no te vas a enamorar. Esta vez, cariño –añadió dándole una palmadita en el hombro–, has roto esa regla.

–¿Desde cuándo te has vuelto tan perceptiva?

Jen se echó a reír.

–He leído tu artículo sobre las citas de la A a la Z. En serio, Camille, ¿qué te preocupa? ¿Crees que porque Jonno ha leído tu artículo sobre el matrimonio en el campo australiano, espera que te pudras en su finca fabricando bebés?

Camille se cubrió la cara con las manos. Eso era exactamente lo que la preocupaba.

–¿Has hablado con él de ese tema?

–No –dijo Camille destapándose la cara con determinación–. Pero debo hacerlo. Mañana vuelve a casa, así que se lo diré esta noche.

Capítulo 7

«Tranquilo», se decía Jonno a sí mismo mientras veía acercarse a Camille desde las escaleras de su hotel.

Camille estaba cruzando un paso de peatones lleno de gente. Los últimos rayos del sol sobre los rascacielos proyectaban sombras en la ciudad y daban al cabello de Camille un tono rojizo. Estaba tan guapa con su top negro ajustado y su falda de cuadros roja, que a Jonno le pareció una flor silvestre y pintoresca en un prado de hierba grisácea.

Cuando llegó junto a él se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla. Jonno pudo percibir su perfume. El contacto de esa piel tan suave, la cálida presión de sus pechos contra su brazo y la fuerza de su deseo le daban ganas de gritar.

«Tranquilo».

–¿Cuál es el plan para esta noche? –preguntó ella.

–He pensado, que como tienes experiencia con el servicio de habitaciones, podríamos cenar en mi habitación.

–Muy bien –contestó ella después de titubear unos instantes.

De camino al octavo piso, solos en el ascensor, Jonno no pudo contener las ganas de estrecharla y besarla. Nada exagerado, sólo un dulce beso de bienvenida. Ella se sorprendió, pero enseguida le devolvió el beso.

¡Ah, Camille!

Él había estado en tensión todo el día, preguntándose si ella lo seguiría deseando tanto como la noche anterior. Pero cuando cerró la puerta de su habitación, con solo rozarle el brazo, ella se apretujó contra él con la cabeza erguida esperando sus besos.

Camille… Camille…

No debería besarlo de esa manera.

Se suponía que tenía que resistirse. Tenía pensado empezar la velada hablando del futuro de su relación. Pero Jonno había saboteado su plan. Era demasiado atractivo. Sólo con verlo esperándola, con el aire de la tarde moviendo sus cabellos, con esa sonrisa tan sexy, un poco triste, sus buenas intenciones se habían desvanecido.

Además, él tenía sus propios planes para aquella noche. Y encender todo su cuerpo con llamaradas de pasión formaba parte de su plan. En esos momentos la tenía agarrada de las muñecas y, levantándolas por encima de su cabeza la iba empujando, suavemente pero con firmeza contra la puerta.

–Jonno –dijo ella débilmente mientras él la retenía así, con los brazos en alto.

Pero no pudo decir nada más porque los besos contundentes y lentos de él se lo impidieron. Besos apasionados.

–Quiero hacer realidad tu fantasía –murmuró Jonno–. Pero necesitaremos un poco de agua.

–¿Agua? –preguntó ella confundida–. ¿De qué estás hablando?

Sin soltarle las muñecas, le bajó los brazos y la apartó de la puerta.

–Agua caliente –dijo él–. La versión para adultos de una pelea con mangueras.

¡Cielos!

Su sonrisa era más que pícara. La tomó en sus brazos y entró con ella en la habitación.

–Creo que te hace falta una ducha.

¿Una ducha con Jonno? ¿Con Jonno desnudo y mojado? ¡Socorro! ¿Cómo iba a conseguir hablar en serio de su improbable futuro juntos?

–No, ¡a la ducha no! –gritó ella.

Pero sonaba más como el falso terror de un personaje de marionetas que como una verdadera protesta.

–¡Cualquier cosa menos la ducha! –se burló Jonno.

Camille no tuvo más remedio que seguirle la corriente.

–Le exijo que me suelte, señor.

–¿Que la suelte dice usted, muchacha?

Ya junto a la puerta del cuarto de baño, la dejó en el suelo tan precipitadamente que ella se cayó sobre él, y antes de que pudiera evitarlo, le estaba haciendo cosquillas.

–¿Así es como quiere usted que la suelte?

–¡Sí! –gritó riéndose indefensa–, es decir, ¡no!, ¡cosquillas no!

Camille fue retrocediendo hasta entrar en el lujoso cuarto de baño blanco y dorado.

–¿Mejor así? –susurró él con los ojos risueños metiendo las manos bajo el top de ella y acariciándola sensualmente.

Intentó decir «no». Lo habría conseguido si aquellos ojos no se hubieran enturbiado tanto, si aquella boca no hubiera comenzado a descender por su cuerpo y si aquellas manos no hubieran empezado a dibujar ochos imaginarios sobre su piel ardiente, ascendiendo poco a poco hasta llegar a sus pechos.

Era imposible resistirse. Sus manos y su boca ya habían empezado a hacer el amor. Su cuerpo duro y masculino despertaba contra el de ella. ¿Cómo iba a resistirse si se sentía tan a gusto? Todo lo que tuviera que ver con Jonno la hacía sentirse a gusto.

Pero esa sería la última vez.

Comieron la comida que Camille pidió al servicio de habitaciones sentados en la moqueta, estilo picnic, envueltos en los enormes albornoces blancos del hotel, y con el pelo todavía mojado.

Hablaron sobre París y Jonno le habló a Camille de un café con piano fascinante que había descubierto en París.

–Era todo un paradigma de ambiente parisino. Ya sabes a qué me refiero: techos bajos con vigas de madera, lleno de carteles antiguos, mesas con manteles de cuadros rojos y blancos y lleno de humo de cigarrillos. En una esquina, el pianista tocaba baladas nostálgicas. Pero lo mejor era los mensajes que había por las paredes.

–¿Qué tipo de mensajes?

–Postales, cartas de amor, dibujos, chistes. La mayoría de turistas, así que muchas están en inglés.

–¿Cuándo has estado en París?

–La primera vez, con veintiún años. Pasé un año viajando por Europa con mi mochila. Pero volví a ir el año pasado. Fue entonces cuando descubrí ese bar. –¿Has estado en París dos veces?

Jonno trató de no sentirse ofendido por su sorpresa. Estaba claro que ella seguía considerándolo un pueblerino.

La conversación decayó. Jonno se preguntó si Camille sentía también la pesadez que se había apoderado del ambiente y les

impedía mantener el tono festivo. Una oscuridad nacida de la inseguridad acerca de su futuro, de las cosas que no se habían dicho, de las preguntas que no se habían formulado.

Cuando terminaron de comer, Camille recogió y lo puso todo en la mesa auxiliar que había junto a la ventana. Se quedó allí inmóvil unos instantes mirando la oscuridad de la noche. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Jonno –dijo–, mañana regresas a Mullinjim y tenemos que hablar.

–Claro –dijo él levantándose del suelo y señalando unas butacas que había en una esquina de la suite.

Pero Camille no se movió. Se quedó junto a la ventana, jugando con el cinturón de su albornoz. Jonno se quedó parado en mitad de la habitación con las manos en las caderas.

–Me preocupa que tengas una idea equivocada de mí.

–¿Qué idea? –preguntó él alarmado.

–No sé cómo decir esto sin quedar cómo una frívola superficial. Creo que no deberíamos seguir en contacto cuando te vayas.

–¿Por qué demonios no?

Camille se secó las lágrimas con el cinturón del albornoz.

–Porque no soy la mujer adecuada para ti.

–¿Y si yo no pienso lo mismo? –repuso él luchando contra el iceberg que se le había formado en la garganta–. Camille, estás diciendo tonterías. Ven, aquí.

–No –dijo ella levantando las manos como para protegerse de él–. Si me tocas, me derrumbaré otra vez. Si me besas, olvidaré lo que estoy intentando decirte.

–¿Y eso no es una prueba de que somos muy compatibles?

–No sé. Yo creo que no. Es muy complicado. Ya sabes que me siento muy atraída por ti, y no creo que yo sea para ti un rollo pasajero. Pero vivimos a miles de kilómetros de distancia.

–Los aviones hacen el viaje muy corto.

–Pero los viajes sólo merecerían la pena si estuviéramos seguros de que tenemos un futuro.

–¿Y tú crees que lo nuestro no tiene futuro?

–Te dije nada más conocerte que no creo en el matrimonio.

–¿Quién ha hablado de matrimonio? Si tú no lo quieres, yo no lo necesito.

–¿Estás seguro? –preguntó ella con preocupación en la mirada.

Jonno suspiró y se pasó la mano por la cabeza.

–¿Y tú? ¿Estás segura de que no quieres un matrimonio? El artículo que escribiste parecía un sincero homenaje a la felicidad del matrimonio en el campo.

Camille, apoyada en el alféizar de la ventana, se vino abajo al oír esas palabras.

–Ese reportaje lo escribí para otras mujeres, no para mí –dijo evitando la mirada.

–¿Qué quiere eso decir? –preguntó Jonno furioso.

–El periodista adapta la realidad a su audiencia. Me limité a contar lo que mis lectoras querían oír.

–¿Quieres decir que todo lo que escribiste, que tanto impresionó a Piper, era pura palabrería? ¿Simples palabras dichas sin sentir para vender más revistas?

–No. Lo que escribí lo sentía. Fui sincera. Creo que un matrimonio como ese es verdaderamente gratificante para la mayoría de las mujeres. Un sueño hecho realidad. Simplemente no lo es para mí –avanzó hacia él unos pasos y se detuvo–. Es muy difícil de explicar. Lo que pasa es que mientras la mayoría de las chicas se pasa la vida buscando un príncipe azul, yo he pasado los últimos diez años temiendo encontrarlo.

–Pero, ¿por qué, Camille? –dijo él con el corazón hundido–. ¿Por qué tienes tanto miedo? ¿Es por lo de tus padres?

–Quizás –dijo poniéndose pálida mirándose los pies–. Por eso, en parte, tengo tantas ganas de ver a mi padre. Mi madre se niega a hablar de su matrimonio conmigo, pero mi padre y yo estábamos muy unidos cuando yo era pequeña.

–Será mejor que me dé prisa en volver y vender esos terneros para que te puedas ir cuanto antes.

Camille trató de sonreír, pero sus labios no se movieron.

–Cuando vaya a París, buscaré tu piano bar –consiguió decir después de un rato.

–Sí –dijo él bruscamente–. Haz eso.

En el taxi de vuelta a su apartamento, Camille se esforzaba por contener las lágrimas. Jonno se había despedido de ella. No sólo porque se iba a París sino porque había salido de su vida.

No había intentado hacer el amor con ella de nuevo. No había bromeado, ni había intentado hacerle sonreír. Ni siquiera había sugerido mantener contacto por carta o por teléfono. Claro, que eso

era lo que ella quería, así que no tenía sentido sentirse decepcionada.

Sin embargo las lágrimas desbordaban sus ojos. Sus labios temblaban haciendo un último esfuerzo para no romper a llorar. Su plan había sido todo un éxito. Había convencido a Jonno Rivers de que era una neurótica sin remedio y de que estaría mejor sin ella.

Y era verdad. Eso era lo más terrible. Él necesitaba una persona sensata y equilibrada, como Piper, alguien que aceptara sin reservas la idea de casarse y tener hijos. Se metió un puño en la boca para contener un sollozo. No sabía cómo iba a olvidar a Jonno.

¿Cómo podría vivir con la idea de que no lo vería nunca más?

Capítulo 8

Nada más entrar en el Café de la Rue Gabrielle y ver los techos de vigas bajas, los carteles antiguos y las paredes repletas de trozos de papel con firmas, Camille se dio cuenta de que acababa de encontrar el piano-bar del que le había hablado Jonno.

Entró, se quitó el abrigo y se sentó en una mesa libre.

Se había pasado aquella helada tarde de noviembre buscándolo por las calles de Montmartre. Sin embargo, no estaba contenta por haberlo encontrado.

¡Debía de estar chiflada! En lugar de hacer lo que tenía previsto y visitar lugares verdaderamente turísticos como la Torre Eiffel o el Museo d'Orsay, o tomar un barco por el Sena, se encontraba en un bar de una calle cualquiera, sólo porque Jonno había estado allí.

Y se sentía muy triste. Deseaba no estar allí.

Intentó atribuirlo al mal humor y a la preocupación que arrastraba desde que había visto a su padre. Había sido peor de lo que esperaba. Había supuesto un golpe tremendo ver aquel apartamento diminuto y destartalado y comparar al hombre apuesto, fuerte y divertido que ella recordaba con el hombre en el que se había convertido.

Entendía por fin por qué había recibido tan pocas cartas y tan breves. Fabrice Devereaux se ocultaba de ella con la esperanza de que no llegara a enterarse de que no era ni la sombra de lo que ella recordaba.

A diferencia de su madre, que había pasado de ser bailarina a ser una reputada y codiciada coreógrafa, su padre sólo había conseguido trabajos mediocres como profesor de ballet y se había vuelto cada vez más solitario, hasta perder todas sus fuerzas y ganas de vivir.

Pero lo que más le sorprendió a Camille era lo mucho que

lamentaba el fracaso de su matrimonio.

–Echo mucho de menos a tu madre. Fui un tonto por dejarla alejarse de mí.

–Pero si os hacíais la vida imposible…

–Laine y yo teníamos temperamentos artísticos enfrentados y eso nunca es bueno para una relación. Pero por encima de todas las peleas, había un profundo afecto. No sé cómo llegué a olvidarlo –concluyó con los ojos humedecidos.

Aquello fue una conmoción para Camille. ¿Cómo podía su padre haber caído tan bajo? ¿Cómo era posible que llevara lamentándose por el pasado tanto tiempo sin hacer nada al respecto? Cuanto más lo pensaba, más se preguntaba si su madre se sentiría sola también.

Laine Sullivan trabajaba a un ritmo frenético y Camille siempre había estado muy orgullosa de ella. Siempre la había tenido en un pedestal, como un ejemplo de lo que una mujer de talento es capaz de conseguir. Pero, ¿acaso trabajaba tanto para llenar un vacío en su vida?

¿Habrían cometido sus padres un error al separarse?

Pensar en sus padres, le hacía pensar en Jonno, y en lo mal que se sentía desde que había cortado con él.

Él había sido fiel a su palabra y sólo se había puesto en contacto con ella para enviarle el dinero de la venta de sus terneros.

Se preguntaba si no había sido un error. Quizás estaba condenada a pasar el resto de su vida sola y amargada como su padre. Quizás había heredado algo parecido a un gen de cobardía que le impedía perseguir la felicidad.

Pidió al camarero un vaso de Beaujolais, porque era el único vino francés que sabía pronunciar. Miró a su alrededor y trató de disfrutar de aquel lugar. Al fin y al cabo, le había costado mucho encontrarlo.

En la esquina más alejada, un joven tocaba al piano un triste blues. Como ya se sentía muy triste, desvió su atención a los variopintos mensajes que cubrían las paredes del café. En aquel desorden había una foto de pasaporte desgastada de un inglés llamado Julian. Una tal Elvira había escrito C'est la vie à Paris! con letras moradas en un papel dorado. Tobías, de Suecia, había dibujado a una insinuante mujer medio desnuda en un posavasos. Estaba mirando una postal de «Paul y Pascalle», cuando sonó su teléfono móvil, justo cuando el camarero le traía el vino.

–Gracias… digo… merci –dijo dejando unos euros en la bandeja.

Tenía el móvil en el bolsillo del abrigo. Rebuscó frenéticamente hasta encontrarlo.

–Diga… quiero decir… bonjour.

–¿Camille Devereaux?

Aquella voz masculina con acento australiano le resultó deliciosamente familiar.

–¿Jonno? –dijo casi conteniendo la respiración–. ¿Cómo… cómo estás?

–Bien, gracias, ¿y tú? ¿Qué tal París?

–Paris es… maravillosa –se sentía gozosa de estar hablando con Jonno–. Aquí es todo tan… –¿Francés?

–Sí –se rio ella–. Muy francés. ¡Oh Jonno! No sabes cuánto me alegro de oír tu voz.

Sintió un fuerte calor en las mejillas. No pretendía parecer tan entusiasmada. Al fin y al cabo, era ella la que había roto con él.

Pero la había pillado por sorpresa y estaba confusa. Se sentía sola, lejos de casa y muy preocupada por su padre. Deseó que Jonno estuviera allí con ella.

Menos mal que no estaba allí. Menos mal que estaba al otro lado del mundo. Hubiera sido capaz de echarse en sus brazos y hacer el ridículo. Lo imaginó sentado en el escritorio de su despacho en Edenvale.

Era un ataque de nostalgia absurdo, pues lo que le venía a la mente era la casa de Jonno, no la suya.

Se lo imaginaba en su recio escritorio de madera de roble rodeado por pilas de carpetas rojas con estudios de mercado. Detrás, el ordenador en el que llevaba la cuenta de sus transacciones y un mapa de las praderas de Edenvale con el calendario de las zonas de pastoreo.

Por la ventana, Camille se imaginaba la vista de la enorme pradera verde azulada, el estanque con los negros patos y los gansos

–¿A que no adivinas dónde estoy?

–¿Dónde?

–En el piano bar del que me hablaste, en Montmartre.

–¿De verdad? ¿Y qué te parece?

–Llevo muy poco rato aquí, pero parece que tiene mucho encanto.

–¿Verdad que sí? Y… ¿has visto a tu padre, Camille?

–Sí.

Jonno guardó silencio esperando que ella dijera algo más.

–¿Y cómo está?

–Muy triste. Me ha impresionado ver lo mayor que está. No se siente bien, se siente terriblemente solo.

–Lo siento mucho –dijo Jonno con honda sinceridad.

De los ojos de Camille brotaron amargas lágrimas. De repente, se sentía tan sola como su padre, y deseaba ver a Jonno y poder tocarlo.

¡Cuánto lo echaba de menos! ¿Por qué demonios lo había alejado de su lado? En esos momentos hubiera querido sentir sus fuertes brazos abrazándola.

Tuvo que tomar aire para hablar.

–Echa de menos a mi madre. Dice que siempre la ha echado de menos.

–Eso es muy duro –dijo Jonno en un tono tan comprensivo que Camille tuvo que llevarse la mano a la boca para contener un sollozo–. Estoy intentando convencerlo de que vuelva a Australia conmigo.

–Buena idea. Si puedo ayudar en algo, dímelo.

–Gracias –dijo Camille conmovida.

–¿Y tú qué tal? ¿Lo estás pasando bien?

–Sí.

Era casi verdad. Tenía pensado pasarlo bien. Miró a la pared llena de mensajes de gente que lo pasó bien en París, la ciudad más romántica del mundo y decidió que tenía que empezar a pasarlo bien inmediatamente.

–Tengo una lista de excursiones turísticas que quiero hacer.

–No pareces muy entusiasmada.

–Es que…. Lo estoy intentando.

En ese momento, la mirada de Camille se fijó en un punto en la pared en el que reconoció una palabra familiar. ¿Estaba viendo lo que creía estar viendo?

Por una décima de segundo le pareció haber leído su nombre en una nota escrita con trazo grueso: Camille… Trató de encontrarlo de nuevo…

–¿Camille?

Sí, allí estaba, Camille.

¿Qué importancia tenía eso? París estaba lleno de Camilles.

Pero había algo en la letra… ¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Camille, te quiero. Te necesito. Podemos arreglarlo como tú

quieras, pero tienes que ser mía.

Besos, Jonno

El corazón le dio un vuelco. El móvil estuvo a punto de caerse al suelo.

–¡Jonno! –chilló.

No hubo respuesta.

Se puso roja. Estaba temblando. Lágrimas rodaban por sus mejillas.

¿Qué estaba pasando? Era imposible que hubiera otra pareja con esos nombres. ¿Cómo era posible que estuviera allí ese mensaje? Jonno estaba al otro lado del mundo. Seguramente, lo habría mandado por correo y le habría pedido a alguien que lo pusiera allí.

–Jonno, ¿sigues ahí?

–Sí, estoy aquí.

–Creo que me estoy volviendo loca. Hay una nota en la pared del café para una chica llamada Camille de un tipo llamado Jonno.

–¿Qué tiene eso de loco?

A Camille le pareció notar una risa.

Miró a su alrededor buscando al camarero entre las docenas de personas que hablaban, bebían y fumaban. Pero no sabía hablar francés. ¡Qué tonta! ¡Tener un padre francés y no haber aprendido el idioma!

–Camille. ¿Ves una ventana de marco rojo que da a la calle?

–Sí –contestó ella después de lanzar una rápida mirada a su alrededor.

–¿Te has fijado en la vista que tiene? ¿Es muy especial?

¿Qué podía tener de especial aquella callejuela de Montmartre? Se sintió un poco tonta, pero se dirigió a la pequeña ventana. Era muy baja. Se agachó y miró al exterior.

Camille casi se desmayó por la impresión.

Jonno estaba en la acera de enfrente, apoyado en una farola con ese aire despreocupado característico de él.

Sintió que una ola de calor le subía por la cara. Su corazón latía tan deprisa que lo sentía con fuerza en las costillas. Miró unos segundos el teléfono y volvió a mirar afuera.

Llevaba un jersey de lana azul marino, vaqueros y una chaqueta de cuero colgada sobre el hombro. Parecía sentirse tan en casa en aquella calle parisina como si estuviera apoyado en un cercado de Edenvale.

La saludó con la mano. Ella devolvió tímidamente el saludo. Con las piernas temblorosas consiguió abrirse paso hasta la puerta de entrada del café. Se tuvo que agarrar al marco de la puerta. Jonno estaba allí. En París. No sabía si reír o llorar.

Sintió una mezcla de confusión, miedo y excitación. Si ella le había pedido que se olvidara de ella, ¿qué hacía él allí?

La asaltaron los recuerdos de las noches que habían pasado juntos en Sídney. Su pecho se llenó de alegría y deseo al ver cómo él se acercaba con pasos firmes y esbozaba una sonrisa. A sólo un paso de ella, se detuvo y se quedó así, parado mirándola. Parecía más alto y fuerte que nunca. Más «Jonno», si eso era posible.

«Y mientras, yo llorando hecha un desastre».

–¿Qué puedo decir? Hola –dijo con una tímida sonrisa.

–Hola.

Camille bloqueaba la puerta y había gente que quería entrar.

–Vamos dentro –dijo ella.

Lo llevó a la mesa donde había dejado el abrigo y la copa de vino. Se sentó y sintió un verdadero alivio al descansar las rodillas que aún le temblaban.

–¿Qué haces aquí? No me lo puedo creer. ¿Quién cuida de la finca?

–Gabe y Piper. Me deben algún que otro favor –dijo Jonno observándola y mirando a continuación la copa de vino intacta.

–Creo que te hace falta un poco de ese vino.

Como una niña obediente, dio un sorbo y, con las manos temblorosas, volvió a dejar el vaso en la mesa.

–¿Vas a pedir tú algo?

–Todavía no.

–No puedo creer que estés aquí.

–Es una afición nueva mía. Aparecer como caído del cielo. Primero en Sídney, ahora en París.

Camille intentó ordenar sus pensamientos antes de hablar. Se alegraba de ver a Jonno, pero no debería estar allí. Lo había echado mucho de menos, pero no tenía ningún derecho. Era ella la que había querido romper.

–Tienes que saber que he venido siguiendo tu consejo –dijo él secándole una lágrima con su dedo pulgar.

–¿Mi consejo? –dijo ella boquiabierta–. ¿Qué quieres decir?

–Hace muchísimo tiempo, me dijiste que cuando no hay alternativas, hay que arriesgarse –dijo él nervioso–. Me he

arriesgado, al venir hasta aquí desde Mullinjim para encontrarte. –Pero… ¿qué quieres decir con que no tenías otra alternativa?

Por toda respuesta, Jonno, desclavó la nota de la pared y con sus grandes manos morenas, lo extendió sobre la mesa del mantel de cuadros.

Camille, te quiero. Te necesito. Podemos arreglarlo como tú quieras, pero tienes que ser mía.

Besos, Jonno

–Puse una nota cerca de todas las mesas confiando en que llamara tu atención.

–¡Cielo santo!

–Por eso estoy aquí, Camille. He hecho todo este viaje para decirte que no voy a permitir que huyas de algo que los dos queremos.

–Pero…

–Antes de que te entre el pánico, escúchame hasta el final. No te estoy pidiendo ni matrimonio ni hijos. Sólo nosotros. Tú y yo.

–Pero eso no sería justo. Tú quieres…

–La nota lo dice todo. Te quiero a ti. Si no quieres casarte, me parece bien. Si quieres quedarte viviendo en Sídney, me parece bien. Lo que no me parece bien es que finjas que deberíamos dejarlo.

Camille tenía las manos entrelazadas sobre la mesa. Jonno las cubrió con su poderosa mano.

–No tienes ni idea de lo que siento por ti. Sería capaz de dejar Edenvale si eso te hiciera feliz.

–¡Oh, no! No puedes hacer eso. No lo merezco.

A sus ojos, Edenvale y Jonno eran inseparables.

–Algún día entenderás que vales mucho más que eso –dijo él mirándola fijamente a los ojos con una mirada triste y pensativa.

Incapaz de mantener la intensidad de aquella mirada, Camille miró sus manos unidas a las de él. Costaba creer que aquel hombre maravilloso la quisiera de esa manera. Le parecía que le iba a estallar el pecho de la emoción.

Jonno la quería sin condiciones ni compromisos.

–Deja de luchar contra ello, Camille.

Él hizo ademán de apartar la mano, pero ella la retuvo entre sus dedos.

–No puedo creer que hayas hecho todo esto para encontrarme.

Se acordó de sus padres, ocultándose el uno del otro, cada uno a su manera.

–Me he portado horriblemente contigo.

–Nadie debería sentirse mal en París –dijo Jonno levantándose, con su característica sonrisa pícara–. Vamos a ver la ciudad. Apuesto mis botas de montar a que dos australianos pueden dejar huella en París.

Salieron del café, se pusieron los abrigos para combatir el frío cortante y echaron a andar por las calles de Montmartre. La luz de la tarde le daba a todo un aire de película.

Jonno se detuvo en una esquina y compró, atraído por su aroma, un cucurucho de papel lleno de deliciosas castañas. Las fueron comiendo de camino al metro de regreso al centro de

París.

Atravesaron los Campos Elíseos, desde el Arco de Triunfo al Louvre, deteniéndose en las lujosas tiendas que vendían todo tipo de productos: coches deportivos, perfumes, chocolate, ropa interior… Pararon a tomar un café y unos crepes en uno de los elegantes restaurantes de toldo rojo decorados con caléndulas en grandes macetas.

–Edith me pidió estar atenta al gusto por la moda de la mujer francesa.

–Mejor eso que no tener que estar estudiando a los hombres franceses. Se supone que son muy sexys, ¿no?

–Ya les gustaría –rio ella–. Ninguno tiene ni comparación contigo, Jonno Rivers.

Como recompensa, Jonno le dio un beso. Allí mismo en los Campos Elíseos rodeados de cientos de parisinos que pasaban. A nadie pareció importarle. Al fin y al cabo, París era la ciudad del amor.

Y a nadie le importó cuando en un rápido movimiento, Jonno agarró a Camille y la cargó a sus espaldas y comenzó a caminar con ella a «caballo». Ella le rodeó el cuello con los brazos y la cintura con las piernas.

–¡Bájame! –gritó en vano entre risas.

Y las risas les siguieron por los Campos Elíseos, mientras las hojas del otoño giraban y danzaban a su alrededor al compás del viento, que con la luz refulgían como lentejuelas en un traje de noche.

Por fin, agotado y sin aliento, la dejó en el suelo y se besaron de nuevo.

París con Jonno era absolutamente perfecto.

En los días que siguieron Camille fue increíblemente feliz cada minuto del día. Y de la noche.

Eran dos personas enamoradas en un lugar donde nadie los conocía. Lo hacían todo por impulso. Iban disfrutando de los días espontáneamente, sin hacer planes. Una salida a comprar baguettes y queso brie terminaba en un picnic en los Jardines de Luxemburgo. Una visita a una galería de arte, terminaba con una cena en el barrio latino. A una salida al teatro le seguía un tranquilo paseo de la mano por las orillas iluminadas del Sena.

Jonno alquiló un coche deportivo y fueron a pasar un día al sur de París en un mosaico de campos salpicado de granjas aisladas con tejados del color de la miel y muros de piedra. Almorzaron junto a un río de aguas oscuras que discurría bajo un antiguo puente de sólidos arcos de piedra y entre vallas de jardines pertenecientes a casas centenarias hasta desaparecer entre las sombras de los robles y de los sauces. –Es tan diferente del campo de Australia, ¿verdad?

Jonno estaba tumbado en una manta de viaje, apoyado en un codo. Admiraba la escena y sonreía perezosamente.

–Sí, aquí en Francia todo es muy francés.

Camille se rio y Jonno la atrajo hacia sí para poder besarla.

De vuelta a París, encendieron velas en la catedral de Notre Dame, se besaron en lo alto de la Torre Eiffel y volvieron a casa a hacer el amor. Una y otra vez.

–Nunca había sido tan feliz.

Camille, en brazos de Jonno, miraba por la estrecha ventana las ramas de los árboles y los tejados puntiagudos perfilados en el cielo azul.

–Ya somos dos –susurró él besándola en el hombro.

Ella le sonrió y recorrió con un dedo su rostro, primero la frente, luego las oscuras cejas hasta la punta de la nariz, para bajar después por la sensual curva de sus labios hasta alcanzar la áspera barbilla sin afeitar, disfrutando cada centímetro del tacto masculino de esa piel.

–Gracias por quererme tanto.

Él se llevó la mano a la barbilla, tomó su mano y se la acercó a la boca para besarla, y mordisquear después, una por una, las yemas de sus dedos.

–Igualmente –dijo él mientras continuaba besándole la palma de la mano, la muñeca, el interior del codo.

No hablaban de amor. Hablar de amor conllevaba hablar de compromiso y matrimonio y los dos sabían que no entraba en sus planes. Eran una pareja del siglo veintiuno. Hechos el uno para el otro, pero sólo de momento.

Ella bostezó y se estiró sonriente como un gato al sol, disfrutando de su inmensa felicidad y de la dicha de sentirse libre. Mientras se estiraba se fue dejando caer sobre Jonno. Los dos sabían que eso era un preludio para hacer el amor una vez más.

El teléfono les interrumpió ese momento.

–Debe de ser Piper que llama para ponerme al día de todo.

Con un beso rápido, Jonno se incorporó para contestar, mientras Camille permanecía en la cama admirando la vista de esa poderosa y bronceada espalda. Músculos masculinos, esculpidos por años de duro trabajo.

No prestó atención a la conversación hasta que se dio cuenta de que Jonno apenas hablaba; apretaba el teléfono con tal fuerza que los nudillos se le estaban quedando blancos. Le oyó maldecir en voz baja y a continuación, se apartó de ella por completo y se incorporó en la cama. Después hubo otro largo silencio.

–¡No, no! ¡Mierda no!

Camille se sintió alarmada al principio, pero enseguida le asaltó un sentimiento de culpa; se sentía mal por intentar escuchar una llamada personal. ¿Debía quedarse junto a él, o se sentiría más cómodo para hablar si se iba?

Finalmente, se decidió a salir de la cama. Se detuvo un momento junto a él, por si hacía ademán de necesitar su presencia, pero él ni levantó la vista. Contó hasta veinte, luego hasta cuarenta y Jonno seguía apretando el teléfono, mirando al suelo, sin dar señales de darse cuenta de la presencia de ella.

Convencida de que la llamada no tenía nada que ver con ella, fue al cuarto de baño y cerró la puerta.

Capítulo 9

Camille se duchó esperando que en cualquier momento Jonno se uniera a ella. Al ver que no llegaba, se puso un albornoz, se lo ató a la cintura y salió corriendo del baño.

Se había ido.

Inmediatamente se dio cuenta de que Jonno se había puesto la ropa del día anterior, por lo que su marcha había sido apresurada.

Se asustó. ¿Qué habría pasado para que se fuera con tanta urgencia, sin decir dónde iba?

Su mente empezó a dar vueltas. Algo muy grave debía de haber pasado. Ahora se arrepentía de no haberse interesado más por la llamada.

Pero es que ella no quería invadir su intimidad. Y si él hubiera querido contar lo ocurrido, la habría llamado.

Camille se desplomó en una silla y se quedó mirando la cama deshecha, que todavía conservaba el calor de sus cuerpos. ¿Por qué se había ido sin decir nada?

Quizás desaparecer así fuera normal en parejas que no hablan de amor y que sólo comparten una pasión, para evitar tener que dar cuentas al otro. Lo pasaban bien, el sexo era fantástico, pero si pasaba algo importante, cada uno seguía su camino.

No, eso no podía ocurrirle a ellos. Lo que tenían era especial. Todo era fruto de su imaginación.

Puesto que no sabía dónde había ido, no podía buscarlo. Se puso unos pantalones gris pálido y un jersey rojo, se preparó un café con uno de los sobres de regalo del hotel y lo dejó reposar mientras esperaba a que él volviera.

Por fin se oyó el ruido de la cerradura y Camille corrió hacia la puerta.

Jonno estaba muy pálido. Su mirada recorría con nerviosismo la

suite, como si no fuera capaz de mirarla a la cara.

–Por favor, Jonno. No soporto no saberlo. ¿Le ha pasado algo a Gabe o a Piper o a los niños?

–No –contestó él fatigado–, ellos están bien.

Y su mirada se dirigió a su maleta.

Camille hubiera deseado no sentirse tan nerviosa e inútil.

–¿Quieres… un café, o algo de comer?

–¿Qué haríamos sin tu habilidad para el servicio de habitaciones? –dijo él tratando de esbozar una sonrisa–. Sí, me apetece un café.

Camille llamó para hacer el pedido y Jonno se quedó en el centro de la habitación con una mano en el bolsillo del vaquero mientras que con la otra se rascaba la nuca. Cuando Camille volvió del teléfono, empezó a explicar.

–Como habrás supuesto, he recibido malas noticias. Ha habido un accidente. Han muerto dos personas.

–¡Qué horror!

–Eso no es todo –dijo después de carraspear un poco–. Mi madre me acaba de decir que tengo un hijo.

Las palabras fueron un auténtico mazazo para ella. Le ardía el rostro, le faltaba el aire y, desde luego, fue incapaz de decir algo. Jonno, sin mirarla a la cara, observaba el dibujo de la alfombra.

–La chica con la que salía, Suzanne Heath… tuvimos una relación muy tormentosa que se alargó más de lo debido. Ella se quedó embarazada, pero insistió en que el padre era un tal Charles Kilgour.

Camille asintió con la cabeza. Recordó lo que Piper le había contado.

–Suzanne se fue con Kilgour. Se casaron y se instalaron en la finca de él, a unos doscientos kilómetros de Edenvale. Y ahora –añadió pasándose un brazo por la cara–, Suzanne y Charles han muerto.

–¡Santo cielo! –exclamó Camille mordiéndose un labio.

–Conducían borrachos, al parecer. Volvían a casa después de estar de fiesta toda la noche. El niño… no iba con ellos. Se quedó en el pueblo con la familia de Kilgour.

Tragó saliva y miró por un instante a Camille.

–Desde el accidente, los Kilgour se niegan a hacerse cargo del niño. Alegan que es mío.

Camille no sabía qué decir.

–¡Qué impacto… para ti!

Jonno asintió con la cabeza cerrando los ojos como si estuviera tratando de combatir una emoción poderosa. En ese momento llamaron a la puerta.

–Es el desayuno –dijo ella dirigiéndose a la puerta.

Camille abrió, tomó la bandeja y la puso en una mesa. Sirvió el café en las dos tazas y le dio una a Jonno.

–Siéntate. Tómate esto.

Jonno dio las gracias en un susurro y se llevó la taza a la boca. Camille puso delante de él un cruasán con mermelada y se sentó en la silla de al lado.

–¿Tú crees que ese niño es realmente tuyo?

Él le lanzó una mirada cargada de tristeza y volvió enseguida a mirar al suelo.

–Es posible. Cuando me enteré de que Suzanne estaba embarazada, estaba seguro de que era mío. Claro que no sabía que me engañaba con Kilgour.

–¿Lo has visto alguna vez?

–No, nunca.

Se hizo un doloroso silencio. ¡Había tantas cosas que Camille hubiera querido preguntar! ¿Lloraría Jonno la muerte de Suzanne?

–¿Cuántos años tiene?

–Dos. Dos y medio, creo –contestó impasible.

–Perdona que pregunte tantas cosas. Es que estoy tratando de entenderlo. No comprendo por qué los Kilgour dicen ahora que es tuyo. Después de tanto tiempo.

–Por lo que dice mi madre, parece que antes estaban dispuestos a aceptar el hecho de que no se parecía nada a Charles. Pero después del accidente, no lo quieren.

–¿Cómo pueden no quererlo?

–No conoces a los Kilgour.

–¿Sabes si… se parece a ti?

–Parece ser que sí. Para empezar, es moreno y en las familias de Suzanne y Charles son todos rubios.

Jonno dejó el café en la mesa y apoyó los codos en las rodillas.

–No puedo dejar de preguntarme qué sintió Suzanne cuando nació el bebé.

–Debió ser una desagradable sorpresa. ¿Estaba ya casada con el otro tipo?

–Sí, pero ella nunca hubiera admitido su error. La familia

Kilgour es lo más parecido a la aristocracia que hay en la zona, y ella aspiraba a ascender socialmente. Kilgour no era ningún idiota. Seguro que sabía la verdad pero su ego no le permitía admitir que el niño no era suyo.

–Me sigue pareciendo asombroso que te lo ocultaran todo este tiempo. ¿Cómo se llama? –añadió después de un profundo silencio.

–Peter.

–Es bonito.

–Sí.

–¿Vas a pedir la prueba de ADN?

–No creo que una prueba de paternidad sea necesaria. No importa si ese niño es o no hijo biológico mío. Lo que importa es que podría haberlo sido, así que siento como si fuera en parte responsabilidad mía. Además, si nadie más lo quiere, yo sí. No voy a permitir que el estado se tenga que hacer cargo de él.

–Te entiendo.

–¿De verdad, Camille? –dijo poniéndose súbitamente en pie–. ¿Lo entiendes?

Ella se cruzó de brazos con fuerza tratando de acallar los temores que la asaltaban. Aquello le resultaba tan ajeno que sintió como si un abismo se hubiera abierto entre los dos.

–Lo intento –dijo tratando de contener las lágrimas–. Creo que puedo entender por lo que estás pasando.

–No puedo de dejar de pensar en las cosas que me he perdido –dijo Jonno andando por la habitación–. Su nacimiento, sus primeros pasos… He visto crecer a los hijos de Gabe, y mientras tanto ese chiquillo…

Camille estuvo a punto de sollozar al ver el dolor de Jonno. Pero no quería ponérselo más difícil.

–Y lo peor es lo que te estoy haciendo a ti. Lo que esto supone para nosotros.

–¿Para nosotros? Jonno, ¿de qué estás hablando?

–Me dejé llevar por el entusiasmo y he venido hasta aquí, te he obligado a que me aceptaras.

–¿Me has oído quejarme? –dijo ella tratando de sonreír.

Él se acercó, se agachó y tomó su rostro entre sus manos. Sus ojos estaban oscurecidos por el dolor, pero sonreía con picardía.

–Ha sido sensacional. ¿Verdad, cariño?

–Completamente.

El miedo apenas la dejaba respirar. Aquel niño no podía

terminar con lo que había entre ellos… ¿o sí?

–Pensaba que podía hacerlo, Camille. Lo de la relación sin compromisos que te propuse parece una broma ahora. Creía que podía venir aquí y hacer que todo fuera perfecto. Incluso pensé en renunciar a Edenvale por ti.

¡Dios mío! Estaba dando por supuesto que por tener él un hijo, ella huiría de él. No podía culparlo. Después de que ella le había dicho que no quería ni casarse ni tener hijos.

Lo cierto era que no se sentía en absoluto maternal. Pero tampoco quería perder a Jonno.

–He reservado un vuelo de vuelta –dijo con una mirada de advertencia.

–¿Ya? ¿Tienes que irte tan pronto?

–Sí. Vengo de la agencia de viajes de abajo. Si nadie quiere a ese pobre niño, tengo que volver lo más pronto posible.

Camille se sentía mareada y vacía por dentro. Jonno se iba. Sin ella. Entre ellos se había abierto un abismo. ¿Cómo podía haber ocurrido tan repentinamente? Unos minutos antes era más feliz de lo nunca que había sido.

–Podría volver contigo.

–Será mejor que no lo hagas –dijo él evitando su mirada.

Jonno fue por su maleta y empezó hacer el equipaje.

Las horas siguientes fueron horribles.

Camille se movía por la habitación intentando ayudarlo, planchándole una camisa para el viaje y buscando calcetines olvidados debajo de la cama.

Sólo había estado tan asustada una vez; hacía años. Operaron a su madre de urgencia y ella se había quedado por los pasillos del hospital aterrorizada ante la idea de no volver a verla nunca más. Se había dado entonces cuenta de lo mucho que quería a su madre y de las pocas veces que se lo decía.

Entonces se dio cuenta de que necesitaba decirle a Jonno que lo amaba. Porque así era. Se había dado cuenta en ese momento, aunque en realidad lo había sabido siempre.

Miró los árboles sin hojas y las calles grises desde la ventana del hotel y empezó a buscar la manera de decírselo.

Sus sentimientos habían evolucionado desde que lo conoció. Al principio, sólo lo quería para su revista. Después se había dejado seducir por su físico y lo deseó como amante. Después de vivir con él y conocerlo mejor, sentía que sobrevivir un día, veinticuatro

horas sin él… sería imposible.

Pero desde la llamada de su madre, Jonno se había alejado y eso le hacía más difícil a ella abrirle su corazón. Pensó que si hablaba de amor en esos momentos, él reaccionaría con desprecio.

¡Qué inoportuno darse cuenta en un momento como ese de lo irremediablemente enamorada que estaba!

Y las últimas horas juntos pasaron entre llamadas a abogados y a familiares. Sin besos ni abrazos.

Apenas hablaron en el taxi de camino al aeropuerto Charles de Gaulle.

Ya en la puerta de embarque, Jonno le dio un abrazo. Camille sintió el cuerpo de él temblar al estrecharse contra el pecho de ella . Oía el latido de su corazón y no pudo contener las lágrimas. Rezó para que no dijera nada que sonara a un adiós definitivo, como «nunca te olvidaré».

–Nunca te olvidaré –dijo él con un destello en los ojos.

A Camille le entraron ganas de gritar, de tirarse al suelo y llorar, y llorar…

El beso de despedida fue apenas un breve roce de sus labios. Sollozando, se acordó de algo que había querido darle antes. Se sacó del bolsillo un caniche de porcelana rosa con un pompón azul en la cola.

–Iba a dárselo a Bella. ¿Puedes dárselo tú?

–Claro que sí.

–Me temo que no tengo nada para un niño de dos años. Debería ir a las tiendas libres de impuestos a ver si tienen algún juguete para Peter. –Buena idea. Gracias.

Jonno miró la figurita y luego miró a Camille con gesto de remordimiento. Luego apretó la mano con el caniche dentro y se alejó hasta desaparecer en la multitud de alegres turistas.

Como si quisiera castigarse a sí misma, Camille regresó a Montmartre, al piano bar de Jonno. Allí estaban sus notas aún clavadas en las paredes. Con el rostro lleno de lágrimas las fue arrancando de las paredes y guardándolas en sus bolsillos.

Al salir, se sentó sola en un banco en un parque a leer todos los mensajes una y otra vez, aunque eran idénticos.

Camille, te quiero. Te necesito. Podemos arreglarlo como tú

quieras, pero tienes que ser mía.

Besos, Jonno

«Como tú quieras». Él habría estado dispuesto a cambiar su vida por ella. ¡Qué egoísta se sentía ahora!

Si hubiera aceptado algún compromiso con él, ahora habría podido ayudarlo. Hubiera regresado junto a él en ese avión. Pero él había sido fiel a su oferta de una relación sin ataduras. Y se tendría que enfrentar a sus problemas él solo. Nunca antes se había sentido tan sola e inútil.

«No tengo nada que ofrecerle a Jonno. Los niños se me dan fatal».

Se acordó de los hijos de Piper, y recordó las risas que había compartido con Bella y el cálido cuerpecito de Michael acurrucado junto al suyo como un koala.

Pero quizás los niños de Piper eran especiales…

Un niño de solo dos años de pelo oscuro llamado Peter crecería en Edenvale con su padre. Llamaría papá a Jonno.

Era culpa suya si estaba sola. Nunca había tenido el valor de enfrentarse a la verdad.

Capítulo 10

Su hijo.

Cuando Jonno entró en casa de su madre y vio al pequeño sentado frente a la televisión lo sintió así. Era igual a él a esa edad.

Recordó su infancia, a su padre jugando con él y con Gabe, enseñándole a montar a caballo, a pescar y a nadar en Mullinjim Creek. Y ahora, como caído del cielo, tenía un hijo. De su propia sangre.

–El pobrecito lo ha pasado muy mal –dijo su madre–. Suzanne y Charles estaban muy ocupados con su vida social y a los padres de Charles no les gustaba hacer de niñera. Va a ser difícil ganarse el amor del chiquillo.

A Jonno se le partía el corazón de imaginar al niño creciendo desatendido en un hogar sin amor y se sentía furioso porque no se habían respetado sus derechos como padre. Pero ya no se ganaba nada por pensarlo.

Como tampoco se ganaba nada por pensar en Camille.

De vuelta en Mullinjim, una relación sin ataduras se le antojaba un capricho que no se podía permitir.

–Quiero llevarme a Peter a Edenvale.

Estaba deseando recuperar el tiempo perdido con su hijo. Quería hacer todo lo que estuviera en su mano para darle el amor de padre que merecía.

Pero durante el viaje, el niño permaneció inmóvil en el asiento de atrás, agarrando con fuerza el canguro que Jonno le había comprado en el aeropuerto sin decir ni una palabra.

Cuando llegaron a Edenvale, Jonno lo tomó en brazos y lo llevó a la cocina. Peter miraba a su nuevo padre con el mismo terror con el que habría mirado a Darth Vader.

Jonno se rascó la cabeza. Creía tener experiencia con niños, pero

aquel chiquillo era muy diferente de su pizpireta y locuaz sobrina.

–¿Quieres beber agua?

Peter negó con la cabeza.

–¿Leche? ¿Zumo?

El niño seguía diciendo que no con la cabeza.

Desesperado, le ofreció una limonada y el niño aceptó con un tímido movimiento de cabeza. ¡Vaya, ya era algo! Pero un niño de dos años no puede vivir sólo de limonada…

–Te prepararé el plato favorito de Bella: palitos de pescado con patatas fritas.

Pero Peter no probó ni siquiera una patata.

–¿Quieres ver la tele?

El niño volvió a negar con la cabeza.

Megs, la gata, apareció en la cocina buscando su cena. Peter se quedó mirándola con sus enormes y serios ojos. Jonno la agarró y la acercó a la silla.

–¿Te gustaría acariciar a la gata? Es muy suave y ronronea cuando la tocan.

Pero el niño también se negó y apretó al canguro aún con más fuerza.

«Ha sido un disparate rechazar la ayuda de Piper».

–Pero si ni siquiera has tenido tiempo de recuperarte del larguísimo viaje y tienes que seguir llevando la finca –había dicho Piper–. Tienes que tener a alguien que cuide de Peter. No puedes esperar que la señora de la limpieza haga también el trabajo de una niñera.

–Sé que necesitaré ayuda; pero para empezar, no quiero demasiada gente ni bullicio. Muchas caras nuevas le pueden confundir.

–Es un niño, no un ternerillo. Las necesidades de las crías humanas son diferentes.

A Jonno se le acababan las ideas. ¿Qué clase de padre era?

«Intentaré hacer lo del cerdo, que a Bella le encanta. Y si no me sale, ya no sé qué más hacer con mi propio hijo».

Jonno se puso a cuatro patas y gateó hasta la silla de Peter imitando los chillidos de un cerdo y dando suaves golpes con la cabeza en el pecho del niño. Pero Peter se puso a llorar asustado.

–Perdona, amiguito. No llores. No quería asustarte.

Jonno empezó a caminar por la casa desesperado pensando en cosas que funcionaban con sus sobrinos. Empezó a considerar la

idea de llevarse al niño a Windaroo para que Piper y Gabe lo ayudaran. Tragarse su orgullo sería mejor que hacer sufrir a su hijo.

Miró por la ventana y vio unas luces que se acercaban por el camino. Aliviado, reconoció el coche de Piper.

Piper era fantástica. Venía a echarle una mano a pesar de que él no le había hecho caso. Ella sí sabría animar al niño.

Mientras preparaba la tetera, se oyó el portazo de la puerta del coche.

–Todo va a salir bien, pequeño. La tía Piper ha venido. Te va a caer muy bien.

Oyó los pasos ligeros en las escaleras del porche de atrás. Sirvió el té en dos tazas.

–Has llegado justo a tiempo, Piper. Entra. La puerta de atrás está un poco dura, empújala con fuerza.

Oyó la puerta y unos pasos que entraban en la cocina.

–Eres justo lo que necesitaba.

–Me alegro.

Jonno dio un respingo. La voz no era de Piper.

–¡Camille!

Capítulo 11

–Hola, Jonno.

–Tú no –musitó él con la boca abierta.

A Camille se le cayó el alma a los pies. «Tú no». ¿Cómo podía decir eso? ¡Después de volar hasta allí por él! Esperaba un gran abrazo y besos de alegría y alivio por tenerla allí. No una expresión de desprecio.

El pánico se apoderó de ella. Las rodillas y los labios le temblaban. Seguramente esas dos palabras eran lo peor que se le puede decir a una persona.

Entonces reparó en Peter. ¡Qué pequeño era! Estaba acurrucado en una silla ante un plato de comida intacto y tenía abrazado su canguro de peluche con todas sus fuerzas.

¡Dios mío, qué mono era! Parecía una versión en miniatura de Jonno. La miraba con ojos tristes, como si hubiera estado llorando.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Jonno con el ceño fruncido.

Jonno se situó junto a Peter con las manos en el respaldo de su silla. A Camille le recordó al Jonno que había conocido al principio; el granjero testarudo que no quería colaborar con la chica de la revista.

–Quería ayudarte, Jonno.

El rostro de Jonno reflejaba tanto desprecio que Camille sintió ganas de esconderse.

–A lo mejor debería haberte avisado, pero es que tomé un avión apenas dos horas después de que te fueras. Tuve que hacer una escala en Tokio de ocho horas hasta llegar a Cairns. Allí tomé un autobús, y cuando por fin llegué a Mullinjim, Piper me dejó su coche.

–Piper no debería haberte enviado aquí.

Camille cerró los ojos unos instantes para reunir fuerzas, mientras trataba de encontrar justificaciones para el comportamiento de Jonno. Seguramente, él estaba tan cansado como ella y se encontraba en una situación difícil. Su llegada le

había pillado de improviso y estaba eligiendo el ataque como forma de defensa. Piper ya le había avisado.

«Jonno quiere hacer esto solo. Dice que no quiere ayuda, pero estoy segura de que puedes hacerle cambiar de opinión, Camille».

Quizás Piper se equivocaba.

Jonno carraspeó.

–Estoy en una situación muy difícil, y creo que sería mejor que volvieras a Windaroo con Gabe y Piper.

Camille pensó que se iba a desmayar. Hacía apenas cuarenta y ocho horas, Jonno y ella eran la pareja de amantes más feliz del mundo, unidos en cuerpo y alma.

Al enterarse de que él tenía un hijo, algo había cambiado en el corazón de Camille. Antes de ese momento, nunca había pensado en ser madre, y menos aún en hacer de madre del hijo de otra. Sin embargo, desde entonces no pensaba en otra cosa. Quería desesperadamente estar junto a él y ayudarlo.

No esperaba un rechazo así. Deseó que se la tragara la tierra.

De no haber estado tan cansada, podría haber empezado una discusión. Pero a Camille no le quedaban fuerzas para pelearse.

–Adiós, Jonno. Buenas noches –dijo con una voz neutra volviéndose hacia la puerta, incapaz de mirarlo–. Estaré en Windaroo si cambias de opinión.

Él no contestó. Camille no pudo evitar volver la mirada un instante y algo atrajo su atención.

El pequeño Peter se estaba bajando de su silla y se quedó a continuación quieto mirándola. Camille sintió que su corazón se disparaba.

–Hola, Peter –dijo con su voz más dulce sin mirar a Jonno.

El niño permanecía inmóvil junto a la silla, abrazado a su canguro, mirándola con los ojos muy abiertos. Entonces, sin mostrar ningún temor, empezó a andar hacia ella.

Camille miró nerviosa a Jonno.

–¿Dónde está mi mamá?

Camille sintió que se le hacía un nudo en la garganta al ver aquellos enormes ojos llenos de esperanza fijos en ella. Se arrodilló junto a él. ¿Qué se le dice a un niño de dos años en una situación así? ¿Debía decirle algo?

Miró de nuevo a Jonno, que parecía tan perdido como el pequeño. Camille decidió entonces ignorar el rechazo de Jonno y hacer lo que le dictaba el corazón.

–Me gusta tu canguro –dijo acariciando muy lentamente el peluche.

Jonno no la detuvo.

Peter la miraba y parecía tranquilizarse. Entonces Camille acarició suavemente la mejilla del niño con el dorso de la mano. Él niño ladeó la cabeza buscando apoyo en la mano de ella.

Camille se dejó llevar por su instinto. Se inspiró en las veces que se había sentido sola e infeliz en su vida, las veces en las que sólo hubiera deseado una cosa. –¿Te apetece un abrazo? –susurró.

Al principio el Peter no contestó. La miró un rato antes de hablar.

–Sí, un abrazo.

Camille rodeó al niño con sus brazos y lo estrechó contra su pecho. Miró a Jonno con los ojos llenos de lágrimas por encima del cuerpecito de Peter. Buscaba su aprobación.

Al ver que Jonno la miraba y asentía con la cabeza estuvo a punto de estallar en sollozos.

Tomó al niño en brazos y se fue a sentar en una mecedora. Peter se acurrucó en su regazo con la cabeza apoyada en el hombro de Camille y los labios apretados. Jonno quitó de la mesa los palitos de pescado con patatas fritas.

–Tu canguro parece muy nervioso. ¿Crees que le gustaría un masaje?

Sin responder, Peter observó las manos de Camille mientras acariciaba el peluche.

–Mucho mejor. Ahora el canguro está mucho más tranquilo. ¿Y tú, Peter? ¿Quieres que te dé a ti uno?

Peter dijo que sí con la cabeza y, lentamente, Camille fue trabajando con los músculos de los hombros y los brazos del niño. Al poco rato, estaba mucho más relajado, hasta que por fin, su cuerpo se hizo más pesado y el canguro se le escurrió de entre las manos.

–Está dormido –dijo Jonno sin sonreír–. He hecho té. ¿Quieres una taza?

–Gracias –contestó ella sin fuerzas para levantar la voz. El agotador viaje le estaba pasando factura.

Apenas se daba cuenta de los movimientos de Jonno en la cocina. Se le estaba contagiando el sueño del niño. Se daba cuenta de que tenía que organizar sus pensamientos y explicarle cosas a Jonno, pero, ¿por dónde empezar? Resultaba tan difícil pensar

cuando se estaba tan cansada…

Jonno miró a Camille, dormida con su hijo en brazos. Sentía un nudo en la garganta que le impedía tragar.

Camille no debería estar allí. Si hubiera querido ayuda de una mujer, se la habría pedido a Piper o a su madre, que le hubieran podido dar la estabilidad que todos los niños, especialmente el suyo necesitaban.

Camille sólo podía ofrecer caricias y abrazos pasajeros.

¡Maldita sea! En lo único que podía pensar, viéndola así dormida con la cabeza ladeada, era en el tacto sedoso de aquellos rizos oscuros entres sus dedos. ¡Conocía tan bien la suavidad y dulzura de aquella piel!

La piel del cuello estaba sonrosada por la presión de la cálida cabecita del niño. Hacía dos días, su cabeza había descansado allí, su boca había explorado ese cuello. Verla así dormida le hacía querer recuperar esos momentos.

Miró por la ventana y vio los alcornoques, que se erguían como cuerpos fantasmales levantando los brazos al cielo. Separarse de Camille en París había sido lo más difícil que había hecho en la vida.

Pero debía tener presente por qué lo había hecho. Él mismo le había prometido una relación sin ataduras y no tenía derecho a esperar que ella cambiara.

Así que había vuelto a casa listo para hacer frente a su responsabilidad. Solo.

Su aparición en Edenvale sólo complicaba aún más las cosas. ¿Por qué no se habría quedado en la ciudad?

Ya era totalmente de día cuando Camille se despertó.

La fuerte luz del sol que entraba por la ventana del dormitorio le impedía abrir los ojos. No recordaba dónde estaba. La luz de París era mucho más tenue y el aire más fresco y húmedo. La intensa luz y el calor seco le recordó que estaba en Australia.

Afuera se oían las risas de las cucaburras, y empezó a recordar los acontecimientos del día anterior: Edenvale, el pequeño Peter, Jonno.

No recordaba haberse metido en la cama. ¿Habría llegado allí entre sueños o la habría llevado Jonno en brazos? ¿Quién le había quitado el vestido y los zapatos y le había puesto una camiseta? ¿De

quién era esa cama?

Miró a su alrededor. Los únicos objetos personales eran unas novelas en rústica que había en una estantería, así que no se trataba de la habitación de Jonno. Parecía el típico cuarto ordenado que se tiene para los invitados. Recordó entonces, que ya había dormido una vez allí. La vez que la gata había dormido a sus pies y Bella la había visitado por la mañana.

Era evidente que no había dormido con Jonno. De repente, recordó la fría acogida que había recibido. Se incorporó de un salto. Tenía que encontrarlo y explicárselo todo.

Corrió a la cocina, pero no había nadie, sólo los platos del desayuno. Buscó a Peter y a Jonno por toda la casa sin éxito. Miró por las ventanas hacia los establos, pero no había señal de ellos.

El graznido de una urraca solitaria posada en un alcornoque era lo único que se oía. Trató de mantener la calma. Se tranquilizó un poco al ver que la camioneta de Jonno estaba allí aparcada bajo un tamarindo. Tenía que estar en algún lado de la finca. Pero, ¿y Peter? ¿Dónde se lo había llevado? ¿Se ocultaban de ella?

«Estás paranoica, Camille. Madura un poco». El día anterior, Piper había confiado plenamente en sus posibilidades de reconquistarlo, así que se aferró a esa esperanza.

Buscó una toalla en el armario de la ropa, se duchó, se puso ropa limpia y volvió a la cocina a hacerse un café y a lavar los cacharros de la pila.

Se asomó varias veces para ver los prados y buscar señales de Jonno. Ni siquiera veía al perro y a la gata. Sólo los patos del estanque y las vacas diseminadas por las inmensas praderas de hierba ya seca por la estación y el intenso azul del cielo.

De vuelta en la cocina, abrió la nevera. Había huevos, leche, queso y beicon, así que decidió hacer un quiche. Lo que fuera con tal de mantenerse ocupada.

Le gustaba estar de nuevo en la cocina de Edenvale. Su última visita había sido muy breve y sin embargo, todo le resultaba familiar. El aparador de pino envejecido con su vajilla de porcelana roja y blanca, el estante sobre la cocina donde se guardaba el té, el café, el azúcar en frascos de cerámica.

Por desgracia, los nervios le hacían trabajar a gran velocidad por lo que el quiche estuvo en el horno y los platos limpios antes de lo que hubiera deseado.

–Voy a llamar a Piper antes de que me vuelva loca.

Piper sabría cómo tranquilizarla. Fue al teléfono que había en el estudio, pero antes de llegar oyó tras ella los pasos del perro por el pasillo de madera.

–¿Saxon?

El perro de Jonno estaba en la cocina jadeando y moviendo el rabo.

–Hola, muchachote –dijo corriendo a recibirlo. Le acarició la cabeza entre las orejas. Saxon soltó un pequeño ladrido y le lamió las mejillas. No podía creerse que pudiera estar tan contenta de ver a un perro.

–¿Dónde está tu amo?

Se oyó un ruido cerca de los establos. Camille se asomó y vio a Jonno desmontando un esbelto caballo oscuro. Estaba tan guapo y a la vez lo sentía como algo tan familiar, que el deseo se apoderó de ella. Era su hombre.

Esbozó una sonrisa tratando de que no resultara forzada y bajó las escaleras.

–Hola.

Jonno la miró un momento y luego bajó a Peter de la silla de montar. Al ver aquellos brazos musculosos, recordó lo bien que se había sentido ella en aquellos brazos. Conocía a aquel hombre íntimamente. Conocía de memoria cada detalle de aquel cuerpo. Lo había compartido todo con él. Juntos, habían experimentado la fuerza arrolladora de una intensa y profunda pasión.

Y sin embargo, él parecía tan distante como el propio París. Le desgarraba el alma verlo así, sonriéndole como si fuera una desconocida.

Por el contario, los ojos y las mejillas de Peter se iluminaron al verla. Parecía mucho más feliz que la noche anterior.   –Parece que os lo habéis pasado muy bien los dos.

–Pues sí –dijo atando al caballo a un poste–. Le he estado enseñando a Peter su nueva casa.

–Muy buena idea.

–Y ahora tenemos mucha hambre. ¿Verdad, amiguito?

–Me lo había imaginado. Tengo un quiche en el horno.

–No tendrías que haberte tomado tantas molestias –dijo Jonno sorprendido.

–No es ninguna molestia.

Entonces se sintió como una verdadera fracasada, una impostora.

–No sabía qué hacer…

Camille se sentía fatal. Jonno no parecía entender por qué estaba ella allí.

Peter la miró desde la seguridad de los brazos de Jonno con sus serios ojos de color avellana. Iguales a los de Jonno.

–Camille –dijo el niño.

–Sí, Camille –dijo ella conteniendo el aliento–. Así me llamo yo.

Camille miró a Jonno llena de curiosidad. Él parecía incómodo y se encogió de hombros.

–Quería saber cómo te llamabas. Bueno, lo que dijo en realidad es que quería saber el nombre de la señora guapa.

Para sorpresa de Camille, Peter quiso ir hasta la casa andando en medio de los dos, dándoles una mano a cada uno.

Como una verdadera familia.

–Parece que se ha abierto un poco.

–Sí. Por lo menos le apetecía ir a montar a caballo conmigo. Aunque ha estado preguntando por ti todo el tiempo –añadió de mala gana.

Camille lamentó que lo dijera con tal descontento.

–Ir a montar a caballo con él fue una buena idea.

–La única que he tenido hasta el momento.

–No es extraño que le gustara. Todos los Rivers nacieron prácticamente subidos a una silla de montar. ¿No es cierto?

Por un instante, Jonno la miró agradeciendo sus palabras.

Pero enseguida, como si lamentara dar señales de debilidad, volvió a fruncir el ceño.

–¿Qué quieres comer? –preguntó Camille a Peter cuando llegaron a la casa.

–Alelada.

–¿Alelada? –preguntó perpleja mirando a Jonno. Pero él estaba tan confuso como ella.

–Pan con «alelada» –repitió el niño.

–No tengo ni idea de a qué se refiere.

–Me pregunto si no querrá decir mermelada.

Camille buscó en la alacena hasta encontrarlo y mostrárselo a Peter.

–¿Es esto lo que quieres?

–Sí, pan con mermelada.

Camille miró a Jonno sonriente con gesto triunfal, pero él no le devolvió la sonrisa.

–Marchando un emparedado de «alelada» –dijo orgullosa de haber entendido el lenguaje infantil de Peter.

Sin embargo, los nervios no la dejaron comer. Le sirvió un trozo de quiche con ensalada a Jonno y fue con Peter al cuarto de baño para que se lavara las manos antes de comer.

El niño estaba muy cansado del paseo a caballo. Nada más terminar de comer y de beberse un vaso de leche, se quedó dormido en una improvisada cama en la terraza.

¿Le volvería a pedir Jonno que se marchara? Oyó los pasos de Jonno acercándose y se encontró mal.

–Camille. Tenemos que hablar.

Jonno estaba detrás de ella, con los pulgares metidos en el cinturón del pantalón, y el gesto severo.

–Tienes razón.

–Sé que tus intenciones son buenas, pero créeme, no es una buena idea que hayas venido.

¡Qué ironía! Ella creía que venir era la decisión más sabia y valiente que había tomado en sus veintisiete años de vida.

Sintió que los ojos le escocían. Pero echarse a llorar no le iba a ayudar a demostrarle a aquel hombre que era más fuerte de lo que él creía. Sacando fuerzas de flaqueza, levantó la barbilla y lo miró con decisión.

–¿Me estás diciendo que es una buena idea que tú aparezcas a mi puerta sin avisar cada vez que te apetezca, pero que no es una buena idea que yo haga lo mismo?

–Las circunstancias han cambiado.

–Sí –dijo ella–. Y yo también. No soy la chica que conociste.

Creo que… he madurado

–¿Madurado? ¿Qué quieres decir? –preguntó él con curiosidad.

–Hablo de tu hijo, y de que quiero ayudarte a cuidar de él.

El color del semblante de Jonno mudó varias veces. Se agarró con fuerza al respaldo de una silla y sus oscuras cejas se juntaron nublando sus ojos.

–No va a funcionar.

–¿Por qué no? Yo voy a esforzarme y a Peter le caigo bien.

–Peter ya ha sufrido bastante en su corta vida. No necesita que tú irrumpas en ella, te ganes su corazón y luego desaparezcas.

Camille apartó la mirada para que él no notara lo mucho que esas palabras la habían dolido.

–Es humillante –dijo mirando al aparador de la porcelana–. Tú

puedes irrumpir en mi vida, primero en Sídney, luego en París, y con unas palabras mágicas, ya soy tuya. Pensé que yo también podría hacerlo, venir hasta aquí mirarte a los ojos y hacer que te dieras cuenta.

Camille oyó los pasos de él que se aproximaban.

–A lo mejor soy un poco tonto. Explícamelo, Camille. ¿Qué es lo que quieres?

–Estoy tratando de decirte… que… ya no quiero quedarme en Sídney. No quiero saber nada de nuestro acuerdo de «nada de matrimonio, ni de hijos».

Él no dijo nada. Se quedó muy quieto mirándola con ojos fieros. Su corazón casi se detuvo por el miedo. Si no conseguía hacerle entender… todo estaría perdido.

Aferrándose al poco valor que le quedaba lo miró a la cara.

–Soy como Alicia a través del espejo: he atravesado una puerta y he llegado a un lugar del que no puedo volver. Me he enamorado completamente de ti. Es mucho más que sexo. Quiero quedarme contigo para siempre y quiero ayudarte a criar a Peter.

Y entonces rompió a llorar y los sollozos no la permitieron seguir hablando. Apenas podía ver a Jonno a través de las lágrimas.

Pero no importaba. Jonno la abrazaba y la estrechaba contra su pecho susurrando su nombre una y otra vez mientras la besaba en la frente, en la nariz, en las mejillas, en los párpados.

–Camille –susurraba–. Camille, no llores mi amor.

–Es que tú ya no me quieres –sollozaba ella.

–Claro que te quiero –dijo enterrando la cabeza entre los cabellos de ella–. Siempre te he querido, Camille, y ahora te quiero más que nunca. El problema era que no sabía lo que sentías. Estabas tan decidida a mantener tu independencia…   –He sido una tonta.

¡Se sentía tan bien de nuevo en sus brazos! Puso las manos alrededor de su cuello y lo atrajo hacia sí.

–Tenías miedo –dijo él besándola en el cuello.

–Sí, he sido muy cobarde.

–Tú nunca has sido cobarde, amor. Tenías buenas razones para ser prudente después de haber sido testigo de la infelicidad de tus padres.

–Pero he aprendido muchas cosas de ellos –dijo ella con los ojos aún llenos de lágrimas–. Yo tenía miedo de que nuestras diferencias fueran un obstáculo insalvable. Entonces me di cuenta de que mis padres lo tenían todo en común: su amor al baile, a la compañía, a

salir de gira y nada de eso salvó su matrimonio. ¡Son tan infelices! –dijo dejando escapar un sollozo–. Y todo por no tener el valor de admitir sus errores. Por eso he venido a decirte que estaba equivocada. Quiero una relación de compromiso y quiero aprender cómo tratar a los niños.

–Ya se te da muy bien con Peter –dijo él con una media sonrisa.

–Es muy fácil quererlo. Se parece tanto a ti.

–Es muy rico, ¿verdad?

–Es un cielo. Y quiero criar ganado –añadió tras una pausa.

–¿Cómo?

–Quiero comprar más terneros –dijo ella sonriendo tímidamente–. Y esta vez quiero seguir cada parte del proceso.

–¿Y qué pasará con tu trabajo en Girl Talk?

–Lo he dejado.

–¡Camille!

–Bueno, no del todo. Seguiré trabajando con ellos como freelance. Desde aquí, con mi ordenador portátil.

–¿Y has organizado todo esto a mis espaldas?

–Sí. Llamé a Edith desde París.

–¿Y estuvo de acuerdo?

–No le dejé ninguna opción.

Camille tomó las manos de él entre las suyas sin dejar de mirarlo a los ojos.

–Pero a ti sí te dejo opciones, Jonno Rivers. Esta vez soy yo la que hace la gran oferta. Podemos arreglar esto como tú quieras.

Los ojos de Jonno se empañaron.

–¿Como yo quiera?

–Siempre que me pueda quedar aquí con Peter y contigo y que sea para toda la vida.

Entonces Jonno, su fuerte y masculino granjero, visiblemente emocionado, suspiró profundamente. –¿Y si te pidiera que te casaras conmigo?

–Creo que me sentiría inclinada a decir que sí –contestó ella temblorosa.

–¿Crees que sí?

–¿Por qué no me lo preguntas y lo averiguas?

Jonno sonreía como un adolescente nervioso.

–Camille, sé que suena a locura, pero, ¿puedes esperar un momento?

–Su… supongo que sí.

Sin decir ni una palabra, Jonno salió apresuradamente de la cocina. Camille se llevó las manos a las mejillas, que le ardían e intentó mantener la calma. Su hombre había salido corriendo cuando estaba a punto de proponerle matrimonio. No era ningún drama.

«Respira hondo, Camille. Acuérdate del yoga».

Gracias a Dios, él regresó antes de que sus preocupaciones hubieran ido muy lejos con una cajita roja adornada coquetamente con un lazo blanco.

–Me lo llevé a París. Tengo que reconocer que quería pedirte allí que te casaras conmigo. Esto no es la Torre Eiffel, ni la orilla del Sena –añadió mirando con tristeza la cocina.

–Está bien, Jonno. Está muy bien.

Él le entregó la caja.

–No sabes lo importante que eres para mí. Te quiero más que a nada en el mundo. Por eso no quería que renunciaras por mí a Sídney, a tu trabajo o a tu independencia.

–Deja de preocuparte. Enamorarme me ha hecho abrir los ojos. No sabía que yo pudiera experimentar un cambio así. No hay nada que desee más que a ti.

–Cuando no hay alternativas, hay que arriesgarse –dijo él sonriendo.

–Sólo que aquí no hay riesgos. Estoy segura de que lo que hago es lo mejor.

–¿Vas a abrir eso?

–¡Ah, sí!

Quitó suavemente el lazo y levantó la tapa.

–¡Oh, Jonno! –exclamó al ver el hermoso anillo de oro con una perla y un rubí engarzados–. Es precioso, me encanta.

–En cuanto lo vi, me pareció perfecto para ti –dijo él poniéndoselo en el dedo anular.

–Te quiero con toda mi alma y con todo lo que poseo –dijo él con lágrimas en los ojos–. ¿Quieres casarte conmigo?

–Claro que sí –dijo ella sonriéndole a través de las lágrimas de felicidad–. Sí, sí, sí.

Epílogo

Editorial de Girl Talk.

Queridas lectoras:

Suenan campanas de boda para uno de los solteros favoritos de nuestra revista. Uno más de nuestros héroes ha sucumbido.

Todas recordaréis a Jonno Rivers, el sexy soltero de Mujinllim, en North Queensland que se retiró de nuestro concurso a mitad del proceso. Pues bien, Girl Talk tiene una confesión que hacer:

Lo sentimos chicas, pero una de las componentes de nuestro equipo editorial se ha quedado al maravilloso Jonno para ella solita. La afortunada es Camille Devereaux. Ya podréis imaginar lo contenta que está.

Nadie en Girl Talk había visto nunca una novia avanzar por el pasillo hasta el altar con una sonrisa tan serena y apacible. ¡Y hemos visto muchas bodas a lo largo de tantos números!

Jonno y Camille expresaron su amor con una boda al atardecer en una iglesia de madera en Mullinjim. ¿Habéis oído hablar de ese lugar? Deberíais visitarlo. Es un lugar con un encanto antiguo que ya no se encuentra en la ciudad.

Pero nuestros novios no tenían nada de pasados de moda. Camille llevaba un impresionante vestido de seda y gasa en color marfil: el traje de novia de sus sueños. Nuestra compañera de redacción, Jen Summers fue la dama de honor con un deslumbrante vestido azul marino también en seda.

La calidez y sencillez del entorno resultó emocionante. Jonno y Camille intercambiaron bellos votos que ellos mismos habían escrito y el afamado músico William Tudmara dio a la ceremonia un toque único inundando la iglesia con el sobrecogedor sonido del didgeridoo.

También fue conmovedor para Camille estar junto a sus padres. Su madre viajó desde Tokio y su padre desde París para estar junto a su hija en el día más feliz de su vida… ¡y abandonaron la fiesta juntos del brazo!

Para aquellas que lamentaron no poder conquistar a uno de nuestros fantásticos solteros, hay buenas noticias para el futuro. El hijo de Jonno, Peter, promete ser de mayor un auténtico rompecorazones.

Para las que no puedan esperar veinte años, estuvimos buscando entre los atractivos amigos de Jonno invitados a la boda. Debéis saber que hay muchos otros solteros guapísimos como Jonno en la zona. Así que no perdáis las esperanzas.

Edith King

Editora